

Max
Aub

*Las buenas
intenciones*



Lectulandia

Las buenas intenciones, ambientada entre 1924 y 1939, es un relato del Madrid popular bajo la mirada del protagonista, Agustín Alfaro, descendiente de una familia segoviana. Además de ser un recorrido por las gentes de la capital española, la novela nos pasea por Zaragoza y Barcelona a través de un realismo sin adornos. Con un particular sentido del humor, Max Aub se muestra firme ante una burguesía timorata que, según el autor, era la culpable de los males que padecía España a comienzos del siglo xx.

Lectulandia

Max Aub

Las buenas intenciones

ePub r1.1

ugesan64 18.11.14

Título original: *Las buenas intenciones*
Max Aub, 1954

Editor digital: ugesan64
Corrección de erratas: zaisei
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre.org

Primera parte

1

Agustín Alfaro era lo que se dice *un buen chico*, hijo único por añadidura y mayores méritos. Había salido así, por las buenas. Nunca dio un quehacer de más a sus padres, ni faltó a clase sin decirlo: no era una lumbrera, ni nadie se lo pedía. La familia era de Segovia, pero todos los recuerdos del mozo eran de Madrid, a donde fue a vivir con los suyos, apenas con uso de razón. El padre, don José María, era representante de comercio. Antes fue panadero pero las cosas no sucedieron como debían; fracasó, entre otras cosas, porque lo que más le gustaba era hablar y beber algunas copas de vino con los amigos y algún que otro día no estuvo la masa a punto en su hora, hubo otros en que la hornada salió quemadilla, sin olvidar un domingo en que se durmió en la artesa de la que tuvieron que sacarle ya casi sin huelgo. Era hombre de buen ver, con fuerte musculatura de la que sacaba no poco orgullo, gran bigote, mucho pelo y muy repartido, alegre y a lo que él mismo decía *más bueno que el pan*. Todos lo creían y él mismo desde luego. Un harinero amigo suyo, de Albacete, le propuso que le representara en Madrid, seguro de que su buen humor, su simpatía un poco escandalosa, y su labia habían de hacer de él un buen vendedor. No se quedó atrás José María en la creencia y así fueron a vivir a la capital, en un modesto piso de la calle de Mesón de Paredes. El hombre se desenvolvió sin grandes dificultades y, a los dos años, era más madrileño que el primero que se le enfrentara, así hubiera nacido en el mismo barrio de Embajadores. La señora Camila era otra cosa, para ella no había como Segovia, ni ciudad de más mérito, lo que era difícil de rebatirle cuando sacaba a relucir —quizá más veces de las que era conveniente— el alcázar, la catedral y el acueducto y a don Juan Bravo, el de Villalar. No tenía más defectos que ser un poco dura de oído y dos verrugas en la mejilla izquierda que fueron alargándose entre algunos recios pelos, con el correr natural de los años.

Agustín adoraba a sus progenitores; estudió el bachillerato, aprobó la reválida y puesto ante la disyuntiva del futuro, decidió ayudar a su padre en lo de las representaciones. Como para la harina y otros productos molineros se bastaba el cabeza de familia, buscaron fuentes de ingresos en otros ramos y Agustín se dio a vender, con mediana maña, juguetes de Ibi y paños salmantinos. No le faltaron sus pesetas sábado y domingo y desde los dieciocho años tuvo su llave particular.

Tras no pocos cabildeos cambiáronse a la calle de Atocha y doblaron el número de criados; dos tenían ahora para mayor importancia de doña Camila, razón de la diferencia del tratamiento, no de su trabajo, que nunca quiso dejar de hacer nada de cuanto estaba acostumbrada a llevar a cabo, sino más bien al contrario: ahora tenía que abrir cien ojos para vigilar el comportamiento de sus domésticas.

El 8 de abril de 1924 —fecha que no se le olvidará a Agustín— se presentó en el piso de *los señores de Alfaro*, una joven con un niño de pecho. Podía pasar desapercibida la cara, sin afeites, pero añadíasele un cuerpo digno de todo encomio. Pidió hablar con la señora y sin grandes rodeos vino a contar que Agustín —el

señorito Agustín— la había perdido y era padre de la preciosa criatura que traía en brazos. Lo de preciosa no era ficción. Cayósele el alma a los pies a doña Camila. Estaba por aquel entonces su marido en Albacete y la pobre abuela no supo qué hacer. Eran las tres de la tarde y su hijo no volvería sino ya cenado, que era día de tertulia en casa de don Paco, aunque desde ese momento empezó a dudar de la realidad de los lugares en donde su hijo, según aseguraba así fuese a voces, pasaba sus ratos libres.

La conversación con Remedios, que así se llamaba la joven, tuvo sus dificultades acústicas, aunque la moza parecía ya sabedora de la deficiencia de la señora de la casa pero, seguramente con la emoción, de cuando en cuando, se le olvidaba la sordera de su interlocutora y ésta abría desmesuradamente sus ojos, señal inequívoca, para quien la conociera, del silencio que la hería. Tomolo a mal la joven, que tenía su genio, y aseguró sin remilgos que para conseguir sus gozosos fines, no había reparado Agustín en prometerle legítimo matrimonio. Doña Camila, que era el auténtico *pedazo de pan* de la familia y que nunca fue mayor por sus luces, se enterneció, aunque procuró disimularlo por las conveniencias. Por otra parte, siempre había soñado —sin que nada llegara a tomar forma por mor del tiempo que a su ver todavía había de transcurrir— que su hijo formara familia con una señorita de la buena sociedad: es decir, con la heredera de cualquiera de sus clientes importantes. Y la visitante era, a ojos vistas, una hija del pueblo de Madrid. Conformóse a poco la buena señora; encandilada con el resultado de la desvergüenza de su hijo —no sin que sintiera un pellizco en el corazón al ver fallido su deseo, todavía informe, de altar, velo blanco, banquete y discursos—. Remedios parecía buena chica, así no fuera más que planchadora y no tuviera padres conocidos. Quedaron en que doña Camila hablaría con Agustín por la tarde y que, ya fuera la misma noche o a la mañana siguiente iría él mismo, tal vez acompañado por ella, a darle cuenta de su resolución, que no podía ser otra que la de *regularizar* lo hecho que, por otra parte, ya pedía el pecho, con lo que la buena segoviana vino a descubrir la raíz del refrán. Despidióse Remedios muy consolada, mientras las fámulas, al corriente por las altas voces, mostraban menos asombro del que hubiese correspondido por la hazaña del joven, debido a que éste las solía ludir a solas, o a la par, a la menor ocasión. Esperaron ansiosas la vuelta del señorito, prometiéndoselas felices con la escena; salieron chasqueadas porque doña Camila se encerró con su retoño en la alcoba matrimonial y no era cosa de atisbar desde el comedor.

El respingo que dio Agustín al enterarse de la visita de Remedios es para contado: él no conocía a la joven ni por los forros. La madre se puso furiosa y le acusó de ingrato, de charrán, de poco hombre, llevada por los derroteros, desconocidos por ella, del mal hablar, en defensa del sexo: No podía negar su apellido a una criatura que era su propio retrato, y a quien no le faltaba ni su lunar en la axila derecha. Quedóse absorto nuestro joven, caído del cielo. No que no hubiese tenido sus aventuras, mas ninguna con virgen planchadora. Reiteró su inocencia y su madre,

disgustada por tanta desfachatez le echó del dormitorio prometiéndose ir a la mañana siguiente al domicilio de la que ya tenía por su nuera:

—¿O es que también me vas a negar que no sabes que vive en el 16 de la calle del Peñón?

Salió Agustín más que preocupado de la habitación de su madre, y como no eran sino las ocho y media, y aquello no quedaba muy lejos, decidió coger el toro por los cuernos.

Vivía Remedios donde queda dicho. No hubo de buscar mucho, ya que, en la portería misma de la ancha y chata casa, que debió de ser mesón —paredes desconchadas, rejas herrumbrosas, patio mal empedrado con cantos desiguales— estaba la moza rodeada por amigas y comadres contando por tercera vez la entrevista con su futura suegra. Paróse un momento Agustín a escucharla y montando en cólera exclamó:

—¿Y ese crío, joven, es hijo de Agustín Alfaro?

Agustín es hombre menudo, no mal hecho en su pequeñez, vestido siempre de negro, por gusto; no le cae mal la ropa. Rompe la norma de su figura una frente un poco más alta de la que le corresponde, resultado, tal vez, del fórceps que le trajo al mundo. Lo demás, ojos, nariz, boca, barbilla, está proporcionado y subráyalo con un bigotín bien cuidado. Es un muchacho insignificante, bien educado, con un concepto muy claro de la decencia y de la honradez; ahora está fuera de quicio, ante todo porque le fueron con el cuento a su madre: lo que más quiere en este mundo y en el otro, que no le preocupa. Por primera vez en su vida le cegaba el coraje y hacía de gallito. Vuélvense todas a la airada pregunta y contesta una, del toma al daca:

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que yo soy Agustín Alfaro.

La *seña* Paca, que ha visto muchas cosas y no le tiene miedo al mismo demonio que se le apareciera y que tampoco carece de lógico caletre, contesta:

—Que yo sepa no le está prohibido apellidarse como se le dé la real gana.

—Es que esta joven estuvo esta tarde en casa de un servidor a decir que yo era el padre de esta criatura.

—¿Yo?

—Sí, usted, si como supongo por lo oído, se llama Remedios.

—Usted no es Agustín Alfaro.

—¿Quiere que le enseñe la cédula?

Tan pronto como Agustín había empezado a protestar su inocencia, fuese corriendo una mocosa, entró en un cuarto bajo donde una joven estaba planchando con desgana, y salió rápida y triunfante con una fotografía, elegantemente encuadrada en un marco constelado de caracolitos blancos, rosados y azules.

—¡Aquí está Agustín Alfaro!

Echó él mismo una ojeada distraída y quedó sin resuello. Allí, montados en un mismo burro, aparecían sonrientes la joven Remedios y su progenitor, don José María

Alfaro. Tal era el asombro que nacía a borbotones de la cara de Agustín que las mujeres que lo estaban mirando le acercaron una silla por si la necesitaba. Así fue. No le volvía el habla y únicamente señalaba con un dedo extendido la fotografía — hecha sin duda en una verbena primaveral o veraniega— y el hombre con su sombrero de paja terciado.

—¿Le conoce?

Agustín no supo qué contestar, veníasele todo su mundo abajo. ¡Su padre! ¡Hacerle eso, a él! ¿Conque engañaba a su madre? ¡Bueno! ¡Bueno, ni tanto; pero que, además, procreara en su nombre le parecía el colmo!

—¿Le conoce?

—¿Que si lo conozco? ¡Es mi padre!

No quería haberlo dicho, pero se le salió por derecho. Se armó: exclamaciones, chillidos, confusión, comentarios, idas, venidas, rebumbio. Al tumulto se asomaron diez, y aun de la calle se añadieron curiosos. La señora Paca, que nunca perdía la chaveta, se llevó a los protagonistas a su casa, que era la más cercana y dejó a los curiosos meter voces o tomar a chacota el suceso.

Discutióse el caso entre las mujeres, que el mozo no estaba todavía en sus cabales. Dio la Paca el honor por perdido sin remedio, no así los cuartos, que bien se los iban a sacar al pícaro, bribón, sinvergüenza, padre del muy simpático joven, allí presente. Remedios lloraba su desastrado futuro, lamentándose de la condición humana.

—¿Y tú —pregunta la Paca, que tutea al lucero del alba, dirigiéndose a Agustín—, qué vas a hacer? No estés así, pareces mochales.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Pues...

—Bebe una copita de anís.

Dos tragos al hilo. El gusto dulzón, que aborrecía, le volvió un tanto la lucidez.

—Decírselo a mi madre es matarla.

—¿Entonces?

Remedios hipaba en un rincón.

—Y tú, cállate, que se te va a agriar la leche y el ángel de Dios no tiene ninguna culpa de lo canalla que son algunos hombres.

—Señora Paca, que es mi padre.

—Sí, y el de esta criatura que ahora no lo tiene. ¿Qué le vas a decir a tu madre?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—No lo sé,

—Pues sí que es solución. ¿Y tu padre?

—En Albacete.

—Así se le claven todas las navajas de esa honrada ciudad en el gaznate.

—Usted, ¿qué haría, señora Paca?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—No lo sé.

—Ya ve.

Lloraba el crío y hacían falta pañales. Se asomó la buena vecina y los pidió a grito pelado. Trajéronlos rápidamente y la madre cambió a la criatura, mezclando lágrimas y mocos.

—Bueno, ¿y qué hacemos?

Agustín se levantó, pidió a las dos mujeres que esperaran y tuviesen fe en él: hablaría con su padre y no quedaría Remedios desamparada. En este preciso momento dióle a ésta un ataque de nervios, el mismo que aprovechó nuestro hombre para irse a la calle, a reconcomerse.

El cielo le había caído sobre los hombros y no sabía cómo salir entre tanto cascote. Y ante todo, ¿qué le decía a su madre? Porque, ahora, todo su amor se reconcentraba entrañablemente en la figura menuda y sorda de doña Camila. Lo primero que debía procurar, aquella noche, era llegar lo más tarde posible, a ver si la cogía dormida. A la mañana siguiente, Dios diría.

No dijo nada nuestro hombre —que ahora de repente, lo era—, se defendió como pudo: con evasivas, palabras dichas en tono menor, para que no alcanzase la vieja su falta de sentido. De pronto, dio con la tabla salvadora:

—Vamos a esperar al sábado, cuando vuelva padre.

Rezongando se conformó la abuela, que ya rabiaba por volver a coger en brazos al mamón. Pero, por las conveniencias, no le pareció mal y se ofreció para paliar el arrebato que esperaba del genio de su marido:

—Yo se lo diré.

—No, madre. Ésas son cosas de hombres. Iré a esperarle a la estación. Viniendo para acá le hablaré.

—Como tú quieras, hijo. No voy a vivir esperándoos.

—No se preocupe, él comprenderá...

—No te fíes, es muy respetuoso con todo, y lo que tú has hecho con esta pobre chica no tiene nombre.

A Agustín se le agriaba cualquier bocado.

2

El exprés no traía más que cinco minutos de retraso y Agustín esperó a su padre entre los mozos que pregonaban sus fondas —los de las más nombradas se contentaban con ostentar el dorado anagrama de sus hoteles en la cinta de sus gorras de plato—. En otras ocasiones a Agustín le gustaba el barullo de la estación de Atocha, allá en su hoyo; el pitido de los trenes, el olor del carbón de las locomotoras, el abolengo que adquieren las maleta por sus etiquetas multicolores. Había viajado un poco y esperaba viajar más. Un vagón de ferrocarril es una cosa muy seria a los veinte años. Entre la barahúnda hizo un doloroso esfuerzo de atención para que no se le fuera a escapar el pinta de su padre. Ya casi lo temía cuando le vio salir llevando galantemente la maleta de una vicetiple, por decirlo de otra manera, compañera ocasional de viaje.

—¿Qué haces tú por aquí? Éste es mi hijo.

—Tanto gusto.

—Mira, papá. Entrega la maleta a cualquier mozo.

—¿Y los muestrarios?

—Dale el talón, y que los lleve a casa. Nosotros tenemos que hablar.

—¿Pasa algo?

—Ya lo verás.

—¿Tu madre?

—Mamá está bien.

—¿Entonces?

—Espera un poco. Señorita, ¿quiere un taxi?

—Si es usted tan amable.

Embarcaron a la joven pintarrajeada, que comprendió que su acompañante no podía hacer buenas sus promesas, en un Renault y se fueron escaleras arriba.

—Oye tú, no me gusta nada esa manera de tratarme.

—Pues espérese que todavía le va a gustar menos...

—Mira, tú...

—¿Quiere esperar un momento? ¿Nos sentamos aquí a tomar un café?

Habían atravesado la amplia plaza y se acomodaron en la terraza del Hotel Nacional.

—A ver, desembucha.

—Pues si le digo a usted la verdad... no va a ser muy fácil.

A don José María le pasaron mil ideas por la cabeza, la mayoría relacionadas con el negocio, otras —pocas— con alguna posible calaverada de su hijo. Tenía fe en él, un poco de orgullo por su seriedad y cierta escondida lástima por saberle tan formal.

—¿No han pagado los Burillos?

—Sí.

—¿Entonces? ¿No te habrás metido en un lío de... faldas?

—Eso, usted.

—Te advierto que a ésa, total le llevaba la maleta, galante que se debe ser en la vida. ¿Cómo te atreves?

—Mire, papá, no vamos a hacer una escena. Ya es bastante difícil para mí, no lo complique.

—Habla de una vez.

—Pues, señor... ¿Usted conoce a una planchadora llamada Remedios y que, para más señas, vive en la calle del Peñón?

—¿Yo?

Vio el hombre por la luz de los ojos de su hijo que no le valdrían subterfugios y claudicó:

—Bueno, ¿y qué? ¿Vas a salirme con una lección de moral? Ni yo estoy en edad, ni vayas a olvidar que todavía eres mi hijo... ¿O es que...?

—Pero da la triste casualidad que esa joven se presentó en casa...

—¿En casa? ¿En nuestra casa?

El hombre se demudó.

—Sí, y aseguró que el crío era mío.

—¿A quién?

—A madre.

—Y tú, ¿qué dijiste?

—¿Yo? Nada.

—Las mujeres son lo peor del mundo, se meten donde no deben, hijas del demonio, yo no sé por qué les damos tanta importancia. Sí, hijo, sí: la culpa es nuestra. Somos un hatajo de imbéciles que les damos... lo que les damos... Si fuésemos como deberíamos ser, ¡aquí no mandaría nadie más que nosotros! ¡Pero no...! ¡Tienen que meter las narices dónde menos les importa! ¿Qué tenía que hacer esa en casa? ¡Anda, dímelo! ¿Entonces? ¿Voy a tener yo la culpa de que...? Pero ¿cómo se enteró la muy de dónde vivíamos? Y menos mal que tuve la precaución de dar tu nombre, que si llega preguntando por mí, ¡la que se arma! ¿Tú no le habrás dicho nada a tu madre?

—¿Yo? Nada.

—Menos mal. Gracias, hijo. Ya sabía que podía contar contigo.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos?

—¿Cómo que qué hacemos? ¡Vamos! ¡Tú no me conoces a mí! Ahora mismo, pero lo que se dice ahora mismo, voy a casa de esa pedazo de alcorcho y le canto las cuarenta.

—¿Y se conformará?

—¡Estaría bueno! ¡No sabe ella con quién se juega el dinero!

—Pero tenga usted en cuenta que a madre le ha gustado la chica y que además anda loca con el chaval...

—Pues ya se le quitará.

El hombre se retorció el bigote, seguro de su conocimiento del mundo.

—Es que olvida usted que cree que el padre de la criatura soy yo.

—¿Y qué?

—¿Cómo que, y qué?, que armará la de Dios es Cristo como no me case con ésa.

—Eso también se puede arreglar.

—¿Cómo?

—Oye, no pareces hijo mío.

Don José María no quería ponerse a pensar en serio acerca de la situación, daba por hecho que todo se resolvería con pagarle una pensión a la Remedios, mandar al niño a Canillejas, con un ama que, otra vez, le había resuelto un problema de la misma índole. Le sacaba de quicio que lo grave, ahora, no era la moza, y ni siquiera el crío, sino aquella maldita ocurrencia de haber dado el nombre de su hijo en vez de otro cualquiera.

—Mira: vete para casa, dile a tu madre que he tenido que ir directamente de la estación a ver a Francisco Lora, para quien traigo unos documentos muy importantes, lo que, por otra parte, es verdad.

—¿Qué va a hacer?

—Eso a ti no te importa.

—Pues yo diría que sí.

Don José María se quedó mirando a su hijo sin saber a qué carta quedarse, le fallaba el suelo que pisaba.

—Es mejor que vaya con usted. Madre querrá saber si le hablé.

—Pues ¿no habíamos quedado en que ella no sabía nada?

—Desde luego, pero le dije que le iba a buscar a usted a la estación para decirle que yo le había hecho un crío a la Remedios. A ver si consentía que regularizara la situación...

—¡Caray! ¿Quién me mete a mí en camisa de once varas?

—Me parece que tenía algunas menos...

El propio Agustín se sobresaltó de sus palabras. ¿Estaba hablando con su padre? ¿Cómo se atrevía? Hasta este preciso momento no sé daba cuenta de cómo habían variado sus sentimientos hacia él, de cómo le había perdido el respeto. Le dolió, bajó un tanto la cabeza y musitó:

—Perdone.

A don José María le hervía la sangre, ¡qué bofetón se le perdía!, le estaba rezumando en la palma de la mano izquierda, que era zurdo el buen hombre. Pero ¿con qué derecho le cruzaba la cara a su hijo?

—¿Así es que tu madre cree...? Oye, ¿no hubiese sido mejor decirle la verdad?

—¿A mamá?

—Sí.

—Se muere.

—No será para tanto.

—¿Tendría usted valor?

—¿Yo? No. Pero tú... yo en tu lugar, tal vez...

Iba a decir «no me hubiese aguantado» pero no se atrevió; le había salido un hijo «honrado a carta cabal».

—No lo dice en serio. Sería arruinar toda su vida; a ella tan orgullosa de...

—¿De qué?

—De usted. Siempre lo tiene en la boca, como ejemplo.

—¿Y no me lo merezco? ¿No soy un buen padre, un buen esposo? ¿Qué más quiere?

Agustín no contestó, echó agua a su azucarillo y lo removió en la copa.

—¿Tú no me perdonas, verdad? Mira, hijo, tienes que comprender, ésas son cosas de hombres.

—¿Usted cree?

Otra vez se reconvino Agustín, y como no dándole importancia a lo que acababa de decir, añadió en tono neutro:

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Vamos a hablar con la Remedios.

—¿Ahora?

—Para luego es tarde.

3

Tan pronto como su hijo se fue a la estación, doña Camila se puso su velo y dijo a las criadas:

—Si el señor o el señorito vuelven antes que yo, les decís que me fui a la calle del Peñón, ellos ya sabrán adonde.

Porque la buena señora no las tenía todas consigo. Conocía a su marido y suponía que la noticia que iba a enjaretarle Agustín le desagradaría, y tenía por posible que su cónyuge se fuera en seguida a ver a la muchacha, para intentar deshacer el compromiso. Y ella estaba dispuesta a todo, menos a quedarse sin nieto. Un hijo le había sabido a poco y sus esperanzas posteriores resultaron fallidas, por mor de un aborto provocado por una caída en medio de un remolino de gente, en una procesión del Corpus, al año de vivir en Madrid, «con el calor y el sofoco», solía decir.

Así que cuando, no muy seguro de sí, José María seguido por Agustín entraba en casa de las planchadoras, lo primero que se echó en cara fue a su bendita esposa. Se quedó con la boca abierta, cosa que aprovechó doña Camila para decirle con la mejor de sus sonrisas:

—¿Ya te lo dijo el chico?

Petra, la amiga de Remedios, que planchaba mientras ésta le daba de mamar al crío, se quedó con el hierro caliente en alto. La joven madre guardó su pecho como defendiéndose, por natural pudor, mientras el responsable sólo atinaba a decir:

—Ya, ya...

—¿Estuvisteis en casa?

—No —dijo Agustín.

—¿Conque tenías prisa por ver a tu nieto? ¡Míralo, hombre, míralo! ¡Ya puedes estar orgulloso! Es tu vivo retrato.

Parecía una escena de zarzuela. Petra abandonó la plancha y salió al patio, pareciéndole que debía dejar solos a los protagonistas, pero ya entraba la *señá* Paca, por si las moscas. Doña Camila seguía:

—Ésta es Remedios.

Se miraron. José María tragaba quina. Arrojó al suelo el pitillo que acababa de encender parsimoniosamente, antes de entrar en la casa, escupió, dio media vuelta y se fue a la calle. Su mujer, desconcertada, se fue tras él, no sin decir antes:

—No le hagáis caso, es un pedazo de pan, ya cambiará, no os preocupéis...

Ya estaba Remedios hecha un mar de lágrimas y lamentándose:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

La Paca tomó al retoño en brazos y procuró dormirlo a fuerza de pronunciados balanceos, mientras Agustín no sabía qué hacer.

—No chillas tanto —dijo la Paca a Remedios— o haberlo pensado antes. ¿Y usted qué? —pregunto al joven—. Reúnase con ellos antes de que sea tarde.

—Mejor que se lo diga él.

—¡Qué le ha de decir!, hombre, ¡qué le ha de decir! Conozco yo mejor que nadie a ese mandria. Ése no es capaz de nada, como no sea de engañar a medio mundo con su parloteo. ¡Digo, si me la dio a mi con queso! ¡Y hay que ver si eso es difícil! Que si estaba tan solo... Que si su madre... ¡Y se hacía la víctima! ¡Pobrecito! ¡Tan mayor y con esa desgracia! ...

—¿Qué desgracia? —preguntó, atontado Agustín.

—¿Usted no sabe lo que inventó para conseguir a esta infeliz sin pasar por el burladero? A nadie, a nadie se le ocurriría... ¡Qué su madre tenía lepra y que por eso no podía llevar a nadie a su casa...! No, si yo digo... ¡y que a él no podía pasarle nada porque estaba *vacunao*...! ¡*Vacunao* contra la vergüenza...!

Mientras tanto, por la calle de la Magdalena, hacia la de Atocha, doña Camila procuraba convencer a su marido, que no abría la boca, envuelto como lo estaba en sus negros pensamientos:

«¡No se callará, no, no se callará! ¿Y yo qué le digo? Por de pronto, en la calle, nada; entre otras cosas porque no tengo ganas de discutir esto a gritos. Pero ya nos vamos acercando a casa. ¿Qué historia le cuento? Las mujeres son la perdición de los hombres. Bueno, José María, ya está bien, guarda tus filípicas para otra ocasión. ¿Qué hago? ¡Trágame, tierra! ¿Y si la empujara bajo un tranvía? También podría echar a correr y no volver en jamás de los jamases... ¡Calma, hombre, calma! Te has visto en otras y siempre te saliste con la tuya. Y a ese imbécil de mi hijo, ¿qué barrabasada no se le ocurrirá?».

La buena de doña Camila seguía enjaretando razones plausibles para que su esposo perdonara a los jóvenes:

—Mira, José María, ésas son cosas que suceden todos los días. Yo ya tomé informes y parece que se trata de una buena chica. Tú no sabes lo que es la juventud de hoy, tienen más ocasiones que antes. Ahora hay una libertad que no había en nuestros tiempos...

La hubiese matado. Y mientras tanto, ¿qué pasaría en la calle del Peñón? A lo mejor —que no es más que una manera de hablar—, se plantan todos en casa.

—A mí me hubiera gustado más otra cosa. Pero ¿has visto al niño? ¡Es una gloria! Y le han puesto José María, ¡cómo tú!

No pudo más el hombre, se plantó frente a su mujer y le gritó:

—¡Cállate ya, imbécil!

Y se largó, calle abajo, a paso de carga. La buena señora se quedó de una pieza, sin poder mover un miembro, luego empezaron a correrle las lágrimas por las mejillas, dando rodeos alrededor de las verrugas. Después, lenta, triste, vencida, se fue hacia su casa. Allí, sin quitarse siquiera el velo, se dejó caer en una mecedora y siguió llorando. Así la encontró su hijo que, de buenas a primeras, la creyó sabedora de la verdad. Pronto se dio cuenta de que no era así.

A Agustín las lágrimas de su madre le traspasaban el pecho. Otras veces, en que la vio verter lágrimas, fue por razones que no podía remediar: como, por ejemplo,

cuando murió *César*, atropellado. Aún vivían en Mesón de Paredes y la casera permitía tener perros. Otras, por los lutos o al asistir a velorios de amigas o parientes de las mismas. Sin contar la gran pena que pasó cuando se enteró de que habían metido en la cárcel a un hijo de una hermana suya que vivía en Valencia, durante la huelga de 1917. Entonces Agustín había encontrado natural el desahogo materno, pero ahora no, y hubiese dado cuanto tenía para que dejara de sorber con la nariz la humedad de sus carrillos.

—Ya ves, hijo; tu padre es así. Siempre tan recto, incapaz de aceptar nada que no esté de acuerdo con sus principios. Así era su familia: pobre pero honrada. A mí no se atrevió a tocarme una mano antes de casarnos (no era cierto, pero a la buena señora le pareció que era de decir en esta ocasión). No le vayas a juzgar mal, es el mejor de los hombres. ¡Dios mío, no sé cómo vamos a salir de ésta! ¿Qué te parece si le consultara a don Cándido?

Don Cándido, cura de la Almudena, es el confesor de doña Camila.

—No, madre; no vale la pena.

—¿Cómo que no vale la pena?

—No quise decir eso. No se preocupe; ya encontraremos una salida.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. Y cuanto más tarde se enteren los demás, mejor.

Agustín no tenía a quién confiarse. No que no tuviera amigos, pero ¿cómo contarles la ridícula historia, que no tenía nada de ridícula en sí, pero que referida por las buenas, no dejaría de tomar otro aspecto? Se levantó para irse.

—¿A dónde vas?

—Al café.

No contestó doña Camila, le hirió profundamente lo que tomó como despreocupación de su hijo, y él, acostumbrado a no mentir se fue al café. Se le había metido una idea absurda en la cabeza y quería acabar con ella. El pensamiento era éste: para salvaguardar la tranquilidad de su madre debía casarse con Remedios o, por lo menos, hacerle creer que se había casado con ella. También entraba en juego, sin que se diera cabal cuenta, la honra de la familia.

Al fin y al cabo no tenía novia, ni por qué rendirle cuentas a nadie y lo primero era la felicidad de su madre, dejando aparte que, si se casaba con Remedios, sería una lección tan dura para su padre que, con seguridad, no volvería a las andadas (¿se puede llamar a esto «andadas»? se preguntaba con amargura). Total, sería por algún tiempo y tenía toda la vida por delante. Ya se arreglarían; él viviría aparte, solo, así fuese, naturalmente, en casa de Remedios. Y la vieja estaría como los ángeles con la criatura.

Parado frente al escaparate de una camisería, miraba sin conciencia las camisas y los calzoncillos alineados, las corbatas colgadas, las camisetas artísticamente dispuestas y los gemelos y sujeta-corbatas haciendo de adorno entre los géneros, todo ello coronado por un rimerero de cinturones de piel. Don Arturo, el dueño de La Flor de Atocha, le saludaba desde el quicio de la puerta.

—¿Qué tal, Agustín, no se decide por ninguna?

—Buenos días, don Arturo.

—¿No le gusta esta rayadita? Acabo de recibirlas, son de popelín.

—No, muchas gracias.

—Como quiera, aquí estamos siempre para servirle.

Agustín siguió despacio, hasta la calle del Amor de Dios y entró en el bar donde se solía reunir después de comer con sus amigos. El dueño era de Segovia, y amigo de la familia. Allí estaba su padre, tomando unos quinces.

—¿Me buscabas?

—No.

—Siéntate.

Don José María se retorció los bigotes y luego alzando despaciosamente la mano se rascaba la cabeza, ya un tanto aliviada de cabello.

—¿Y qué?

—Pues no sé.

—Ya ves como todo se arregló.

—Lo ha arreglado, ¿cómo?

—¿No lo viste?

—Pues, la verdad, no

—Está más claro que el agua: me pongo serio y me niego en redondo al casorio. Y que no se hable más del asunto.

—¿Usted cree que madre se va a conformar?

—¡Qué remedio le quedará!

—¿Y Remedios?

—Ésa no es cuenta tuya, joven. Eso, me lo dejas a mí, que yo sé cómo componérmelas y dónde les aprieta el zapato a ciertas personas. Y ve tomando ejemplo que, en la vida, todo no es ser hijo de familia. ¿Qué tomas?

—¿Hace mucho tiempo que conocía usted a... ésa?

—Mira, niño: no te metas en donde no te llaman. ¿Qué tomas?

—Una cerveza.

—¿Viste a tu madre?

—Sí.

—¿Y qué?

—Llora que te llora.

—Ya se le pasará.

Pero no se le pasó, a la sorpresa del hombrón. No que llorara —que eso se acabó pronto—, no, sino que le salió una voluntad donde nunca la había tenido, y machacaba hasta hacer la vida imposible.

Por su parte, José María decidió —él era así— que Remedios se fuera de Madrid, o que, por lo menos, se cambiara de barrio, sin dejar señas conocidas. Pero también falló allí. Por las buenas le dijeron que no y le exigieron dinero para la manutención de la criatura. La noche de ese día halló a su mujer desconocida, sonriente, amable, alegre. La miró extrañado, no atreviéndose a hacerse ilusiones. No se pudo contener doña Camila sino hasta la noche; en la alcoba, en el buen lecho de nogal que los albergaba, soltó la razón de su regocijo:

—¿Con que tú también, eh? Y lo llevabas muy calladito.

—No sé a qué te refieres.

—Nada, hijo, nada. Que me parece muy bien.

—¿Quieres reventar de una vez?

—Te vi salir esta tarde de la casa de la calle del Peñón.

—¿Qué hacías por allí?

—Lo mismo que tú: ver al nieto. Mira lo que le estoy haciendo.

Y, con una ligereza digna del motivo que la movía, levantó sábanas y cobertor, fuese al armario de media luna, abrió presurosa un cajón y sacó camisas, camisetas, un gorro, peúcos, de lo más fino, que en sus horas de soledad se daba prisa en acabar.

—¿Qué te parecen?

—Mira, Camila, déjate de una vez por todas de andar moliendo con lo mismo. Agustín no se tiene que casar con esa chica por la sencilla razón de que es una perdida (a pesar de todo se le atragantó la palabra).

—No es verdad.

—A ti te pueden engañar, a mí no. Y si fui esta tarde allí no era, como tú piensas, para ver al mocosito, sino para ofrecerle algún dinero para que ahuequen el ala de una vez.

—No serás capaz.

—¿Cómo que no? Y, además, lo que te puedo asegurar es que ese niño no es de Agustín.

—Mira, marido, creo que hace cerca de treinta años que nos llevamos bastante bien. Te tengo por lo que eres: un hombre cabal, pero yo no sé qué mosca te ha

picado en este asunto. Y ya me voy cansando.

—Cansando, ¿de qué?

—De tu actitud...

—De mi actitud, ¿qué?, anda, dilo.

—... de tu actitud majadera.

Era la primera vez que la buena señora se atrevía a tanto. Se aterró de lo dicho y corrigió:

—Perdona, no sé lo que me digo.

«Es igual que su hijo —pensó José María—, reacciona de la misma manera».

—Y has de saber —prosiguió la señora— que no te saldrás con la tuya, así te empeñes como un borrico. Remedios es una buena chica y mi nieto es eso: mi nieto y el tuyo y no habrá quien me lo quite. Ya puedes hacer lo que te dé la gana, hasta armar un escándalo, ya veremos quién se cansa antes. Tú no me conoces.

No, no la conocía. El suponerse abuela le daba una fuerza tremenda. «Si le digo ahora la verdad —pensó el vendedor de harinas— es capaz de creer que miento. En buen lío me he metido. No me cogerán en otra».

Desde el día de la vuelta de su padre, Agustín no paraba casi en su casa. A doña Camila le parecía normal que no quisiera enfrentarse con su padre. Ella no dejaba de ir a verle por la mañana muy temprano, en su cuarto, y le prodigaba toda clase de consuelos. Contábale todas las gracias del chiquillo cuatro o cinco veces, sin dejar de extrañarse de que no fuera por la casa de Remedios.

—No le hagas caso a tu padre, y que Dios me perdone. Ya le hablé a don Cándido, y aunque tu padre es un hereje, él lo cogerá por su cuenta.

«Eso más», pensó Agustín. Esperó a don José María dos portales más abajo y se emparejó con él, camino a su trabajo.

—¿Qué hacemos?

—Acabar con todas las mujeres.

—Pero mientras eso sucede y usted tome la iniciativa, yo creo...

—¿Qué crees?

José María, como siempre, estaba por no hacer nada y esperar que el cadáver se pudriese.

—Pero madre es capaz de meterla un día en casa.

—Eso sí que no, córcholis. Soy capaz de irme yo.

—No sea usted así: sabe que no lo haría.

—¡Cómo que no!

—Como que no. Tengo otra solución.

—¿Cuál?

—Pues... hacerle creer a madre que me he casado con la Remedios.

El ex panadero miró a su hijo con ojos inquisitivos, cerrando un tanto los párpados.

—¿Hablas en serio?

—Y tanto.

—¿Te das cuenta?

—¿De qué? Así todo se arreglaría.

—¿Te atreverías?

—Por ver satisfecha a mi madre, cualquier cosa.

—¿Y crees que la chica estaría de acuerdo?

—¿Por qué no?

«Este chico mío es tonto —pensaba José María—, pero ya que le da gusto, ¿por qué no?

A mí me importa un bledo y de una vez por todas me dejarían en paz».

—¿Y a dónde os iríais a vivir?

—No sé. A cualquier parte, con tal de que no sea en casa.

—¿Te das cuenta...?

Se le quedó la frase en la boca y pensó que debía mostrarse agradecido, hizo lo

posible por enternecer los ojos y le dio un abrazo a su hijo.

Agustín se fue a ver a Remedios. El niño estaba dormido. Petra no podía dejar la faena y salieron al patio. Remedios era una mujercita de regular estatura, ojos negros, pequeños y vivos, pelo abundante y con mucho brillo en el que la bandolina tenía poca parte. Su cutis oscuro también brillaba, tal vez por efecto del continuo calor de las planchas; era esbelta y la maternidad la había puesto en flor. La nariz graciosa, más bien chata, y la boca, aun dando en grande, así parezca mentira, no dejaba de favorecerla, porque en todo había proporción y juventud.

—Mire, usted sabe lo que el niño representa para mi madre...

—No lo dejaré por nada del mundo. Y no quiero marcharme de Madrid porque aquí tengo trabajo honrado y sin querer abusar de... su padre, tengo la seguridad de que no le faltará nada a mi hijo.

Recalcó los dos «tengo» para dejar sentada de una vez su decisión.

—Yo pude tener un momento de debilidad o como lo quiera llamar, pero mi hijo es mi hijo y pasa antes que todo.

—No se trata de eso.

—¿No viene a hablarme del chico?

—Sí y no.

—Pues ya sabe.

—Mire, Remedios, así como estamos no podemos seguir. En casa no hay quien aguante.

—¿Tengo yo la culpa?

—No, mujer, no. Y déjeme hablar.

Paca, desde la puerta de su cuarto, fisgaba.

—¿No quiere que salgamos a dar una vuelta?

—Ahora no puedo.

—Es que lo que tengo que proponer es cosa seria, y me molesta que nos estén escuchando.

—¿Es para muy largo?

—No lo creo.

—Pues andando.

Se fueron para la calle.

—Yo no sé cómo lo vaya a tomar.

—Déjese de pamemas y al grano.

—Pues yo le propongo que le hagamos creer a mi madre que usted y yo nos hemos *casao*.

Se detuvo Remedios en medio de la acera y miró fijo a Agustín.

—Para guasa, ya está bien.

—No, Remedios, no es broma, le estoy hablando en serio.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Usted no se da cuenta; todos los que viven en la casa lo saben. ¡Menuda se iba a armar! Además..., ¡vamos!, ¡usted está mochales! ¿Qué usted y yo...? ¡Vamos, hombre!

—Proponga otra solución, teniendo en cuenta que mi madre ha de seguir creyendo que el chico es... nuestro.

—Pero... ¿y nosotros? Es decir, usted.

—Yo ya me las arreglaré.

Entraron en un café de mala muerte y se sentaron, frente a frente, con una mesilla de mármol de por medio.

—¿Tanto quiere usted a su madre?

Agustín estuvo a punto de retrucarle con la misma pregunta pero se contuvo, recordando que ella no la había conocido.

—Es lo único que tengo en la vida.

—Y ¿ha pensado cómo hacerlo?

—No. Quería hablar con usted primero. ¿Está de acuerdo?

Remedios bajó la cabeza y murmuró:

—¿Lo sabe su padre?

—Sí.

Ella tomó con delicadeza la taza de café con sus dedos rudos y bebió un sorbo. Quedó ensimismada y Agustín sólo pudo sacarle monosílabos mientras volvían; sin duda pensaba en otra cosa. Al entrar en su cuarto, Remedios se echó en su cama y lloró.

6

La cosa no fue tan fácil como Agustín lo había imaginado, primero porque cuando Paca se enteró del proyecto se opuso violentamente:

—Mira, hija, te quieren hacer una charranada. Te van a sacar de aquí y luego: si te he visto no me acuerdo. Te quitarán ese pedazo de cielo y por ahí te pudras. Además, ¿cómo vas a irte a vivir con un hombre joven? No, hija, no. Tú créeme a mí, que sé lo que es el mundo. A mí no me engañan tan fácilmente.

Claro que Remedios podía haberle contestado que eso no era cierto, que era del dominio público que el señor Rafael el *Gorra* le ponía los cuernos con la Serafina, pero ¿de qué hubiera servido? Paca no veía más que por los ojos de ese pequeñarro, novillero que fue hace muchos años y que seguía viviendo de eso, al arrimo de toreros más o menos célebres a los que servía en mil cosas, a veces como mozo de estoques. Al fin y al cabo, la Paca ganaba bastante dinero con sus flores artificiales para que nada le faltara al peripuesto de su marido.

Pero, pensándolo bien y despacio —que no era más que un volver sobre lo mismo: el estrecho camino que se le ofrecía de inmediato—, Remedios se convenció de que lo que proponía Agustín era una solución. Claro está que el ofrecimiento la había sorprendido, pero no tuvo nunca la menor duda acerca de la buena fe del joven, que era la murga de Petra, su compañera:

—Lo que pasa es que le gustas al chico.

—Tú estás loca.

Como dormían juntas, cada día era el mismo cantar, al dormirse y al levantarse:

—Ése te hará otra —u otro— por el estilo que su padre. Del mismo palo, mujer. No digas después que no te avisé.

Petra era una mujercilla renegrida y mal pensada, más viva que nadie, trabajadora infatigable y con un odio hacia los hombres que sólo una historia oscura justificaba: tuvo padrastra, que la recluyó en la institución donde conoció a Remedios. Desde el primer día hicieron buenas migas; no se le ocultaba que en sus reparos y en su aversión por el proyecto entraba no poco de temor a tener que separarse de la que consideraba como su hermana.

Pero cuando supo que ella entraba en el cambalache varió no poco su pensar y dio su brazo a torcer. Como no era cuestión de llevar el simulacro hasta el altar, decidieron que se presentarían una buena mañana Remedios y Agustín en la casa de la calle de Atocha con la estupenda nueva de su reciente matrimonio. José María representaría su última escena en esta historia mostrándose molesto, pero acabaría por otorgar su magnánimo perdón. Luego vendría lo más difícil al tener que negarse a vivir con los abuelos; ahí entraba Petra —que Remedios no podía abandonar—. Quedaron de acuerdo en irse a alojar en otro barrio; no fuese que algún vecino —o vecina— soltase la lengua frente a doña Camila.

Así se llevó a cabo, sin más sorpresa que la que se llevaron supuestos cónyuges,

seguidos de Petra, que llevaba en brazos al retoño, al entrar en casa de los señores de Alfaro, y divisar a don José María, tercerola al hombro, sostenida por una lucientísima bandolera con los colores nacionales: acababa de pasar revista de somatén. Con la noticia le dio un patatús a doña Camila, lo que hizo innecesaria la famosa escena de su esposo, que era a lo que más miedo le tenía su hijo.

Pasó el soponcio y todo fueron sonrisas, reconcentradas, como era de suponer, en el nieto. No poco rezongó doña Camila por lo escondido del matrimonio, que tantas alegrías le restaba, pero todo lo dio por bueno con el consentimiento de José María. Como esperaban, lo que más deseaba era que Remedios se quedara a vivir en su casa. Haciéndole ver, José María el primero, que la nueva pareja preferiría estar a solas; no se avino la buena señora sino a fuerza de razones y cuando así se lo aseguraron —a gritos— los nuevos cónyuges. Lo único que consiguió es que no se mudaran a Cuatro Caminos, como era su propósito, sino que tuvieron que prometerle que desde el día siguiente ella y Remedios buscarían un piso cercano. Petra dejaría de trabajar y ayudaría a Remedios en los trabajos de la casa. Hasta ese preciso momento ninguno de los presentes había pensado que las planchadoras dejaran su oficio; actuaron empujados por los sentimientos de doña Camila; Agustín, preocupado porque su madre viviera tranquila, había supuesto que se iría a vivir a casa de «la planchadora»; a José María fue problema que ni siquiera le rozó la imaginación; en cuanto a Remedios, estaba tan estupefacta con el giro de los acontecimientos que no pensaba en el futuro; el ir, con su suegra, viendo pisos por alquilar era una constante intranquilidad: el retintín de las suposiciones de Petra no la dejaban en paz. ¿Y si, efectivamente, le gustaba a Agustín? Nada se lo hacía suponer, pero atisbaba en sus recuerdos en busca de un indicio. No había mucho donde escoger, el joven se había mantenido distante y como distraído.

De la calle de Fúcar a la de Carretas; de la del Hospital hasta la plaza de Santa Cruz metieronse las dos mujeres fisgando en todas las bocacalles de la de Atocha, sin mayor resultado. Volvían cansadas, quitándose las mantillas en la escalera y los zapatos en el umbral de la casa.

Doña Camila abrió su ropero y sacó unas sábanas bordadas.

—Toma, hija, las guardo hace veinticinco años...

No pudo decir, como tanto tiempo se lo había figurado: «Son para las bodas de mi hijo». Le pareció que algo se le atragantaba y los ojos se le llenaron de lágrimas, pensando, una vez más, cuán distinta era la realidad de lo que había imaginado.

—Muchas gracias, señora...

—¿Me vas a seguir llamando señora?

—Me da vergüenza...

—No es ninguna vergüenza llamar a alguien madre.

La que lloró ahora fue Remedios, que no solía ser propensa a esas manifestaciones de pena o de júbilo. Era la primera vez que iba a salir esa palabra de su boca, y ¡a quién iba dirigida!

Encontraron por fin un piso en la calle de Echegaray. No era del gusto de nadie, pero, por cansancio, lo aceptaron todos. Doña Camila porque ya no estaba para subir escaleras y, además, el escogido era un entresuelo; Remedios, porque lo mismo le daba y lo que quería era salir cuanto antes de la calle del Peñón, en la que la vida se le hacía muy difícil, porque a últimas horas a la *seña* Paca le entraron reconcomios morales y no le predecía sino infortunios. Agustín decía a todo que sí. La única que rezongaba era Petra porque el cuarto para la criada era de lo más reducido y oscuro que puede imaginarse; tampoco la cocina era cosa del otro mundo, pegada a un patio que más parecía chimenea que otra cosa. La casa tenía dos habitaciones amplias, pero de techo bajo —por ser entresuelo—, que daban a la calle. Las mujeres, bajo la indicación de doña Camila, decidieron que fueran la alcoba del matrimonio y del niño, y el despacho de Agustín; frente al recibidor, una puerta corrediza de cristales daba al comedor; en los adentros estaba la cocina, el cuarto de Petra y otro pequeño, «para los trastos». Doña Camila dijo que mientras no creciera el niño «o vinieran otros» estaba bien, más adelante ya se cambiarían. Por otra parte, era lo más decente y barato que encontraron cerca de la casa de los «abuelos».

Para amueblar el pisito recurrieron a las amistades comerciales de Agustín. Almacenes Rodríguez le hicieron un quince por ciento de descuento. En el escoger también tuvo voz predominante doña Camila. No hubo manera de hacerle comprender que el matrimonio prefería dos camas gemelas.

—A mí ésos que duermen en dos camas me parecen que no están casados.

Ante este razonamiento, ni Remedios ni Agustín tuvieron ya nada que oponer. De todos modos ya estaba resuelto que Petra dormiría con Remedios y que el mozo ocuparía la cama de la que, quisiera o no, hubo de convertirse en criada. Del despacho no hubo que preocuparse mucho; pasó a su nuevo domicilio su archivero y su mesa; lo único que compró, a plazos, fue una máquina de escribir. Con unas sillas, todo quedaba arreglado. El problema más grave fue la colcha que doña Camila se

empeñó en regalar al matrimonio, escogióla con mucho amor y cuidado de raso azul. Remedios no tenía manías, pero sí repulsión instintiva por ese color.

—Tal vez por el poco favor que me ha hecho el cielo...

Quiso cambiarlo por otro color de rosa; se opuso Agustín: sería un desaire para con su madre.

—Claro, tú no lo tienes que ver.

Desde el día de la ficticia boda se hablaban de tú.

—Comprende, mujer, que para ella es una ilusión.

—Tú déjalo de mi cuenta.

—Pero que ella no se moleste.

Si se molestó o no, no lo dijo, pero el cubrecama se cambió por otro color de rosa.

La vida se organizó mal que bien. Agustín se ahogaba en el cuartucho de Petra. Desayunaba y se iba a la calle, sin más palabras que las necesarias para enterarse de la salud de las dos mujeres. A pesar de que intentó comer en cualquier restaurante, para estar lo menos posible en casa, su madre se acostumbró a hacerlo en compañía de «su nieto» y no tuvo más remedio que apechugar con la reunión familiar. El que faltaba, casi siempre, era su padre. Achacábalo doña Camila a su repudio del matrimonio de Agustín; todo lo daba por bueno con tal de pasarse las horas cuidando del chiquillo. Sacábalo a paseo, orgullosísima.

—¿Qué dirás que me han dicho? ¡Si se volvían para verlo! Una señora, en la calle de Preciados, se paró a preguntarme qué edad tenía, no quería creer que tuviese ocho meses... ¡Mi rey! ¡Mi pedazo de cielo! ¡Mi príncipe, mi rey de España! ¡Porque él será por lo menos ingeniero o diputado!

—Tiene ojos de senador —aseguró con guasa José María, que había venido a recoger a su esposa.

—Tú lo dirás en broma, pero ya verás...

Por la noche cenaban los tres en silencio; luego Agustín se encerraba en su despacho. Hacía sus cuentas, pasaba en limpio sus pedidos, escribía algunas cartas y se ponía a leer algún libro, traído de casa de sus padres, que su madre había heredado unos cuantos, por todo, de un tío suyo, muerto en Palencia hacía diez años.

—¿Vas a salir? —le preguntaba Remedios, como incitándole a hacerlo.

—No, tengo que hacer —le contestaba invariablemente, levantándose de la mesa—. Buenas noches.

Una hora después, Remedios tocaba con los nudillos en la puerta del despacho.

—Pasa.

—¿Quieres algo?

—No.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Y cerraba despacio.

Así leyó Agustín los *Episodios nacionales*, unos tomos de Pi y Margall, otros de Costa, las novelas de Antonio de Trueba, la *Historia de los girondinos* y dos de la Revolución Francesa, la de Thiers y la de Louis Blanc, y la de España, del padre Mariana.

Salía lo menos posible por temor de encontrarse con sus amigos, que bastante tenía con los compañeros de negocios con quienes, sin remedio, tropezaba diariamente en los diversos almacenes o tiendas donde le llevaba la necesidad mercantil y a los que había llegado la noticia de la coyunda por indiscreción del jefe de la Sección de Muebles de los Almacenes Rodríguez. Se le crispaban los músculos al recibir las enhorabuenas y más los largos abrazos palmoteados.

No había vuelto a la tertulia de don Paco. Daba ahora un rodeo para no pasar delante de la tienda del buen aragonés, establecida en la calle del Príncipe, frente al teatro de la Comedia. Al principio se consolaba suponiendo que creerían que se había ido de viaje, a Béjar o a Alcoy —cosa que solía hacer cada medio año—, pero luego...

Revolviéndose en el catre que le había tocado en suerte, ahogándose en el sucucho, Agustín se preguntaba si su gesto había valido la pena. Lo peor era que no podía echarle a nadie la culpa; la iniciativa había sido suya. La verdad es que Remedios podía no haber aceptado. ¿Entonces, qué? ¿Hasta cuándo iba a durar esta manera de vivir? La mentira le escocía y también, ¿por qué no decirlo?, la falta de mujeres. Que, sin que pudiera remediarlo, desde que se «casara» le había sido fiel a Remedios. La verdad: no le gustaba ir solo a la calle de Jardines. Le molestaba, sin amigos, escoger una pareja fugaz y peor dejarse pescar por una ramera al socaire de un portal. Y buscar a Ramón, o a Jacinto, o a ambos, para «irse por ahí», se le hacía, a estas alturas, muy cuesta arriba, porque estaban enterados de su «matrimonio» y les iba a parecer raro que a los dos meses de vida conyugal fuese él mismo quien los arrastrara «a pasar el rato».

Así se lió con Consuelo, la del tercer piso. Era mujer de mucho aire, así fuera por el número de kilos que desplazaba, no sin garbo; jamona esposa de un cagatintas del Ministerio de Estado, acostumbrado a sobrellevar con paciencia los caprichos de su mujer, sin aliento para rebelarse contra lo que adoraba. Tratábale ella como a un criado.

Como es natural, Remedios y Petra no tardaron en enterarse de las relaciones, entre otras cosas porque la discreción no era prenda que le fuese a la escandalosa vecina, amiga de hacer pesar su superioridad sobre quien tuviera a su alcance.

—Cuando estuve en San Sebastián... Cuando estuve en Alicante... Cuando el marqués de Torrecilla me trajo... Cuando me compré el anillo de brillantes... Estos pantalones son iguales a los que: gasta la infanta...

«Si encuentro a Ramón o a Jacinto, ¿qué les digo? ¿Cómo no les invito a subir a casa? ¿Qué invento para no presentarles a mi mujer?». Llegó la preocupación a categoría de pesadilla y más de una noche, en su soledad, estuvo tentado de mandarlo todo a paseo. Construía una escena con su madre. Le explicaba que se había equivocado, que Remedios tenía un genio imposible, que no congeniaban. Pero a la mañana siguiente, al verla tan humilde, tan encogida, hablando con él como si estuviese de hinojos, le entraba una gran lástima; amén de lo imposible que se le representaba el quitarle a doña Camila el amor cada día acrecentado que sentía por su «nieto», y que le forzaba a llegar a casa de su hijo, cada mañana, un poco más temprano.

—No duermo —decía— pensando en el gusto que me da venir a verle.

Parecía más pequeña, reconcentrándose en la luz que le daba vida.

Un día, el retoño dijo: «Papá». Remedios pidió perdón a Agustín con una mirada

en la que se mezclaba la angustia y la pena.

Fue José María el que resolvió la situación, cuando menos temporalmente. Una noche de noviembre de 1925, serían las diez de la noche, el vendedor de harinas se presentó en la calle de Echegaray, bien empapado en vino, que le brillaba por todos los poros y no digamos por los ojos. Abrióle Petra, entró el sargentón al comedor donde Remedios estaba remendando unos calcetines de «su marido».

—Hola, buena moza. Mucho tiempo sin vernos.

Fue a ella y le acarició la barbilla.

—¿Qué, ya no te acuerdas de mí? No creas que te he olvidado. Ni los buenos ratos que pasamos juntos. ¿Cómo está mi cría?

Remedios temblaba como una azogada.

La mujer quiso ponerse de pie y no pudo: falláronle las rodillas. Petra se había quedado cerca de la puerta; hacia ella volvió la cara José María.

—¿Qué haces aquí? En la calle falta gente.

—No te vayas —farfulló Remedios.

—¿Por qué? ¿O es que ahora vas a despreciar al padre de tu hijo?

Atraído por las voces, entró Agustín, que estaba haciendo números en el despacho.

—Hola, padre. Buenas noches.

—Hola, calzonazos.

Bastó un paso hacia adelante del mozo para que el bigotudo reaccionara:

—Está bien, está bien. Ya veo que salgo sobrando. Que os aproveche.

Y con paso demasiado seguro de borracho que se fija en su andar, se fue dando un portazo.

Agustín se sentó frente a Remedios; acodado en la mesa, no se atrevía a mirarla, puso su atención en una miga de pan escapada a la limpieza. Parecía una esponja pequeña; el fijarla sin pestañear la agrandó terriblemente, ya era una roca puesta en medio de una playa desierta. Una playa granate con flores amarillentas y piquillos verdes.

Remedios no salía de su doloroso asombro. Sentíase anudada por todas partes, y en todas con dolor. No podía echarse a llorar como la garganta se lo estaba pidiendo a borbotones, ahogándola. Agustín, perdido, sin saber qué hacer, empezó a tamborilear en el hule que cubría la mesa. Petra, que había salido tras el hombrón, dijo sencillamente, al volver:

—¿Por qué no os vais a dormir?

Agustín se levantó sin decir palabra, volvió al despacho. En su sillón pasó las horas queriendo pensar, sin lograr hacerlo; todo se le confundía. «Eso» no podía seguir así, había que hacer algo, pero ¿qué?

A la mañana siguiente, fue Remedios la que lo propuso:

—Tengo que marcharme.

—¿A dónde?

Hizo un gesto vago.

—Donde sea.

—¿Con el chico?

—Claro.

—¿Y mi madre?

—Ya hiciste bastante.

Así lo creía Agustín. Pero ¿qué haría?, ¿volver a su casa?

—Tú verás. A nosotros no nos ha de faltar trabajo.

—Ésa no es una solución.

—Sí lo es. Así no podemos seguir.

Agustín estaba de acuerdo, pero no quiso decirlo; no sabía con precisión por qué, así era.

—Déjame que lo piense.

Para ver si el aire le inspiraba fue a pasear por el Retiro. Hacía años que no iba; las alamedas y los árboles le sabían a nuevos. ¿Qué hacer? Se extrañó de la existencia de los árboles. Había árboles en Madrid. ¿Qué hacer?

—¡Alfaro!

Se volvió a la voz, era un cura joven. La cara le era conocida, pero el apellido se le escapaba.

—¡Zarnazo, hombre!

Se abrazaron. Gonzalo Zarnazo había sido compañero suyo de escuela. Después lo llevaron a Deusto, cuando se murió su madre y lo tomó por su cuenta un tío suyo, de Bilbao, un hombre raro, rico y dado a las cosas de la iglesia, de la que —decían— administraba algunos bienes; por lo visto Gonzalo se había ordenado. Era un hombre guapo, de ojos verdes.

—Te conocí en seguida.

—Pues... si no me llamas...

El curita tenía excelente memoria, la que le permitió una carrera brillante en el seminario.

—Estás igual.

—Eso crees tú.

Caminaron despacio.

—Para mí, como si hubieses caído del cielo.

—¿Por qué?

—Ahora te cuento.

Y, sin más, llevado por su preocupación y confiado en la ropa que vestía su

antiguo compañero, Agustín no tuvo empacho en endilgarle su odisea. No lo hubiera hecho con nadie más conocido. Zarnazo era otro mundo.

El curita le oyó con atención, sin interrumpirle. Luego le preguntó:

—¿Eres practicante?

—No.

—¿Perdiste la fe?

—Sin darme cuenta. Pero ¿qué me aconsejas?

—¿No quieres que le hable a tu madre?

—De ninguna manera.

—Sería lo mejor, lo más noble.

—Y destrozarle la vida.

—Vivís todos en pecado mortal.

—Como comprenderás, no es esto lo que me preocupa.

Gonzalo le miró con atención:

—Comprendo. Lo mejor sería que esta mujer desapareciera de vuestra vida: de la tuya, de la de tu padre, de la de tu madre.

—¿Pero no te das cuenta de que mi madre vive pendiente del niño?

—Sí, pero también puede enterarse cualquier día de la verdad y sería peor.

—Tal vez tengas razón.

—Tu madre hallaría consuelo.

—¿En la religión?

—Desde luego. Porque supongo que ella...

—Sí.

—Y tú, ¿no sientes una necesidad de orar, de descargar de tus preocupaciones? Porque, quieras o no, lo que has hecho conmigo es confesarte. Todo esto, y otras cosas peores, suceden por la pérdida del sentido moral, que sólo la Iglesia ofrece. Si tu padre fuese buen católico...

—Conozco otros peores.

—No lo niego: el pecado está en todas partes y el diablo acecha a los mejores, pero si no se le persigue, acaba por señorear en el mundo. Dale gracias al cielo por este encuentro, que se puede denominar providencial. —Lo creía así y se las prometía felices—. Hay que sajar, Agustín; hay que sajar sin miedo, así duela a primera vista. Pero verás qué consuelo. El dolor nos lleva a Dios, y ahí está el remedio. Tu madre se resignará, comprenderá y perdonará. Por otra parte, tú no has pecado más que por exceso de amor y no tienes por qué preocuparte. En cuanto a esa joven y a tu padre, hallarán su bien en el arrepentimiento. No hay que arredrarse nunca, sino ir siempre hacia adelante, con la verdad divina en una mano y el santo respeto de las costumbres españolas en la otra, sin miedo.

—Sólo buscaba un consejo.

—No hay otro camino que el que te señalo. Tal vez pueda encontrar a alguien que se interese en colocar a esa joven.

—Ya hablaremos.

—Mañana mismo pasaré a verte. ¿A qué horas estás en casa?

—Vente a comer o a cenar cuando quieras.

—¿Dónde vives?

Agustín hizo un esfuerzo tremendo: no quería dejar en manos ajenas lo que él solo debía resolver; dio al curita una dirección falsa, por Cuatro Caminos.

—A la una estoy allí. Ahora tengo que ir a visitar unas personas en la calle de Alfonso XII. Se ha hecho tarde, pero no lo siento. Queda con Dios, Él nunca abandona a los suyos.

Diez pasos más adelante se volvió para saludarle con la mano, sonriente. Daba gracias al Señor: ¡qué fácil hacer el bien cuando se ve todo claro! Y la comida en casa de los Suárez Anda sería, de seguro, excelente.

Remedios fue a ver a Paca. Su regreso a la calle del Peñón fue un pequeño acontecimiento. Todos la felicitaron de su buen aspecto.

Sin embargo, aquella mañana lucía ojeras, que, naturalmente, no eran óbice para los tres kilos que había ganado.

—Seña Paca, ¿qué hago?

—¿Es que el joven se ha propasado?

—¡Vamos! Usted no le conoce. Es más bueno que el pan. No, sino el sinvergüenza de su padre que pretendió volver a las andadas.

—Mira tú, en eso no había pensado.

—¿Qué me aconseja?

—Mándalo todo a paseo y vuélvete aquí. Todavía está tu cuarto sin alquilar.

—Es que me da pena doña Camila.

—Bueno, entonces, hija, tú sabrás...

Paca miró fijamente a Remedios.

—¿Hasta ahora cómo has vivido?

—Tan ricamente.

—¿Si no fuese por el guarro del viejo, no tendrías inconveniente en seguir como hasta ahora?

—Pues la verdad, no.

—¿Y te sabe mal dejar aquello?

—Sí, señora.

—¿No estarás enamorada del pedazo de pan?

—¿Yo? ¡Vamos, ande!

—Cosas más raras he visto por ahí. Pero si quieres hacerme caso, manda todos los hombres al basurero, ninguno vale la carne que pesa.

—A usted le ha pasado algo.

—¿A mí? A mí, no. A otras tal vez, y a cierto gandul del que me cansé de aguantar marranadas... Tú ya tienes lo tuyo, así que echa el cierre y vente a planchar enaguas, y vivirás como una reina, sin preocuparte de pantalones, que no valen la

pena que dan.

No tardó dos minutos Paca en referirle la verdad, con pelos y señales —que de todo eso hubo, y más—, y en explicarle cómo dio con el viento de lo de la Serafina y de su Rafael, y de cómo, estoque en mano, y de plano, le dio a la mujer una somanta de primera, rematada con un estirar de cabellera que fue el regocijo y el comentario de todos los vecinos durante una semana. Puso de patitas en la calle al ex novillero, que desde entonces se moría de hambre y se pasaba el día mandando recados a su ex, que no quería saber nada de él.

—Me la jugó de a puño, pero no sabía con quien se gastaba los cuartos. Bueno, es un decir, que la pagana era yo. Pero hemos *tarifao*... por ésas, así me tenga que repudrir. Todos son unos ingratos, incapaces de darse cuenta de que una lo da *tó*, y ellos lo que les conviene, o lo que no les conviene pero les gusta más. Los hombres no piensan en el mañana: eso me gusta, pues venga y luego: si te he visto no me acuerdo. ¿Quién iba a pensar eso de Rafael? Tú le conocías. Tan *enamorado*, tan fino, tan atento. Un poco marchosillo, pero lo pedía el oficio. ¡Golfo! ¡Y me lo tenía que haber *sospechado*! Quien anda entre cuernos... Por ahí se está pudriendo haciendo pucheros; no creas que no sé por qué: por los ídem, que es como le dicen los gallegos al *coci*.

Que para Paca todos los que no son de Madrid son gallegos.

—A mí nadie me toma de pito. Y tú, no te preocupes, te vuelves para acá, y vives tan ricamente. A los hombres que les parta un rayo. ¿Tienes un hijo? ¿Qué más quieres? Es para lo único que sirven, y tú ya estás servida. Con que *requiescat in pace*. ¿Le digo algo a la casera?

—Déjelo, *señá* Paca; ya habrá tiempo.

—No lo olvides: atufan. Y no hay excepciones, *tós* confirman la regla (o la quitan). Primero la coba, después la cama y se acabó.

—Pero usted...

—¿Yo? Tú no me conoces a mí. O mejor dicho, sí que me conoces: cuando digo «basta» ya pueden santiguarse todos los santos, que de allí no paso. Dicen que mi padre era aragonés...

Si no lo era, merecía serlo.

No hubo manera de hablar de otra cosa y Remedios volvió a la calle de Echegaray sin haber resuelto nada.

Remedios se estaba quitando la mantilla cuando entró Agustín.

—¿Saliste?

—Un momento a comprar lo que hacía falta. ¿Alguna novedad?

—No.

—¿Recogiste el pedido de los Álvarez?

—No pasé por allí.

Que desde hacía algún tiempo, y por hacer algo, según asegura, Remedios ayuda a Agustín, clasificando las cartas. Aprende a escribir a máquina, extrañándose de lo fácil que es.

—¿Comemos?

Entraron juntos al comedor donde doña Camila acaba de darle el biberón al crío. El correo de la tarde trajo una novedad: Agustín tendió una carta a Remedios. Era de su representado de Ibi, que le pedía —si le era posible— que fuese un par de días a Zaragoza para ver de ponerse de acuerdo con un almacenista que había suspendido pagos y era deudor de más de cincuenta mil pesetas, suma muy considerable para el hojalatero. Como es natural, pagaría los gastos y una comisión.

—¿Piensas ir?

—Pues sí.

Ganaba tiempo y cambiando de ambiente tal vez se le ocurriese alguna salida.

Llegó a Zaragoza, después de comer en el tren, dejó su poco equipaje en un hotel de la calle de Jaime I y se fue a la de la Torre Nueva, donde estaba el almacén de don Prudencio Palomeque. La cosa estaba más enredada de lo que todos suponían. Todos, porque allí estaban los representantes de diez o doce acreedores, asistidos por un par de abogados. La buena fe del comerciante no estaba en duda, pero como dijo un viajante catalán: «Con aquello no se remediaba nada». Don Prudencio era un hombre de algo más que una mediana edad, con un guardapolvo gris y su desesperación a cuestas. La culpa la tenía la competencia de su ex amigo Oliverio Fita. Callaba lo principal, la tragedia de su hija, mejor dicho de su yerno, metido en negocios de construcción y que le había comido cuanto tenía. Ninguno de los acreedores quería acular al viejo a la quiebra, no por blandura de corazón, sino por no convenir a sus intereses. La casa, acreditada, tenía buena clientela, de años; y una administración severa podía en muchos meses, eso sí, sacarla adelante. El problema era a quién poner al frente del negocio. El representado por Agustín era el mayor acreedor. No lo pensó mucho nuestro hombre y dejó entrever que tal vez le interesara el puesto. A todos les pareció de perlas y diéronlo por hecho. No así Agustín, que pidió un plazo para contestar. Otorgáronselo inmediatamente.

Cuanto más lo pensaba —andando por el Coso o tomando una cerveza en un café de la plaza de la Independencia— mejor solución le parecía. Traería a Remedios y al crío. Convencería a su madre fácilmente —o no, pero eso no importaba— haciéndole

ver que, económicamente, era muy ventajoso para él. Acabaría la ficción del matrimonio diciendo a quién le importara —y no dejaría de haber quién— que era su hermana o su prima. No paró mientes, ni un minuto siquiera, en que Remedios estuviera o no conforme: estaba seguro de su consentimiento. Así fue.

José María se portó: convenció a la buena de doña Camila. (Laba no le faltaba y ganas de perder de vista a su hijo tampoco). Hubo que prometerle cuantos viajes quisiera y traer al niño para las Navidades, sin olvidar que la separación sería, a lo más, de un año. Y hacer una fotografía; de la que Remedios y Agustín habían huido, con diversos pretextos, desde el día de su «matrimonio». Fueron a la calle de Carretas y se sonrieron un minuto para poder quedarse así, para siempre, sobre la consola de doña Camila, en medio de un precioso *passepartout* color crema, flanqueados por dos floreros de Manises, estilo Talavera.

La liebre saltó, como siempre, por donde menos se esperaba: fue Petra la nota discordante.

—Si estás empeñada —le dijo a Remedios— a seguir viviendo de prestado, allá tú. Yo, no. Y conste que os tengo ley, a ti y a tu hijo. Pero te estás metiendo en un berenjenal que para qué te cuento. Saldrás con las manos en la cabeza, si no peor. Hasta aquí he llegado, pero no paso.

Remedios y Petra eran amigas casi desde que tenían uso de razón. De cómo se las arregló el padrastro de la segunda para meterla en la Inclusa es cosa que nunca se supo, pero lo logró. Petra, un poco mayor que Remedios, dispuesta para todo, la tomó bajo su protección e hizo de hermana mayor; esa responsabilidad, que se arrogó por las buenas, compensó un poco el odio contra todo lo existente que la poseía; Remedios fue feliz obedeciendo: era alguien, ya que otra persona se fijaba en ella. Los años pasaron sin más hierro que el frío que las marcaba en el invierno; la monotonía del internado municipal les impidió toda curiosidad. La religión era un corselete y los paseos por los descampados, de dos en dos, en fila bien ordenada, no estaban hechos para despertar apetitos de libertad. El respeto y el agradecimiento a las autoridades desmochaba toda imaginación. Eran pobres y debían ser y estar agradecidas de no haber perecido en la calle. El chismorreo, los dimes y diretes no pasaban del refectorio o de la preferencia por la hermana Marcela o la hermana Perpetua. La pubertad fue una exigencia y un vínculo más. Petra estaba al cabo de la calle de muchas cosas y su desconfianza evitó en ambas muchos desengaños, al tiempo que su actividad les hizo merecedoras de la indiferencia de las más. La educación era corta y los oficios bajos. Hicieronse planchadoras por gusto innato de las dos por la limpieza. Ninguna de ellas mostró vocación monjil y las hermanas no insistieron en llevarlas por ese camino. Cuando Petra estuvo en edad, la escogió la dueña de un taller de planchado como oficiala —que se daba mucha maña en almidonar, asentar y encañonar los más estrechos pliegues—. Negóse a menos de que admitieran también a Remedios, así fuese de aprendiz. Aceptaron la exigencia y salieron una mañana de mayo de la benemérita institución. En el taller de doña

Prudencia regía una disciplina militar que ambas muchachas resistieron, acostumbradas como lo estaban a cierta libertad de movimientos conseguida a través de la confianza que despiertan los años de convivencia así sea en la cárcel más dura. Conocieron, al azar de los encargos, a la Paca, que llevaba al taller camisas de torero que su Rafael le entregaba para su conservación y limpieza. Habla que te habla, entraron en confianza y sin más, una buena tarde, Petra y Remedios fueron a vivir a la calle del Peñón y empezaron a trabajar por su cuenta.

Fue Petra la que introdujo a José María en el patio de la casona; tropezó con él — en el sentido estricto de la palabra— en un tranvía, a favor de un enorme bulto con el que casi no podía. La ayudó requebrándola y a su labia y buena facha de hombre de bien se debió el que la planchadora aceptara su cooperación, aunque el peso de la ropa también tuviese algo que ver con su desacostumbrada amabilidad, que en eso Petra seguía siendo la misma: desconfiada y pesimista. Conoció el bigotudo a Remedios y las entrañas se le voltearon. Vino, fue, volvió, apreció, obsequió, regaló; untuoso, amable, agradecido, se hizo pequeño y necesario. Las llevó, siempre respetuoso, a cuantas verbenas salieron al paso del tiempo. Se gastaba el dinero con tino, contaba chistes, las acompañaba a casa. Hizo saber, discretamente, de sus desgracias familiares y de por qué no se había casado ni se podía casar por el momento. Fue tema constante de conversación entre las dos amigas. Declaró a Petra su amor por Remedios, agradeció la fea su deferencia y José María se comportó como novio rendido durante dos meses, hablaban horas, a la caída de la tarde, sentados en sillas de enea, en el patio. Remedios no se daba cuenta de lo que le estaba sucediendo. Su novio le imponía, se extrañaba de tener relaciones con un hombre tan mayor y con tales bigotes, pero, al mismo tiempo y por primera vez, se sentía segura. Las llevó al cine, donde Petra procuraba desentenderse de la pareja. La primera vez que José María abrazó a Remedios, aprovechando la oscuridad del local, ella se trastornó, desmayada por dentro, perdidos los sentidos. Con el tiempo y la confianza que engendra, Petra dejó que los novios salieran solos. Para José María fue cosa de coser y cantar. Remedios no objetó nada. Cuando se evidenció que estaba embarazada tampoco hubo tragedia. Habló José María con Petra y Paca, inventó cuanto era necesario, protestó su buena fe, su deseo de legalizar la situación en cuanto pudiera y así pasó el tiempo. El niño vino al mundo con toda naturalidad y no era el patio de la calle del Peñón ambiente para que nadie se llamara a engaño o pusiera el grito en el cielo. Todo empezó a torcerse algunos meses más tarde. José María había prometido reconocer al niño, como suyo legítimo, pero empezó a dar largas y aun a faltar días y días. Sabía Remedios la dirección de su amante, así fue a dar con doña Camila, creyéndola la madre de «Agustín», tal como se hacía llamar el segoviano.

Petra se quedó en Madrid y pasó a vivir con Paca. Remedios, Agustín y el niño llegaron a Zaragoza una tarde lluviosa, tomaron el ómnibus del hotel y allí se inscribieron como hermanos. Empezó una vida apacible y tranquila, Agustín iba a las nueve al almacén, volvía a la hora de comer para regresar a las tres a su trabajo; prolongábase éste muchas veces hasta las ocho o las nueve, cenaban, dejaban al niño dormido y se iban a dar una vuelta por las calles de la ciudad, a menos que les llamara la atención una película; se metían entonces en el cine. Despedíanse con un claro «Buenas noches», hasta el mediodía siguiente, ya que Remedios desayunaba en su cuarto.

Los domingos iban a pasear a Torrero. El niño empezaba a hacer sus pinitos. El canal reflejaba pausadamente los árboles y todo era tranquilidad. Agustín miraba a su medio hermano y se preguntaba qué clase de afecto sentía por la criatura. No acababa de poner en limpio sus sentimientos. El niño era fuerte y sonriente, se parecía, sin duda, a su padre. Doña Camila escribía cada semana, haciendo presente su desamparo. A los dos meses de vida ociosa Remedios floreció y apareció hermosa; ahora tenía tiempo —viviendo en el hotel— para arreglarse y no lo desaprovechaba; su entrada en el comedor de la fonda producía siempre algunos volteos de cabeza y aun de espaldas y comentarios de los viajeros de comercio, que formaban lo más de la clientela. Nunca cruzaron una palabra acerca del hecho, un pudor los retenía, pero no por eso dejaban de darse cuenta —uno y otra— del homenaje.

Los piropos ayudando, Remedios empezó a sentir una confianza en sí misma como nunca la tuvo, ni en los tiempos primeros de su noviazgo con José María: ese despertar la hizo feliz.

Un día se acercó a la mesa, que siempre ocupaban, el representante de una casa competidora de la de Agustín y al que conocía de años por mor de los negocios.

Le invitaron a sentarse con ellos.

—No sabía que tuviera una hermana...

—Pues ya ve...

La presencia del niño necesitó de la invención de una viudez no demasiado reciente, por ausencia del luto. A solas se divirtieron inventando quién pudo haber sido el difunto; pusiéronle nombre, por si acaso. ¿Ramírez, Gómez, García? Decidieron por García, que no comprometía a nada. Fueron tres meses que se sucedieron sin sentir, sin pensar en el mañana porque sería igual que el pasado. Entonces se presentó Gonzalo Eizaguirre, *Eizaguirre IV* Gonzalo era hermano del dueño del hotel, pelotari tal como su numeración lo indica y de la catadura necesaria al oficio: treinta años, alto, ancho, frente estrecha, pelo lucido y aplastado a fuerza de brillantina, vasco de Ermua, brazos como troncos, la sonrisa franca y dos hileras de dientes perfectos, que no eran suyos porque un pelotari, que lo tuvo a muerte, le destrozó la boca. Hacía de eso un par de años y no había vuelto a ser, desde entonces,

el zaguero que fue. Prácticamente se había retirado de la profesión y estaba a la caza de un negocio seguro en el que colocar sus dineritos —ni pocos, ni muchos— ahorrados en diez años de actuaciones. Vino a Zaragoza, donde su hermano, que le llevaba veinte años, había comprado, hacía poco, el hotel, para ver un garaje que ofrecían, a lo dicho, en buenas condiciones. Vio a Remedios y se prendó de ella y empezó a cortejarla. Era un buen partido —los vascos siempre tuvieron fama de ser buenos maridos—, la salud estaba a la vista, los medios económicos ya vimos que no eran menguados y su inclinación sincera. No era hombre para andarse por las ramas, ni el fingir arreo de sus maneras. Nadie se llamó a engaño y, por si fuera poco, las atenciones que en la mesa se guardaron desde entonces a Remedios y a Agustín y que alcanzaron los lindes de la gula hubieran abierto los ojos al más cegato.

«Es natural —se decía Agustín—, es natural. Tenía que suceder algún día. Y no creo que el buenazo de Gonzalo se vuelva atrás cuando sepa que Remedios es soltera. Con decirle que el padre de la criatura murió, en paz. Es una solución lógica. Queda mi madre: es peliagudo. Puedo decirle que Remedios murió, sería difícil: ella y el niño. O infamar su memoria e inventar que se fue con otro. Quedaré mal parado, pero es lo de menos. Ellos se quedarán a vivir aquí, es difícil que mi madre ponga nunca los pies en Zaragoza, y aun, en ese caso, que tropiece con ellos. Además, la actual separación la habrá preparado. Sí, es lo mejor. ¿Lo mejor?».

Agustín presentía un gran vacío en su vida, se había acostumbrado a tenerlos cerca. Era un descanso y una diversión. Cambiaría lo cotidiano del todo en todo. Pero no tuvo que apelar a ninguna de las soluciones apuntadas: Remedios opuso una resistencia rotunda a las pretensiones matrimoniales del vasco.

—Pero ¿por qué, mujer? Es un buen chico, guapo, fuerte, sano.

—Para ti la perra gorda.

Que todavía le quedaban arranques aprendidos en la calle del Peñón.

—Pero, mujer, alguna razón tendrás.

—No me gusta.

—Pues no eres tú poco difícil.

—No le quiero.

—Eso es otra cosa.

No hablaron más del asunto, pero se cambiaron. Fueron a vivir a casa de don Prudencio. La hija y el yerno habían tenido que emigrar a tierras donde no tuviesen antecedentes. No conoció Agustín la pareja, pero sí descubrió las trampas de Julián Huete, el hijo político, y aun las sacó a luz y tuvo la entereza de echárselas en cara al almacenista. Corrióse la voz, y fue el yerno a Sevilla, donde empezaron a pintarle bastante bien las cosas, que en Zaragoza nadie le ofrecía ya obras y ni había quien le abriese crédito. Don Prudencio pensaba ya en dejar su piso y en buscar otro modesto cuando Agustín le preguntó qué hotel le recomendaba, cogió el viejo la ocasión al vuelo y les propuso su casa; él se iría a donde fuera. Sólo con la condición de que se quedara don Prudencio a vivir con ellos aceptó nuestro hombre.

Tener que pagar una letra y no tener a quién recurrir para hacerla efectiva. Las noches en claro y los días amargos, con el recargo del sueño. Las acideces del estómago que el bicarbonato no alivia más que por contados minutos. El ir y venir de un banco a casa de un amigo, con el peso de las negativas cargadas de antemano sobre los hombros. ¿Para eso había trabajado toda la vida? ¿Para que viniese un cualquiera que, además de su hija, se le llevara la tranquilidad?

Cuando le protestaron la primera letra fue como si se le acabara el mundo, creyó durante largo tiempo que no amanecería. El suicidio se le ofreció como remedio sólo pasajero, que ahí quedaba la firma infamada. Decidió luchar y no pudo. No era el no tener dinero, ni la perspectiva de la pobreza, lo que le tenía en vilo, sino el decir de los que le conocían y la alegría de los competidores, sobre todo de Fita, que había sido encargado de su almacén hasta que se estableció por su cuenta.

Y el dolor de estómago, cruel, persistente, unido indeleblemente a los vencimientos: no tener ni un momento de tranquilidad, no poder pensar un instante en otra cosa, la idea fija en las cuentas, en el monto de las letras, el repasar una y otra vez los libros de contabilidad en busca de alguna factura de un cliente que ya se pudiera descontar, así fuera a ciento veinte días fecha, y no dar con ella. El sudor frío de la seguridad de no poder hacer frente a sus compromisos, y el ardor del estómago, y la falta de sueño.

—¡Trabaje usted toda la vida para esto! —le decía, desconsolado, a Agustín—. Sea honrado, ¿para qué? Ahí tiene a Soler y Doménech, de Barcelona, que han suspendido pagos tres veces, y tan campantes. ¿Usted conoce a Soler? Tiene automóvil y chófer. A veces llega uno a pensar que la honradez no sirve para nada.

Agustín le consolaba.

—Si no fuese usted honrado, ¿podría vivir? ¿Verdad que no? Lo llevamos en la sangre, don Prudencio, y no hay que darle vueltas.

—Pero ¿usted cree que saldremos adelante?

—Claro que sí.

Vivía el almacenista en un piso de postín, en el paseo de la Independencia, factor, entre muchos, de su actual desdichada situación económica, pero sus hijos aseguraban que tal casa era necesaria para el desenvolvimiento de sus negocios y don Prudencio fue siempre persona fácil de convencer. El patio encristalado, bajo los soportales, lucía portero de uniforme y ascensor eléctrico, y el piso, salones y dormitorios amplios, claros, amueblados, si bien con cursilería, con comodidad para los moradores. La vida de Remedios se complicó un poco con las dos criadas necesarias para mantener, si no el rango, todo limpio, como era su gusto y necesidad de su ser.

El piso que pusieron en Madrid era modesto; el hotel de donde salían mediocre; Remedios ascendía, de pronto, a otra categoría de la vida burguesa que los primeros días le hizo vacilar en sus decisiones más nimias, mas se adaptó rápidamente al cuarto de baño, a las alfombras, al gramófono, a las cortinas, al timbre para llamar a

las fámulas. Tenía el señorío natural de cualquier hija del pueblo que sabe guardar encerrados en la trastienda los resabios del toma y daca sin trampantojos, tan frecuentes en la vida libre de hipocresía de mala educación. Llegóse a hablar de la compra de algún sombrero, prenda que nunca había usado.

En el hotel habían vivido separados, veíanse —dejando aparte los domingos— únicamente en el comedor; en la calle de Echegaray la presencia constante de Petra o la visita diaria de doña Camila los mantenía distantes. Ahora fue distinto. Don Prudencio hacía lo posible por no aparecer sino a la hora de dormir y a pesar de las protestas no hubo manera de hacerle comer en casa, sino en casos sonados; se las arregló con su encargado para que éste le trajera comida en una fiamblera —al igual que el dependiente, que vivía en el Arrabal—. Y cenar, no cenaba, bastábale un café con leche, con media tostada, en el café donde se reunía con unos amigos desde hacía cerca de medio siglo. Los cuartos de las criadas, gran novedad en Zaragoza, estaban, a la francesa, en el sexto piso. A las nueve de la noche se quedaban solos, que el niño dormía, según su obligación, y don Prudencio no regresaba nunca antes de las once.

¿Qué había sido hasta entonces la vida de Remedios? La de la Inclusa, ni vida se podía llamar. El transcurrir de los días en la calle del Peñón, antes de conocer a José María, fue un sencillo contar el número de prendas y procurar no quemarlas, lo caliente de las planchas, la falta de almidón, el dinero para el tranvía o el metro o si la tabla estaba a punto de caer. José María destrozó aquello como si hubiera sido un aro recubierto de papel de china. Lo que seguía era el embarazo, sus problemas, la maternidad. En verdad fue Petra la que la empujó a subir las escaleras de la casa de los «señores de Alfaro», sin que la Paca dejara de meter su cuchara en tan cacareado asunto. Luego vino el amor de doña Camila para con el niño, querer que no dejaba de requemarle las entrañas. Y Agustín. Agustín, el hijo de José María. A la indiferencia primera sucedió su poco de desprecio por un hombre dispuesto a cargar con las culpas de otro. Luego, despacio, fue dándose cuenta de que cuanto hacía era con el noble propósito de hacer feliz a su madre, pero aún ahí no dejaba de entrar en su sentimiento hacia el joven tildado de panoli cierto tinte de superioridad. Acogió con indiferencia sus relaciones con Consuelo, la copiosa vecina; le parecieron naturales y le divirtió la actitud de la escogida. Luego todo se fue borrando y al no tener ocasión de confrontar su sentimiento acogió la presencia constante de Agustín como un hecho natural de su propia vida.

Él se tenía muchas veces por idiota. ¿A dónde le llevaba esa vida? No que tuviese otra aspiración que la de ganarse honradamente el pan y la tranquilidad. Pero, en fin, alguna vez se tendría que casar, tener novia —para empezar— y le era imposible figurárselo viviendo con Remedios. ¿Por qué? Tras un período de abstinencia empezó a ojear a su alrededor y no descubrió ninguna Consuelo propicia. Con un par de viajantes conocidos anduvo algunas noches de picos pardos. Tuvo siempre buen cuidado de avisar a Remedios por teléfono de que no le esperara a cenar, si las juerguecillas empezaban a esa hora, o, si la cita era para más tarde, con un:

—Me voy a dar una vuelta —todo quedaba en su lugar. Sin embargo, algo había en él que le quitaba la tranquilidad, un cierto remordimiento, como si le faltara a alguien.

Sin quererlo ninguno de los dos la vida se les hizo más difícil; a veces Agustín se quejaba del punto de la comida, del café, de una camisa mal planchada. Diferencias mínimas que antes hubiese sido incapaz de formular. Remedios le miraba a los ojos y él los huía. Una noche, Agustín volvió bastante borracho y puso las sábanas perdidas; a la mañana siguiente intentó lavarlas él mismo en el cuarto de baño, con resultado más bien mediocre.

—Perdona —es lo más que se atrevió a decir.

—¿Perdón, de qué? Estás en tu casa, ¿no?

Una semana más tarde volvía Agustín a subir las escaleras trastabillando y al querer introducir la llave en la cerradura se dio cuenta de que las había perdido. Dios

sabía dónde —sabía perfectamente dónde—, pero no era cosa de volver a esas horas a casa de Trinidad, la *Negra*, para reclamar el llavero, entre otras cosas porque se moría de sueño. No tardó Remedios en franquearle la puerta.

—¿Te olvidaste las llaves?

—Sí.

—Buenas noches.

—Buenas noches, y perdona la molestia.

—¿Qué molestia?

Agustín olía a perfume barato. Remedios tuvo la debilidad de decírselo. El hombre la miró sin contestar y Remedios volvió rápidamente a su cuarto para echarse a llorar. Agustín, más allá del bien y del mal se durmió a medio desnudarse. La mujer no podía olvidar la mirada perdida del hombre: se equivocaba de medio a medio. Leyó un desamparo donde sólo el alcohol era responsable del vacío, pero fue suficiente para que se enfrentara consigo misma y se diera cuenta, con claridad prístina, de que estaba enamorada de Agustín. Enamorada totalmente, de arriba abajo. Su primera reacción fue de una felicidad sin más límites que los de su propio ser; acabó el llanto de repente. Pero, tan pronto como se formuló su sentimiento sin ambages, se le cayó el mundo encima.

Nada dijo ni dejó traslucir los días siguientes. Cerróse en su trabajo, acrecentándolo hacia donde fue posible. Disimuló insistiendo en que Agustín saliese más a menudo. El primer domingo fue un tormento inacabable. Por si fuera poco el recuerdo de Petra la perseguía, anunciadora agorera que fue de estos o parecidos males. Y su afán fue saber si él la quería también. Lo ansiaba y lo temía. Prefería ignorarlo y la duda la quemaba. Sí, sí, ¿qué hacer? Todo era barrancos sin fondo a su alrededor.

Un día Agustín vio su mirada, apartó los ojos pero no la pudo olvidar. Sin querer, sabía. Hacía meses que adoraba a la querida de su padre, a la madre de su medio hermano; que ya no llamaba a Remedios, para sí, sino con esos horribles atributos; buscaba defenderse con palabras, se adargaba a ellas con desesperación, sin saber qué hacer. Se sentía perseguido. Tras cualquier partida en la contabilidad, entre cualquier montón de género se le aparecía no la figura imaginada de Remedios, sino el relente de su presencia quitándole la tranquilidad. Hubo días en que se olvidaba de todo, pensando sólo en ella: encargos, paquetes, tapones (dejando destapadas las botellas), números (no los hacía según se dice, sino que los dejaba de hacer), comida, historias, palabras. Vivía fuera del acontecer normal, llevado en andas de su propio gusto, como si tuviera quince años, feliz e idiotizado. Tenía que hacer un gran esfuerzo para retrotraerse al común denominador, que sentido no le faltaba.

Buscó diversiones donde no las había; hizo amistad, en el café donde dio en acompañar a don Prudencio con tal de volver con él a casa y no quedarse a solas con Remedios, con Alberto Chuliá, un inventor, valenciano, exuberante y anarquista, y con Antonio Mina, señorito madrileño. Alberto había fracasado en la vida por carta

de más lo mismo que Mina por carta de menos. Era de una actividad desbordante; el otro, decidido partidario de no hacer nada. Más bien alto, la nariz flamígera llevada orgullosamente, tirada hacia atrás por un cuarto de cabellera que algo tenía, en su recuerdo, de melena, la camisa abierta dejando al aire un cuello vigoroso. Chuliá tenía aires de capitán de tercio de Flandes; todo lo encontraba magnífico con tal de que hubiese sido hecho por él o por algún amigo suyo, menos, naturalmente, si se trataba de mecánica, que en eso todos eran despreciables, menos Torres Quevedo, de quien aseguraba haber sido discípulo. Hombre abierto y sonriente, siempre dispuesto a aceptar lo que se presentara —comilona, excursión, conferencia, cualquier trabajo—; había venido a Zaragoza tras una falsa noticia (la de un nuevo canal del Ebro), creyente como lo era de cualquier noticia:

—¡Ché, si a mí me lo han dicho...!

Hacía de eso seis meses, y allí seguía sin acordarse de la razón de su venida. Masón, de la FAI, republicano, dio a Zaragoza con docenas de compañeros y amigos que le hacían la vida leve.

Chuliá tenía mucho talento, y es posible que cierto genio que había echado a perder con su exceso de imaginación. Vivía en un mundo figurado, dando por hecho las imágenes de su fantasía; para él no había nada imposible: bastábale un punto de apoyo —una frase, una conversación— para edificar, en un segundo, un proyecto grandioso que, al solo conjuro de sus propias palabras, daba ya por hecho. Tenía la memoria larga —¿a quién no conocía o había conocido?, ¿quién no le debía un favor o la vida?—, pero el despecho corto. Y si «aquello» no se llevaba a cabo inmediatamente surgía otra perspectiva tan o más brillante. Vivía delante de sí, dando por hecho lo por hacer, imagen viva del optimismo. Por aquellos días estaba dispuesto a convertir Zaragoza en emporio petrolero.

Antonio Mina es un hombre serio, moreno, de cara ovalada, siempre correctamente vestido de oscuro y cuyo único oficio era ir al café: peña a la una, antes de comer; tertulia de tres a cinco, otra de siete a nueve, y, para rematar, una última de diez a dos de la mañana, hora en que empezaban a acompañarse mutuamente Chuliá y él, por el Coso, de la pensión donde vivía uno a la del otro, de punta a punta de la larga y amplia calle, de la calle de San Agustín a la de Meca (con lo que el chiste se les hizo fácil: de la Ceca a la Meca), al mes ya les saludaban todos los serenos.

—Una vez, siendo niño —decía Mina—, le pregunté a mi padre (eso me lo han *contao*) que para qué andaba la gente (supongo que de aquí para allá); todavía no me ha *contestao* nadie y me moriré con la *curiosidá*.

Que él sí era de Madrid, a mucha honra, y lo recalca en lo marchoso del hablar.

Antonio Mina, tal vez por «*curiosidá*», había empezado a estudiar todas las carreras habidas y por haber, y todas las había dejado, indefectiblemente, al segundo año, descubriendo los alicientes de una diferente; así sabía algo de muchas cosas y nada a fondo, pero sí lo suficiente —que no lo era poco— para meter cuchara en

cualquier discusión de las que se suscitaban en las sucesivas reuniones a las que asistía puntualmente y por encima de todo. Habíale llevado a la capital aragonesa cierto deseo de estudiar el peritaje agronómico, ayudado, como siempre, por un hermano mayor, ingeniero de buena posición, y por su madre, que le adoraba. La pensión que entre ambos le pasaban servía, a lo sumo, para pagar el estrecho cuarto donde dormía, el buen sastre que le vestía —el mejor de la ciudad donde morase—, la lavandera, la planchadora, el peluquero, el limpiabotas y los camareros, que no era parco en propinas. Meses hubo en que se sustentó exclusivamente de café, eso sí: a veces solo, otras con leche, con el aditamento del carajillo. Era republicano, porque en Madrid su centro era el Ateneo y la granja El Henar, pero más bien conservador. Sus conversaciones con Chuliá no tenían fin y recorrían toda la escala universal. A veces de acuerdo, otras no, sustentaban las horas con disensiones de cuanto se les paraba en las mientes, felices de intercambiar palabras, buscando en el reborde de las frases trampolines para seguir adelante, pasando de la química a la estética y de la política a los toros, que de todo entendía Mina y Chuliá era incapaz de callar, inventando de buena fe cuando no tenía en qué apoyarse; lo que, naturalmente, producía choques, que eran la sal de sus discusiones.

Cayó Agustín con ellos —y en ellos— y se dejó llevar por las sirenas; oía, al principio, un poco como quien oye llover, pero luego daba su opinión de hombre de bien y no hacía mal papel.

—A ver qué dice el sentido común —le preguntaban.

Discutiendo se le pasaban a Agustín las horas peligrosas sin acordarse demasiado de Remedios. Sólo de cuando en cuando, al socaire de cualquier frase, acudía el recuerdo de la mujer y le atravesaba.

Remedios iba ahora cada tarde a postrarse ante la Virgen del Pilar, pidiéndole que le abriera un camino. Los rezos múltiples, la cantidad incontable de cirios encendidos, la trapa, los murmullos, la devoción, el olor del incienso le servían de bálsamo. Volvía confortada por unas horas y se refugiaba, cerrada a canto y lodo, en el amor de su hijo. Sin embargo, el mismo chiquillo la llevaba muchas veces al recuerdo de su progenitor y le entraba una rabia feroz. Perdió el apetito y le salieron ojeras, que tampoco conciliaba ya el sueño largo y sin tropiezos de que había gozado siempre; se despertaba y pasaba miedos por cualquier ruido. Revolviéndose a brazo partido con su amor imposible, se erguía frenética contra su destino. A menos que soñara tener a Agustín entre sus brazos.

Salió una mañana dispuesta a confesarse, a pedir consejo al cura que le tocara en suerte. No desayunó, por no ver a Agustín, pretextando una indisposición; él le habló a través de la puerta para enterarse del estado de su salud.

—No es nada —le contestó.

No era nada, efectivamente. No era nada más que toda su vida puesta en el tablero.

—Porque yo le quiero, padre, con toda mi alma, con toda la fuerza de mi sangre,

con todo mi pensamiento, porque es el hombre más bueno que ha pisado la tierra.

—¿Y él te quiere a ti?

—No lo sé, ni lo sabré nunca, aunque me figuro que sí y que él sufre tanto como yo, por eso he venido en busca de consejo, porque si fuese yo sola la que tuviera que sufrir ¡bendito sufrimiento! Pero yo sé que él me quiere a mí como yo le quiero a él y ése es el mal que no tiene remedio.

Al padre Andrés Carrascosa le dolía el estómago y le tenía sin cuidado esa historia extranjera que no sabía quién la contaba.

—Arrepiéntete, hija, arrepiéntete de tus pecados.

—¿De cuáles, padre? ¿Es pecado este amor limpio que siento y que me empuja toda hacia él, y no lo que me llevó a entregarme a su padre?

—También, hija, también.

—Me absolvieron entonces.

—Y yo a ti ahora. Reza tres padrenuestros y tres avemarías durante ocho días, por la mañana y por la tarde, y ve con Dios, hija.

—Pero ¿qué me aconseja?

—Eso dependería de muchas cosas. Si quieres, ven a verme mañana, después de misa de ocho, en la sacristía.

No fue porque aquella voz no le ofrecía cobijo. Tal vez debió aceptar la proposición de Eizaguirre, tal vez. Pero ya era tarde. Por lo menos así se lo decía para no caer en la tentación de esa posibilidad. Cosa nueva: se sentía culpable, culpable de haberse entregado a José María. Se le borraba, tras los años, la materialidad del padre de Agustín y sólo le quedaba la impresión de su yerro. Echábase todos los cargos, absolvía al conquistador, por su propia flaqueza. Era su manera de darse golpes de pecho, sabiendo que nunca estaría limpia, que su amor, que sentía correspondido por todo su cuerpo, no tenía solución valedera.

No vivía Agustín una vida doble, sí una vida desdoblada. No engañaba a nadie, ni a sí mismo. Dos vidas superpuestas y que no siempre se correspondían. Una vida astigmática; con focos distintos. Lo veo todo por partida doble —se decía con cierto ingenio que no solía ser suyo—. Pensaba en Remedios constantemente y la veía. Esa imagen de fondo quitaba realidad a muchos de sus actos y, desde luego, a todos sus pensamientos. Se distraía, atraído por dos puntos de referencia: el que le llamaba la atención por necesidad y el de su mayor gusto. Al fin —pensaba— así dicen que sienten todos los enamorados y por eso son distraídos, hacen una cosa por otra, les falta equilibrio, ven las cosas con gafas que no convienen a su vista, capaces de caer en un hoyo abierto espectacularmente a sus pies, fija la atención en otra parte.

Ese sentirse traspuesto a otro plano, sin perder la noción del común, le traía cierta felicidad, cuando no hacía un esfuerzo para comprender que su amor era imposible. Entonces se le fundían en uno sus dos maneras de vivir produciéndole un dolor vivísimo.

—Si por lo menos supiera lo que debo hacer —se decía—. Y la tenía a mano, con sólo alargarla sería suya. Pero, aun sin tener en cuenta lo que dirían los demás —y ella en primer lugar— estaba la desaprobación entera del Agustín de los números, del Agustín de doña Camila, de lo que él mismo reconocía en sí como «persona decente».

Un día, el 18 de octubre de 1926, fecha que tampoco olvidaría, al volver a su casa encontró a las criadas adormecidas en los sillones del recibidor.

—¿Qué hacéis aquí?

—Esperar al señorito.

—¿Qué pasa? ¿Está mala la señora?

—No, no está.

—¿Qué no está?

—Y nos dejó al cuidado del niño.

—¿Dónde sé fue?

—No lo sabemos. Se llevó una maleta y un maletín y dejó una carta, ahí sobre la mesa del comedor.

Agustín, me voy, no intentes buscarme, será inútil. Te dejo al niño, llévalo con tu madre. Sé que estará bien. Las cosas son así. Nunca podré agradecerte lo que has hecho por mí, tú, el hombre más bueno del mundo. Te saluda muy afectuosamente tu muy agradecida

Remedios,

que no te olvidará nunca.

Inventa lo que quieras, don Prudencio se creerá cualquier cosa. Dile que una hermana mía o tuya, lo que sea, se ha puesto mala, muy mala.

Las criadas ya habían subido a su cuarto. Agustín las llamó angustiadísimo.

—¿A qué hora se fue la señorita?

—Pues, a eso de las cinco.

—¿Hacia dónde fue?

—Llamó un taxi.

—¿Se iría a la estación?

—Pues, la verdad, nosotras no lo sabemos.

—¿No dejó nada dicho?

—Sí, que cuidáramos del nene, y que usted ya vendría y nos diría. —Está bien: quédense a dormir aquí abajo. Yo me voy. Cuando venga don Prudencio díganle que me fui a la estación, a ver si alcanzo el rápido. Se ha puesto muy mala una hermana de la señorita. Mañana les pondré un telegrama.

Buscó dinero, que tenía en un cajón de la cómoda, dejó doscientas pesetas a las criadas y salió disparado por la escalera, sin esperar que subiera el ascensor. En el portal se cruzó con el viejo almacenista, que entraba.

—¿Dónde va a estas horas?

—A Madrid. Las chicas ya le explicarán.

Y le dejó con la boca abierta.

Porque estaba seguro de que Remedios había tomado el tren mixto de las seis y que la encontraría en la calle del Peñón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Petra tan pronto como le vio llegar, ansioso, la camisa y el traje arrugados, los ojos enrojecidos del desvelo y de la carbonilla.

—¿No ha llegado Remedios?

—¿Remedios?

—Sí. Salió ayer tarde de casa dejando una carta.

—¿Y decía que venía aquí?

—No.

—¿Quién es? —preguntó una voz de hombre desde la alcoba.

—Un amigo. Es mi marido —explicó desafiante—. Todos tenemos derecho, ¿no?

—No sabía que te hubieses casado. ¿Por qué, por lo menos, no nos lo escribiste?

—¿Para qué? Eso son cosas de cada uno.

—Remedios se hubiera alegrado mucho.

—Es posible. Pero ella tampoco escribía mucho que digamos.

—Tenía mucho que hacer, el niño...

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—El niño.

—En Zaragoza.

—¿Y ella?

—Es lo que no sé.

Hubo consejo, en casa de la Paca, ya reconciliada con el mandria de Rafael.

—¿Qué pasó?

—Nada, no ha pasado nada, os lo aseguro.

—Y así, sin más ni más, ¿se ha *largao*?

—Sí.

Intervino Petra:

—Será mejor que hable clarito. ¿A usted le gustaba Remedios? ¿No vivían juntos? En vez de preguntar es mejor que cuente.

—Entre Remedios y yo nunca hubo la menor cosa, lo juro.

—No jure, que es feo y no sirve.

—A lo mejor se las piró por eso mismo —dijo el Canillas, que se había colocado sin que nadie le notase.

—Ése es el Canillas, mi marido —dijo Petra—. Este señor es el señorito Agustín.

—No necesitas decirlo; ya me lo olí. En esta casa, y en la de un servidor, se habla y se ha *hablao* mucho de usted.

Muy chulo en el hablar y en la fachenda, no hacía sino corresponder a su barrio de origen, nacido nada menos que en las Cambroneras y amaestrador de perros, de oficio. Nunca le había hecho caso nadie, hasta que la Petra lo tomó bajo su protección, sin dárselo a entender. Era pequeñísimo, negro como un carbón y presumido como él solo. Ya dijimos que la Petra tampoco daba mucho de sí en cuanto a lo físico. Se entendían muy bien y el Canillas estaba orgulloso de su hembra; que nadie le tosiera cuando iba con ella del brazo.

—Y con su permiso —remató—, que me esperan la *Madrid*, la *Chelito*, *Belmonte* y *don Jacinto*. Espero tener el gusto de volver a verle por aquí.

Salió, jacarandoso.

—Son sus perros —explicó la Paca.

—¿Dónde creéis que se haya ido?

—Pero ¿de verdad, de verdad que no pasó nada?

—Nada. Bueno, aquí tengo la carta que dejó.

La enseñó, leyóla Petra en voz alta, que la Paca no había llegado a saber de letra.

—Mecachis en la mar, siempre dije...

—Sí, siempre dijo usted las cosas después de que han pasado de otra manera.

Petra cambió el tono para proseguir:

—Pues nosotras creíamos que vosotros, en fin, que Remedios y usted... Por eso no le escribí... No es que me pareciera mal, pero bien tampoco.

—¿Dónde habrá ido?

—Yo la conozco; y si se decidió, se decidió y no habrá quien la encuentre...

—A lo mejor llega ahora... —dijo, compadecedora, la Paca.

—¡Qué ha de llegar! Ésa tenía su idea bien metida en la cabeza y se habrá *cuidao* mucho de dejar rastro. Por mí, lo mejor que puede usted hacer es volverse a Zaragoza

y traerse al niño.

—¿Y qué le digo a mi madre?

—Ése es otro cantar, usted sabrá.

—Bueno... Me voy a tomar un café...

—Que buena falta le hace.

—Luego volveré por aquí, por si acaso ha aparecido.

Cambió de cara, con una esperanza en el fondo de su ser:

—¿De verdad no está? ¿No me estáis engañando? ¿No estará ahí dentro? Mirad que esto no es un juego...

Le contestó Petra, siempre con escondido resquemor.

—¿Y si estuviese, qué? ¿Qué haría usted? ¿Trae alguna solución metida en la manga?

—¿Está?

—No, hombre, no está.

—¿Lo jura?

—Dale con los juramentos... Sobre la cabeza de lo que usted quiera. Y para que usted vea que yo tenía razón.

—¿Razón de qué?

—Al decirle que todo ese cambalache acabaría mal...

—Todavía no ha acabado.

—¿Qué no? *Acabao y requeteacabao*. Puede usted darla por muerta y *enterrá*.

Metióse Agustín en una tasca y pidió café.

—Me está usted mirando porque estoy borracho a estas horas. Pero ¿usted es de los que creen que hay horas para emborracharse y otras no? Si es así permítame que le diga que es un infeliz. Todas las horas son buenas para hacer lo que le venga a uno en gana.

Le hablaba un hombre con barba y ojos de Cristo, unos ojos melados, claros y con un extraño fulgor, seguramente producido por el alcohol. Iba vestido con harapos y tocado con un sombrero deshecho, lleno de mugre. El dueño del bar, gordo y en manga de camisa, el pelo cortado al rape, le habló desde el mostrador.

—Lope, no molestes.

Agustín se extrañó de que aquel hombre no echara al vagabundo.

—No molesto: hablo. Dígame, señor, ¿le molesto? ¿O es usted también de los que no se atreven a contestar? Bonifacio no me echa, y no me puede echar porque el dueño de este establecimiento, que Dios tenga en su Santa Gloria, dejó establecido en su testamento, bendita sea su mano, que a mí, y solamente a mí, se me diera de beber de gratis en este bar —vulgo tasca—, hasta que me muera, y quiera Dios que sea lo más tarde posible. No crea, ya ha intentado Bonifacio echarme de cien mil maneras, pero el testamento es antes que todo y todos los jueces han reconocido mi derecho. Aquí me desayuno, aquí como, aquí ceno y aquí duermo. Y no crea que por eso dejan de venir los parroquianos. Se han *acostumbrado*. ¿Es verdad o no, Bonifacio? Porque el infeliz decía que yo le arruinaba el negocio, que ha heredado por chiripa, dicho sea con perdón. Antes yo era enemigo personal de las herencias, pero desde que Roberto Salcedo se portó como se portó, las herencias me parecen bien. ¿Usted quiere saber por qué dejó escrito esto de su puño y letra Roberto en su testamento? Pues lo siento mucho, caballero, pero no lo sabrá. Es una cuestión de honor y el honor es lo primero, porque sin honor no habría borrachos y sin borrachos no habría honor. ¿Con quién tengo el honor de cruzar la palabra? No se vaya, caballero, que luego Bonifacio me acusa de ahuyentar a la clientela y mi deseo es todo lo contrario. Mire usted caballero, el estar borracho es el estado perfecto del hombre y únicamente así es como se explica la creación. La del mundo y la de la *Quinta Sinfonía*. Porque usted tiene cara de intelectual y debe haber oído la *Quinta Sinfonía*. Eso le demostrará a usted de que yo soy de muy buena familia. Beba usted, caballero, y no sólo café. ¡Bonifacio, una copa de Fundador para el caballero! No es que yo invite, pero una copa de coñac no le hace nunca daño a nadie. ¿No me oyes, triste vendedor de embriagantes? Una copa de coñac para el caballero.

—¿La quiere usted?

—Tráigala.

—¡He aquí la fuerza del convencimiento!

A Agustín no le gusta el coñac, pero ahora le parece bien tomar una copa de coñac, o dos. ¿Por qué está en Madrid? ¿Por qué estaba seguro de que Remedios

volvería a la calle del Peñón? Nada se lo decía, a menos de que, en su fuero interno, estuviese convencido de... ¿de qué? Sí, claro. Remedios es una mujer decente. Y me quiere, y la quiero, y me cago en la mar...

—Ve usted, caballero, yo ya no tengo problemas: tengo una hija tuberculosa, un hijo idiota (todos los hijos son idiotas), una o dos mujeres piojosas, ¿y usted cree, caballero, que me preocupa lo más mínimo? No, señor, no. Podía venir ahora Primo de Rivera y decirme: te voy a hacer ministro de Hacienda. ¿Sabe lo que le contestaría? ¿Lo sabe? Pues, mejor si no se lo digo. Tómese otra copa de coñac. Es lo mejor para el hígado. A mí me desahuciaron los médicos, caballero, por un cáncer en el hígado, hace diez años, caballero. Me lo he conservado en alcohol y ya no me molesta. ¿Le molesto yo?

—No.

—Enhorabuena, usted es de los míos. ¡Bonifacio, ahora convidó yo!

—Perdóneme, me tengo que marchar.

—¿Se le hace tarde? ¡Mejor! Así vivirá más años. Cada hombre tiene algo que hacer en esta vida y no se muere antes de haberlo hecho, así que cuanto más tarde lo haga, eso lleva ganado. Tengo la seguridad de que en alguna parte anda apuntando el número de litros de coñac que he de beber todavía, antes de estirar la pata, y antes de injurjitarlos no he de...

—Me están esperando.

—Déjeles que le esperen. Total ¿qué? ¿Va usted a arreglar el mundo?

Agustín se levantó, dejando el dinero de sus consumiciones en la mesa —que cada plato llevaba inscrito el monto del gasto.

—Como quiera, caballero. Ha tomado posesión de su casa. Agustín Lopetegui, a sus órdenes.

¡Vaya tocayo! —pensó Agustín—. Volvió al patio de la calle del Peñón, Remedios no había aparecido. Pidió a Petra que le acompañara de vuelta a Zaragoza para hacerse cargo del niño y traerlo a Madrid. No aceptó la planchadora, pero se ofreció la Paca, con consentimiento de Rafael, que estaba hecho una seda. Hasta la hora de salida del tren Agustín no supo qué hacer. No quería ver a sus padres, ni encontrar a nadie conocido. Volvió a la tasca; allí, apoyado en una mesa, la más retirada, dormía Lope; se sentó en otra vecina y le pidió a Bonifacio algo de comer —que no había querido aceptar el convite de sus amigas.

—Si se conforma con lo que haya...

Fuese el patrón para los adentros y se le oyó discutir con una mujer de voz gruesa. Salió a poco con un par de platos y cubiertos.

—Usted se dará cuenta, aquí no servimos de comer. Pero como ha vuelto...

—No se preocupe, cualquier cosa...

Al olor del tinto revivió Lope.

—¡Hombre!, caballero. Me alegro de verle. ¿Va usted a comer? ¿Para qué? El vino sustenta y sirve de todo. Lo único que importa es no trabajar. Hace años que me

declaré en huelga contra Dios; nuestro Señor dijo: ganarás el pan con el sudor de tu frente; a mí, el pan no me interesa, sino el vino y, siendo vino, tampoco su color o su procedencia. ¡Vaya, hombre, sopa de lentejas! Le advierto que la compañera de Bonifacio es una especialista en eso de las lentejas. ¿Me deja que las pruebe?

Agustín empujó el plato hacia el borracho, que había venido a sentarse a su mesa.

—¿O es que no le gustan las lentejas?

—Cómaselas. No tengo ganas.

Bonifacio volvía con un guisado de conejo. A Agustín no le gustaba el conejo. Zampóselo Lope sin dejar rastro.

—Deme unos huevos fritos.

—Aquí le sacaba un filete con patatas fritas.

—Está bien. Y traiga otra botellita de vino.

—Si no se vive como le da a uno la gana, no vale la pena de andar arrastrando el cochino cuerpo «entre los de los demás»...

Agustín pensaba que tal vez el borracho tenía razón y que lo que debía haber hecho era acular a Remedios contra una pared, cogerla entre sus brazos y besarla y haberla hecho suya. Pero siempre pensaba las cosas después, y no las hacía.

—Lo único que vale la pena es olvidarse de sus semejantes, entonces todo va como una seda. Salud, maestro.

—Discípulo, Lope, discípulo y gracias.

Y se zampó un vaso entero.

Dos días estuvo Agustín sin salir de la taberna y sin querer saber de nadie más que de Lope.

Agustín volvió a Zaragoza con Paca, que no se había extrañado mucho de su tardanza. Le chocó a Agustín que fuera así, había supuesto que su desaparición inquietaría a todos. Pero tanto Petra como Paca juzgaron normal la fenomenal pítima. Mientras su cónyuge liaba unos pocos bártulos para acompañar a Agustín, Rafael con referencia a Lope contó la historia de su hermano mayor, que trabajaba desde que el sol levantaba hasta mucho después de su ocaso.

—Tenía la idea de asegurarse una vejez tranquila. Esa idea le perseguía, no sé por qué; cada uno es como es. Y de raza no le podía venir porque no conocimos a nuestros padres, que nos dejaron en Almendralejo bajo palabra de que pagarían religiosamente a las buenas personas que nos iban a cuidar. Si te he visto no me acuerdo. Trabajó Manuel como una mula, dice que para no trabajar cuando se cansara. ¡Hay que ver cómo me trataba porque a mí me tiraban los toros! No carecía de razón: yo, como torero nunca he *sío na*. Pero se murió a los cuarenta años, en la flor de la vida, trabajando como un animal. Me tocaron ¡a mí, al vago!, unos miles de duros, pocos. Duraron lo que un sueño, no me fuera a acostumbrar a tener dinero y me pusiera a trabajar con tal de tenerlo...

Iba pensando Agustín mandar a la Paca de vuelta con el chiquillo a casa de sus padres, y que ella se encargara de contar lo que fuera; no quería, de ningún modo, enfrentarse con ellos. Así lo hizo. La gran discusión, en el tren, fue acerca de la mejor mentira. Paca era opinión de decirle a doña Camila que Remedios había muerto. Agustín no se atrevía; en el fondo le parecía de mal agüero.

—Entonces ¿qué quiere? ¿Qué digamos que se ha ido con otro? Para mí que es peor.

—O decir sólo que está enferma.

—¿Para qué? ¿Para qué a la buenaza de doña Camila se le meta en la cholla irle a pedir a la Pilarica que se mejore? No, don Agustín, no.

—O nada más que manda el niño a pasar una temporada con ella.

—Lo que pasa es que *usté tié* miedo.

—No, no es miedo.

—O lo que es *pior*, que espera que vuelva la Remedios. Ya le dijeron que eso se había *arrematao*. ¿Qué quería usted que hiciera el ángel de Dios?

—¿Entonces qué cree que es lo mejor?

—Ya se lo dije: que le dio un mal de repente.

—Preguntará por qué no la avisé.

—*Entoavía* está usted a tiempo de hacerlo en cuando lleguemos.

Le molestaba que la mujer tuviera contestación y remedio para todo. Tenía la callada ilusión de encontrar a Remedios, de vuelta, en el piso del paseo de la Independencia. No hubo nada de ello, sino una fuerte indigestión del crío provocada por el demasiado celo o la desidia de las criadas. Dióles la benigna enfermedad dos

días de respiro y, al final, Agustín se decidió por seguir los consejos de Paca. Escribió dos líneas a sus padres diciéndoles que Remedios estaba muy grave, echó la carta al correo a las siete de la tarde. A las dos de la mañana puso un telegrama anunciando el fallecimiento y citando a su padre a conferencia a las diez. La que acudió fue su madre y el diálogo fue penosísimo. Él porfió, tartamudeando, que no sabía nada, que todo fue de repente, que estaba deshecho, que no podía dar detalles. Fue uno de los peores momentos de su vida. Doña Camila quería venir inmediatamente, quitóle esa idea Agustín diciéndole que el entierro tendría lugar a las tres de la tarde y que le faltaría tiempo para llegar. En cuanto al niño, aquí estaba la Paca, que había venido a pasar unos días con ellos, ella se lo llevaría y le contaría todo.

—¿No está ahí padre?

—No. Tenía una cita urgente.

Esa misma noche volvió Paca a Madrid, con el niño. En la estación —había hecho un día de calor feroz— corría un aire que daba gloria. Agustín se puso de acuerdo con la buena mujer acerca de los últimos detalles. Por otra parte, a pesar de la insistencia de doña Camila, Paca pensaba librarse rápidamente de inquisiciones, fiada por su instinto en que la señora había de reportar todo su interés en su «nieto». No se equivocó. El que se presentó a por más detalles, en el patio de la calle del Peñón, fue José María. Pero le enjaretaron tal sarta de insultos tanto Petra como Paca, acompañado a última hora de un escupitajo que dio en su luciente bota de caña, que batió en retirada sin sacar nada en limpio.

Solo, Agustín decidió dejar la casa de don Prudencio y se fue a vivir a una pensión muy burguesa, en la calle de Alfonso I. El viejo almacenista hizo honor a su nombre y no pidió explicaciones. Tampoco las tuvo que dar ni a Mina, ni a Chuliá; al fin y al cabo todos tenían a Remedios por su hermana. Intentó interesarse más a fondo con el trabajo que tenía entre manos y el negocio prosperó como nadie se hubiera atrevido a suponer. Cuando salía del almacén se iba por la calle de San Pablo a San Juan y por el paseo del Ebro a apoyarse en el pretil del Puente de Piedra a ver discurrir las aguas sucias del ancho río y pensar, desesperadamente, en Remedios.

Segunda parte

1

Remedios tomó el tren y se fue a Barcelona. Llevaba quinientas pesetas, que le quedaban de las que Agustín le había dado para alfileres. Pensaba ponerse a trabajar. No iban más allá sus proyectos. Estaba deshecha. El dolor de abandonar a su hijo se confundía con el de haber dejado a Agustín. No pensó, ni un momento, en matarse. No entraba el suicidio en los límites de su pensamiento. Tampoco la expiación. No: estaba vacía, exhausta, sin nada adentro.

No conocía a nadie en Barcelona y se dirigió al primer mozo de fonda con el que tropezó; llevóla éste a un hotel de tercer orden, en la calle de San Pablo. Si le hubiesen preguntado quiénes habían sido sus compañeros de viaje no hubiera podido decirlo. Los vio pero era incapaz de recordarlos. Luego, cuando alguna vez pasó por la estación tampoco la reconoció. En el hotel supusieron, por lo muy correctamente que vestía, que venía de compras a la Ciudad Condal. Aquella fonda solía albergar compradores de la provincia que tenían a mano, en la calle del Hospital, en la Boquería, en el Cali muchos almacenes. Le dieron un cuarto interior que tomaba su luz de un patio estrecho; era una habitación bastante mala, con una cama con pies y cabecera de tubos de latón adornados; un gran armario de luna se enfrentaba con un lavabo pequeño donde el grifo del agua caliente no funcionaba. Subió el mozo la maleta y dejó, encima de una mesa estrecha, una tarjeta para que la llenara, al lado de un tintero, sin tinta, un palillero y un secante. Remedios se sentó en la cama y se vio en el espejo del armario de luna. Estaba despeinada y sucia del hollín del tren. Pensó que lo que debía hacer era tomar un baño. Los meses que había pasado en Zaragoza, en la casa de don Prudencio, la acostumbraron a muchas cosas, entre ellas el bañarse cada día. Tocó el timbre y acudió una camarera; preguntó si podía bañarse, y la criada que hablaba poco y mal el castellano le dijo que sí, pero que no entraba en el precio del cuarto y que le cobrarían dos pesetas. Remedios indicó que se lo preparara, bien caliente. Cuando volvió a decirle que estaba dispuesto, Remedios le preguntó si no conocía un taller de planchado, la camarera le ofreció que si quería planchar algo, ella misma se encargaría de hacerlo. Remedios le dijo que era para otra cosa. La muchacha, que no despuntaba de aguda, no supo darle ninguna indicación. Remedios se bañó y bajó a la calle, el conserje la llamó al pasar pidiéndole su tarjeta, y como se le había olvidado le tendió otra. Remedios puso el primer nombre que se le ocurrió: Rosa García, de Valladolid. Se daba cuenta de que era posible que Agustín la buscara y así estaba más tranquila.

Volvió a indagar lo del taller de planchado. El conserje, que era servicial, y más con una mujer joven y guapa, quiso saber para qué lo necesitaba. Remedios no se lo dijo y el hombre supuso que era cuestión de negocios. No, no conocía ninguno, a no ser la casa que se encargaba de lavar y planchar la ropa de uso del hotel. Pidió Remedios la dirección. Estaba en Gracia. Para poder llegar allá el portero le indicó los tranvías o los autobuses que la dejaban cerca, pero relativamente; lo mejor: que

tomara un taxi. Remedios dio las gracias y se fue a la calle.

La calle de San Pablo es una calle estrecha que sale a las Ramblas a la altura del teatro del Liceo. Remedios se sorprendió del trajín y del bullicio. En Madrid rara vez salía de los barrios bajos y, Zaragoza, aunque allí había vivido en las calles más importantes, distaba de ser el hormiguero en el que se halló metida. A su derecha empezaban dos largas hileras de puestos de flores, las transeúntes iban y venían sin fijarse en los demás; muchos automóviles, una larga fila de tranvías tocando incesantemente sus timbres y miles de pájaros piando en las copas de los árboles corpulentos por encima de glandes quioscos de periódicos; le llamaron la atención unos mozos con barretina y chapa de latón recostados en algunas esquinas. Fue hacia las flores, que le gustaban mucho. No pensaba en nada, lo que la aquietaba era darse cuenta, instintivamente, de que nadie la conocía. Y tanta gente yendo y viniendo le parecían puesta allí para esconderla. La algarabía no la dejaba oírse a sí misma. Fue andando a favor de las flores, llevada de rosas en claveles, alhelíes, calas, nardos, jazmines. Los capullos, los botones, las campanillas, las umbelas, los ramilletes, las varas, las canastillas, los ramos, todo brotaba, rompía, fecundaba la mañana de blanco, de rojo, de azul, de rosa, de amarillo, de lozanía, de buen olor, de perfume. La fragancia de las flores podía con el tufo de la gasolina, y el sol lo doraba todo. Al llegar a la calle del Carmen se acababan los puestos de flores; por inercia siguió adelante, llegó frente a los almacenes de El Siglo, que conocía de nombre. Estuvo tentada de entrar pensando que, tal vez allí le dieran una dirección que le interesara, pero un vahído le hizo acordarse de que hacía más de veinticuatro horas que no había probado bocado. Vio un café a su derecha y se sentó en la terraza; pidió café con leche y unos bollos. Mojó el blando pan amarillo en el suave brebaje, comió con afán y se sintió reconfortada. Se le acercaron una vendedora de lotería, una gitana, una florista. Sintióse acompañada y pensó que había hecho bien, que aquél era el único camino que cabía haber emprendido. El movimiento continuo que desfilaba ante sus ojos le seguía dando alientos. Veíase al borde de una vida nueva, el ambiente desconocido le daba una sensación de aventura, y aunque ella nunca fue novelera, sintió cierta atracción por el porvenir en blanco. El sol, la trapa, la algarabía, los colores, el cantar de los pájaros la hacían optimista. Duró aquello hasta que vino a sentarse, a una mesa próxima un matrimonio joven, con dos niños. No podían éstos quedarse quietos y se deslizaban entre las sillas de la terraza empujándose, moviendo los asientos, yendo y viniendo, dando vueltas, persiguiéndose:

—Mira, papá, no me deja...

—Me ha *empujao*...

—Papá, dile que no me coja...

Eran niño y niña, de seis o siete años el mayor, algo más joven la muchachilla. Ambos rubios y de ojos azules. Fuélele a Remedios el sentimiento hacia su hijo y se conmovió de los pies a la cabeza, hasta regurgitarle en la glotis el café con leche, que se le agrió en el estómago, en un momento; se le empañó la vista, vio todo deshecho,

el mundo en ruinas. Al sobreponerse pagó y decidió hacer algo, con tal de demostrarse sus fuerzas. Paró un taxi, indicando la dirección de la lavandería. Otra vez se sentía perdida en el sentido directo de la palabra: sin saber dónde estaba. Parecióle larguísimo el viaje, sólo entrevistas centenares de fachadas por una de las ventanillas del automóvil. Asustóse al pagar la cantidad exigida, estaba en una calle sin empedrar, frente una fábrica como otra cualquiera; larga y enorme pared donde se leía en letras de más de un metro «Se prohíbe fijar anuncios»; una verja de hierro, un timbre, un portero, un «¿Qué desea usted?», y el encargado o gerente, un hombre alto y muy flaco que le habló en catalán. No necesitaban ninguna planchadora, allí todo se hacía mecánicamente, no trabajaban más que para hoteles, hospitales o asilos. El hombre estuvo muy amable y se extrañó de la visita. Remedios se dio cuenta que vestida como lo estaba, con un traje sastre de buen corte, bien calzada, así no llevara sombrero, era difícil que creyeran que buscaba un trabajo tan humilde para ella misma. Dando las gracias se fue. Al salir a la calle preguntó al portero hacia dónde tenía que ir para dar con un tranvía que la llevara al centro de la ciudad. Dióle éste las indicaciones necesarias, que incluían varias vueltas a derecha e izquierda. Debió de equivocarse porque se encontró frente a un desmonte; al pie de la barranca empezaban unos suaves cerros, entre ellos, ancha y llana, aparecía la ciudad y recubriéndola, como una corona, una gran franja azul. Era el mar. Remedios se quedó absorta, no había pensado en él. Al tomar el tren para Barcelona no se le había ocurrido que lo vería, ni se había acordado de ello durante la mañana. Su descubrimiento fue un sedante. Se quedó allí, unos minutos, mirándolo, absorta. Luego le entraron unas ganas tremendas de ir en seguida a verlo de cerca. Dio con el tranvía y fue hasta el puerto. Esa manera de entender la vida, tan distinta a la de tierra adentro, ese medio de locomoción que nada tenía que ver con el que ella estaba acostumbrada: los barcos, los muelles, el sol cabrilleando en las aguas inmensas, las grúas, los tinglados, las sirenas le hicieron una gran impresión, y el vientecillo cargado de salitre, que le pegoteaba el pelo en las sienes y se le entraba más adentro que el aire que estaba acostumbrada a respirar, la cogió tan de sorpresa que no volvió en sí hasta estar sentada frente a una mesa, en el oscuro comedor de su hotel, en el que, durante todo el año y a todas horas, se daba servicio con luz artificial.

Cuando, después de la abundante comida —entremés, sopa, entrada, verduras, asado, postre y café— le trajeron la cuenta para que la firmara, Remedios se enteró de que el precio, que ella creía con las comidas incluidas, era únicamente de la habitación; se puso a hacer números y quedó espantada: tenía que encontrar trabajo rápidamente. Pidió un periódico, le dieron *La Vanguardia* y subió a su habitación a leer los anuncios. Ya había tinta en el tintero y fue marcando lo que creía poder interesarle. Cuando acabó, era demasiado tarde para iniciar las gestiones. En vista de lo que había gastado en el almuerzo decidió no cenar; se contentaría con un café, en las Ramblas. Se tumbó en la cama y se durmió profundamente, al despertar se dio cuenta de lo cansada que estaba, y de cómo la habían sostenido sus nervios. Eran las nueve de la noche. Dudó un momento si desnudarse y meterse en la cama o ir a tomar el café que se había prometido. Se decidió por lo último, por miedo que su prolongada siesta la enfrentara con sus recuerdos, huido el sueño.

Las Ramblas, de noche, eran iguales que de día. Ahora torció hacia la derecha. Por la época, el Liceo estaba cerrado, pero el Hotel Oriente, el Café Suizo, los escaparates de diversos comercios y más abajo, el teatro Principal daban luz brillante, a más de la municipal, no escasa. Había tanta gente como doce horas antes, y más, sentada en sillones de hierro pintado de amarillo en ambos lados de la alameda central. Entró en el Lion d'Or, pidió un café y notó que muchos hombres la miraban. Ignoraba que el lugar y la hora, eran propicios para encuentros fáciles y que todo el barrio, desde la calle de San Pablo, donde vivía, hasta Atarazanas, allí a dos pasos, era el campo más a propósito para que fuese confundida con una cualquiera. En una mesa cercana Luis Salomar y Jorge de Bosch discutían acerca de si era nueva o no en aquel mundo; llegó un conocido crítico literario y aseguró que la conocía.

—Pues no está mal.

—¡Qué va a estar mal, hombre!

—Si fuesen las dos, las tres, me iba con ella —aseguró, petulante como siempre, Jorge de Bosch.

Y siguieron hablando de literatura. Un hombre de buen porte, sombrero en mano, se sentó en la mesa de Remedios: Con tu permiso, encanto.

—Pide lo que quieras.

—No le conozco, señor.

—Si es por eso: llámame Jaime.

Remedios no era timorata, ni se asustaba fácilmente, pero lo que tenía por desfachatez, y que no dejaba de serlo, le cortaba el aliento. Se levantó, llamó al camarero, para pagar.

—Déjalo.

Se acercó el mozo.

—No cobre. Es por mi cuenta.

Ya estaba Remedios en la calle. El caballero preguntaba al escanciador:

—¿La conoce?

—No, es la primera vez que la veo.

—De rechupete.

—Sí, señor.

Al llegar al llano de la Boquería y doblar para entrar en la calle de San Pablo, de una relojería que hace esquina, por la puerta entreabierta, salía un mozo joven que la interpeló; siguió adelante, impertérrita. Antes de llegar al hotel se le pusieron tres hombres jóvenes por delante.

—*A on vas, bufona?*

Uno de ellos le metió mano, descaradamente, y la mujer le soltó un sopapo de órdago, que le hizo retemblar de arriba a abajo. El hombre soltó un taco e intentó abalanzarse sobre ella. Detuviéronle los demás y Remedios corrió hasta la puerta de la fonda, ya cercana, oyendo las horribles injurias que el desvergonzado vomitaba con ganas.

Lo que más la soliviantó era que quien le oyese la tomaría, a ella, por responsable. Tan sofocada estaba que el velador del hotel le preguntó qué le sucedía.

—Deme la llave.

Se la tendió el viejo sin palabra.

¿En qué mundo había caído? ¿O es que todo era bazofia y lo único puro Agustín? El recuerdo del amado se le hizo más presente y lloró hasta el amanecer.

Las dos primeras casas en las que se presentó, buscaban camareras para bares. A ambos agentes se les encandilaron los ojos en cuanto la vieron y subieron las ofertas a veinte pesetas fijas y comisión. Como es natural, Remedios no aceptó. No sabía francés, como exigían en el tercer lugar donde acudió; lo sintieron, y más ella: era una agradable perfumería. Antes de comer en un restaurante, que le pareció barato, y que efectivamente lo era, y malo, intentó conseguir empleo en un almacén de coloniales pero exigían que supiera escribir a máquina. Por la tarde, en una tienda de ropas, donde necesitaban una cajera, le pidieron referencias, y su historia —la que inventó—; no logró convencer a un viejo ampurdanés, a quien ya le había parecido mal que no fuese catalana.

Deshecha, fatigada, molesta, se dejó caer con toda su pesadumbre en un banco del paseo de Gracia; rendida, reventada de hastío, le dolían los pies. Eran las seis de la tarde y la belleza, el bullicio, la vida agradable se hacía patente, la gente iba y venía con mayor tranquilidad que por las Ramblas, los automóviles pasaban más veloces —la avenida es ancha—, algunas personas andaban por gusto, paseando. A Remedios aquello le pareció un insulto. Y allí, en la calle, no se atrevía, ni se atrevió a quitarse los zapatos «que le dolían». Recordó una conversación con Agustín acerca de la frase: que si se debía decir o no, que si lo que le dolían era los pies o los zapatos, y

cómo él sostenía que eran los pies y ella los zapatos; porque si en el momento de quitárselos desaparecía el dolor, eran los zapatos los que dolían, y cómo Agustín intentaba demostrarle que los zapatos no podían dolerle porque era algo exterior a ella. Tampoco él estaba ahora allí, ni su hijo, y le dolían. El recuerdo del chico la llevó al periódico y sus anuncios, que llevaba en su bolso. No había querido recurrir a ninguno que tuviera que ver con niños, pero ahora recordaba que pedían una «institutriz de buena presencia» en la calle de Mallorca, cuya placa deletreaba a poca distancia.

(Por la mañana, tomando un café con leche en el bar de Canaletas, con ayuda de un camarero, se había hecho un itinerario. El muchacho, que no tendría más de diecisiete años, había hecho lo imposible por atenderla en sus ires y venires tras el mostrador del quiosco. Remedios se había resistido a comprar un plano de la ciudad, pensando que una vez colocada, y suponía que sería pronto, no lo necesitaría).

Tuvo que andar dos manzanas y subir un piso, salió a abrir un criado viejo y arrugado, con chaleco de rayadillo amarillo y negro, la hizo pasar a una sala dorada y granate con dos grandes retratos rosados y elegantes; encima de la mesa central, de madera negra, había una pecera con peces chinos, vivos y coleando (poco hubiese sacado en limpio si le hubiesen dicho que los retratos eran de Rosales, los muebles de Coromandel); la alfombra era gruesa y agradable de pisar; las cortinas, de raso. Le extrañó que la persona, que la discreción del criado no le había mencionado, fuese hombre. Lo era y extrañísimo: de sesenta años quizá, enfundado en una chaqueta negra que le quedaba pequeña, pantalón rayado estrecho, botas de charol puntiagudas, camisa y cuello planchados, corbata anudada a la moda de hacía cincuenta años adornada con un alfiler, una perla, clavada a medias. Menudo y con un bigote que a la legua demostraba su tinte, retorcido y vuelto a retorcer, el bisoñé un tanto al través y una sonrisa exquisita manteniendo unas mejillas sin arrugas, barnizadas, brillantes.

—Señorita... Siéntese, haga el favor.

Remedios agradeció la indicación.

—¿Viene usted por el anuncio?

—Sí, señor.

—Muy bien. Me parece que reúne usted todas las condiciones apetecibles.

—¿Cuántos niños son?

—Uno.

—Y... ¿cuáles serían mis obligaciones?

—Pocas y fáciles. ¿Cuánto mide usted?

—No lo sé... Digo... creo que un metro sesenta y tres.

—Perfecto. ¿Castellana?

—Sí, señor.

—¿Su nombre?

—Remedios, para servirle.

- ¿Dormirá usted en casa?
- Si tengo que cuidar al niño...
- ¿Le gustan los peces?
- Sí..., ¿por qué no?
- Acerca de los emolumentos no hemos de reñir.
- ¿Cuántos años tiene el niño?
- Soy yo.

No le sorprendió mucho la contestación; el giro de las preguntas se lo había hecho suponer.

- Entonces, no sirvo.
- Sí, sirve perfectamente, señorita.
- Creo que se equivoca usted.
- Mire, señorita, no se enfade. Porque asustar, no creo que yo asuste a nadie.
- No, señor.
- Ni usted debe asustarse de nada.
- Según...
- Lo único que le pediré es que se desnude delante de mí.

Ya estaba Remedios en la calle. Volvió al bar de Canaletas, le preguntó al muchacho si sabía de un empleo para ella. El chico le recomendó que fuese a El Siglo, o a Casa Jorba, otro almacén importante, a ver si podía colocarse como vendedora. Así lo hizo a la mañana siguiente. En El Siglo no había vacantes y en Casa Jorba su ignorancia del catalán fue determinante para que no la aceptaran. Recurrió de nuevo a los anuncios y se fue hasta la calle de Aribau, casi en la esquina con la Diagonal, donde necesitaban una doncella. Era en el tercer piso, con ascensor, de una casa nueva y de buen aspecto. Le abrió una mujerona de mucho peso, las mangas de la blusa arremangadas, con tipo y olor inconfundibles de cocinera.

- Què volia?*
- Vengo por el anuncio.
- Em sembla que ja se n'ha buscat una, la senyoreta.*
- ¿Quién es, María?
- Una altra, per això de l'anunci.*
- Que pase.
- Passu.*

Entró Remedios en una salita clara, amueblada con sillones, sofá y mesilla de los que se ven en los escaparates de la mayoría de las casas de muebles «modernos». Salió a recibirla una mujer de su edad, guapa y rebosando salud, cubierta a medias con una bata de andar por casa, un poco demasiado vistosa para ser elegante. Empezó hablando en catalán.

- No hablo catalán, señora.
- No importa.

Simpatizaron inmediatamente y Remedios obtuvo el empleo. La verdad: aceptó

todas las condiciones ofrecidas. Una hora después traía su equipaje. Dijo llamarse Rosa. La señora respondía al nombre de Tula. El trabajo era llevadero; María, la cocinera, hablaba poco, y menos en castellano; no dormía en la casa, madre que era de tres hijos —los tres casados—, pero tenía que cuidar de otros tantos nietos que le vinieron a las manos de resultas del mal matrimonio del benjamín. Lo único que hacía era refunfuñar porque nunca se acordaba dónde dejaba las cosas. El cuarto de criados en el que dormía Remedios era pequeño, pero con buena luz. La señora se levantaba tarde, se arreglaba despaciosamente, comía, volvía a cuidar de sus afeites —que por otra parte le eran casi innecesarios—, iba al cine, volvía para cenar muy ligeramente y esperaba a don Juan Montaner. Llegaba éste, muy puntualmente, a las nueve y media de la noche. Servíales Remedios café y coñac, y se iba a dormir.

Muy pronto intimaron Remedios y Tula, y se contaron sus respectivas historias.

3

Historia de Tula

Era una payesa del Ampurdán. Sexto retoño de una *colla* de nueve. A lo lejos está Olot y por allí corre el Fluviá. El otoño es largo y bueno de vivir; si no fuese la tramontana que a veces sopla con frenesí y parece que va a llevarse todo por delante sería el paraíso, y, aun así, es el paraíso. Allá, en la carretera, está Castellfullit de la Roca y a la izquierda Tortellá. Al fondo están los Pirineos, que vigilan la paz de la tierra. En lo alto de los cerros cercanos hay robles, encinas, alcornoques y garriga, boj y madroños y toda clase de plantas medicinales que sirven para curar las pocas enfermedades de los moradores, que suelen morir de viejos a menos que se les vuelque el carro y les aplaste —como le sucedió a un tío de Tula, hacía muchos años—; su mujer —la tía Monse— tenía relaciones herbolarias con una amiga de las faldas del Montseny, y su habitación olía a gloria, con sus cajas y sus botes: allí de la angélica, del ajenjo, la cicuta, el hambrecillo, la risa gállica, el malvavisco, el árnica, la mostaza, la sanguinaria, y de otras cuyos nombres eran secretos.

Por los campos, que van bajando, ladera a ladera, el alforfón, las patatas, las viñas, las habas, las judías, y, de vez en cuando, olivos —no tan buenos como los de Amer—, pero las setas —los *moixernons*— ¿cómo compararlas con otras? Suaves *bolets*, asados al horno, con su ajo, su perejil y su aceite, del molino del tío Cue; que almazara hubo en la casa, pero ya no había quien la moviera, derrumbada por los años.

La masía, con tejado a dos vertientes, se apoyaba, por la parte de atrás, en un alcor. Varias construcciones, de la más diversa índole, descansaban a su vez en las paredes de la casa principal: gallinero, cuadra, lavadero, leñera. Frente a la fachada, la era; a la derecha, la huerta que servía para el consumo diario, con sus arriates de flores, el silo, el pozo y otra vez la huerta, la «huerta grande» con todas sus legumbres en fila y luego la viña que escalaba la colina de la derecha, la que escondía la masía de la Viuda. A la izquierda se abría inmenso el valle, como el mar, y el ruido del viento que corría por los bosques, a espalda de la casa, aumentaba esa impresión los días de invierno y aun de primavera, que por allí es lluviosa y gris.

Brazos sobraban en casa de Tula: los del abuelo, los del padre, los de cinco hermanos varones. Tan era así que dos de éstos se fueron a Gerona, a trabajar en un almacén de granos. Uno de ellos, Pablo, tras de servir al rey, se quedó en Barcelona y no supieron más de él. El señor Pedro, el amo, con todos los respetos debidos a su padre, que ya chocheaba, parecía tener a la familia en un puño, pero, en verdad, era el ama la que hacía y deshacía, mas tuvo la virtud de ejercer su dominio de noche, metida en la buena cama y en voz baja. Sólo cuando sus hijos estuvieron en edad de merecer les puso en ciertos antecedentes de su dominio, Al casarse, Pedro, el *hereu*, con voz llana y grave, ante los que tenían uso de razón, sentados alrededor de la

mesa, le habló claro, recomendándole que no se dejara llevar por los designios de su futura que, por otra parte, ella había escogido. El amo sonreía para adentro y reafirmó pausadamente los consejos maternos.

Tula aprendió a leer y las cuatro reglas; mostraba buena disposición para el estudio, pero lo sabido era prueba suficiente de respeto a los tiempos nuevos. Creció la muchacha, fuerte y hermosa, al lado de su madre, que tenía cierta escondida preferencia por ella. Por eso, cuando ya estuvo en edad de casarse, dio su consentimiento a doña María y tal vez más dote de la que era menester, con ciertos refunfuños de parte de los lesionados, que acalló sin contemplaciones. La verdad es que el enlace sería sonado. Doña María, *La Viuda*, era persona de importancia, que vino a encerrarse en sus tierras, colindantes con las de la familia de Tula, hacía quince años, al perder la vida don Vicente Vendrell en un lance de honor. Fue abogado y ejercía en Bañolas, que tuvo en un puño. No murió allí, sino en Barcelona, donde había ido a pasar una temporada con su mujer, invitados por un prócer, amigo íntimo de Prat de la Riba. Era la época de la fundación de la *Lliga Regionalista*. Doña María era entonces muy joven, pero ya con cierto aire imponente que sólo ganó rigidez con el largo transcurrir del tiempo. Era una mujer hermosa —a lo griego— y cerrada, incapaz de una confianza, muy atada, por otra parte, a las conveniencias, fueran éstas de tipo social o las derivadas de sus intereses. Severa, se preciaba de justa. Su pasión fue su hijo, que no llegaba al año a la muerte de su progenitor. Nunca se supo de cierto si ella fue la causa del desafío, base de su viudez, aunque era lo más natural de suponer, ya que don Vicente Vendrell murió al día siguiente de un baile de máscaras, en el Liceo, donde fue con su esposa.

Vicente Vendrell, el hijo, nació alto y delgado, y lo siguió siendo a través de los años. Nada tenía de hermoso ni de sagaz, sí de testarudo. Heredó de su madre el poco hablar y la falta de amigos. Añádase lo cosido a las faldas que pasó su niñez y su adolescencia y que le pusieron «profesor en casa». Fue éste un triste exclaustro, miedoso de sus propias pisadas, por mor de una coyunda infeliz que le había inculcado un espanto pánico de cuanto significara vida. Su afición fueron las piedras, que coleccionaba, llevado más por la belleza que por su saber mineralógico. Don Juanito Barceló murió en la masía, del susto que le dio un toro que trajeron para ciertas funciones específicas. Bajo tierra debió de sentirse reconfortado.

Intentó doña María llevar a su hijo por la senda de una carrera, que para eso le sobraban medios, pero el muchacho quería vivir en su tierra e hizo tales barbaridades para conseguirlo que se salió con la suya. Le gustaba el campo y cuidarlo, en eso había salido a la familia de su madre y doña María no lo tomó tan a mal como el propio muchacho lo supusiera el día en que examinándose de primer año de derecho, en la Universidad de Barcelona, se negó a contestar, como no fuese en catalán. El éxito popular que tuvo su ocurrencia estuvo a punto de torcer su voluntad de no ser más que payés. La verdad: aquello no fue sino un truco, no sabía la primera palabra de ninguna de las asignaturas.

Vicente no tuvo, en su tierra, más voluntad que la de su madre, era feliz obedeciéndola y ella no veía más que a través de los ojos del mozo. Por eso, cuando en la *Festa Major* de Olot al muchacho se le fueron los ojos tras lo bien plantado de Tula, a doña María, después de una instintiva reacción negativa, no le pareció mal el posible noviazgo. Además, según dijo, la sangre de los Monsell era de muy buena savia y ella quería tener muchos nietos, ya que la fatalidad cortó sus posibilidades de larga familia.

Sigue la historia de Tula

Tula no sintió, de buenas a primeras, mayor entusiasmo por aquel joven larguirucho, de gran nariz, labios estrechos y nariz pronunciada, pero los consejos de su madre y la falta de gusto muy particular hacia alguno de sus pretendientes —que no eran pocos dada su buena presencia y no escasa dote— la decidieron a aceptar. Durante el año y medio de galanteos que precedió la boda la muchacha sintió surgir verdadero cariño por el que había de ser su marido. Respetuoso, atento, enamorado, atendió a cuantos caprichos —fueron muy pocos— le pasaron por la mente. No hubo ocasión de regalos en que éstos no fuesen lujosos y de buen gusto. A lo único que no accedió fue a variar el punto en el que habían de vivir, ya casados. Poseían los Vendrell otra masía, dos leguas al sur, que tenían arrendada; pensaba Mercedes, la madre de Tula, que era lugar perfecto para que se estableciera el joven matrimonio, pero Vicente no dio su brazo a torcer: no quería dejar a su madre sola y la casa en la que vivía era lo suficientemente espaciosa para que cupieran los tres con entera independencia, y, si hacía falta, haríanse las obras necesarias para cumplir con cualquier capricho de Tula. No hubo más remedio que pasar por ello, con lo que los consejos que dio Mercedes a su hija variaron un poco de los que pensaba inculcarle; hizole ver que le convenía doblegarse exteriormente a los gustos de su futura suegra mientras procuraba asentar firmísimamente su dominio en el espíritu de Vicente.

Así preparada, celebróse la boda, que fue de mucho rumbo. La pareja pasó las dos primeras semanas de vida conyugal en Barcelona, que Tula se negó a ir a Palma de Mallorca, por miedo de marearse.

Volvieron y fueron felices. Entendíanse a las mil maravillas suegra y nuera, así no dejara de haber siempre, en las decisiones que se apegaban a los gustos de Tula, cierto dejo de irónica condescendencia de parte de doña María. Pero Tula, en su felicidad e inocencia, no notaba nada; tenía encantada y suspensa el nuevo orden, mundo más lujoso que el ordinario en que se crió: por primera vez tenía domésticas a las que mandar. No le lucía el matrimonio a Vicente, cada vez más flaco y macilento; no faltaron, entre mozos y viejos del contorno, comentarios maliciosos; en cambio Tula estaba espléndida y más desde que notó las señales inequívocas de una próxima maternidad.

Todo fue alegría en ambas casas y felicitaciones entre las futuras abuelas que, a pesar de la cercanía, no solían verse con frecuencia. Ahora, ciertas noches, Tula se despertaba y procuraba oír su propio cuerpo. Dos veces notó la ausencia de su marido. Pretextó él agruras y necesidades que le obligaban a levantarse. Quiso ella que le examinara el doctor Llorens, de Olot, amigo de la viuda como lo fue grande del difunto —hombre de edad y constante buen humor, barbichuela entrecana y un «Vamos a ver, vamos a ver...», invariable al empezar cualquier consulta y un

«Veremos, veremos...», de cajón al finalizarlas— y que venía a la masía de cuando en cuando. Huía Vicente de su presencia diciendo que estaba perfectamente; dióle la razón el médico cuando no tuvo el hombre más remedio que acceder a los deseos de su esposa.

Una noche de noviembre en que la tramontana bramaba por todo el contorno, despertóse Tula al filo de la madrugada con arcadas y dolores. Andaba entonces por el octavo mes de su embarazo. Palpó la cama, notó la falta de su marido. Levantóse con desgana y esfuerzo dispuesta a bajar a la cocina, o a llamar a Vicente para que le hiciera una taza de poleo, ya que los criados dormían a espaldas del edificio principal de la masía. Salió al corredor abierto que daba a la escalera y, al fondo, vio luz en la alcoba de su suegra. Temerosa de caer al bajar los altos escalones, no muy segura de sus fuerzas como lo estaba, y no atreviéndose a abrir la boca por temor de que dejara paso a algo peor, llegó a la puerta del dormitorio de doña María. Entreabriéndola apoyándose en las jambas, descubrió a su marido en los fornidos brazos de su madre, boca en boca.

Todavía tuvo fuerzas la desdichada para coger un chal que colgaba de la barandilla, y que la luz de la alcoba iluminó. Bajó la escalera, doblándose al dolor, y se echó a campo traviesa. Empezaba a amanecer, el viento huracanado soplaba incesantemente arrastrando nubes bajas y jirones de niebla. No era lluvia propiamente lo que caía, sino que cuanto tocaba el aire quedaba preñado de agua helada. El campo, triste del invierno, no alcanzaba a verse muy lejos, por la luz todavía escasa y la boira. Lo único que quería Tula era llegar a su casa. Perdiéronsele inmediatamente las chinelas con que se había calzado mecánicamente al levantarse, el camisón se le pegó lamentable al cuerpo deforme y los cabellos por la cara, deshecha del llanto y del dolor. Cruzados los brazos sobre el pecho, apretando la manteleta ya completamente empapada, avanzó con dificultad por el sendero; los pies inseguros, por el lodo, resbalaban. Sentíase herida, abierta de arriba abajo por un dolor insoportable. El viento doblaba inmisericorde los árboles desnudos, y, allá al frente, resquebrajó la rama de un encino. Tula sintió que se moría y, por ello, dio gracias al cielo al dar con la frente en el barro, que se le antojó suave.

Acaba la historia de Tula

No recobró el conocimiento sino quince días más tarde, y en su alcoba. Cuando volvió a la luz del entendimiento estaba sola, aunque oyó, a lo lejos, la voz de su madre. Llevó las manos a su vientre, que le dolía, y se dio cuenta de que había recobrado su volumen normal. Entró doña Mercedes y le vio los ojos.

—¡Bendito sea Dios! —y llamó: ¡Vicente!

Tula hizo un esfuerzo tremendo para musitar:

—No quiero verle.

—¡Pero, mujer, después del susto que nos has dado...!

Tula cerró los ojos y se dejó ir de nuevo en el mundo perdido de lo inconsciente. No volvió en sí hasta un día después, con el doctor a su vera. Hízole éste señas de que no hablara.

—Tranquilidad, Tula. Tranquilidad y buenos alimentos. Ahora ya es cuestión de usted. ¡Buena la hizo! Ya veremos...

Tula quería volver al universo del que acababa de salir; lo único que se le representaba era la imagen del cuadro horrendo que la hirió de muerte en su vida anterior. Porque ahora era otra. Media hora después estaba su madre sentada en la cama, contándole su aborto y lo malísima que estuvo. Su suegra estaba en Olot, a donde tuvo que ir a resolver ciertos asuntos de intereses y Vicente andaba por el campo.

—No quiero volver a verle.

—¿Por qué?

—Madre, ahora déjeme. Ya hablaremos otro día.

—Pero ¿qué pasó, hija?

—Otro día, madre, otro día.

Pensaba que no llegaría, porque tenía la firme intención de morir. Pero, a pesar de sus deseos, pudo más su magnífica constitución campesina. Y fue reviviendo poco a poco.

Vicente no se atrevió a pisar el umbral del dormitorio conyugal. A veces, por la mañana, encontrábale su suegra abajo.

—¿Cómo está?

—Mejor.

Mercedes se iba al anochecer, antes de que él pareciera. Podía suponer que los esposos se reunían de noche.

Tula dudó mucho antes de decidirse a contarle la verdad a su madre. Por fin, ya convaleciente y dándose cuenta de que de ahí a pocos días podría valerse por sí misma y salir de la habitación, se lo dijo. De buenas a primeras la buena señora no la quiso creer. Todo en ella se aprestaba a una defensa contra lo que supuso un desvarío

de su hija.

—Pregúnteselo a ése, pregúnteselo —clamó Tula.

—Estás loca.

—¡Qué más quisiera yo!

Mercedes no podía dar crédito a tal monstruosidad entre gentes que consideraba superiores en rango. Si se lo hubiesen dicho de cualquier *rabassaire* es posible —santiguándose— que lo aceptara, sobre todo si fuesen desconocidos. ¿Pero doña María? Su hija deliraba.

—Pregúnteselo a él, pregúnteselo.

—¿Cómo crees que podría hacerlo? Estás loca. Primero me trago la lengua.

—Pues así es, aunque usted no lo crea.

—¿Y qué piensas hacer?

—Volver a casa.

—¿Con qué pretexto?

—Con cualquiera.

—Tu padre no lo aceptará nunca.

—Dígale la verdad.

—¿Qué verdad?

—No hay más que una, madre, aunque usted no quiera creerla.

—Eso no puede ser.

—Pues será.

—Ya verás cómo no.

Pero viéndola tan decidida, turbada por la insistencia, contó a su esposo la que tenía por espantosa fábula. Aleccionado Vicente por su madre y dándose cuenta por el aspecto y el tono con el que le saludó su suegra, a la que encontró camino de su casa, de que su mujer había hablado, a la mañana siguiente fue a visitar al señor Pedro. Le dijo que seguramente, y como resultado del aborto, su mujer no regía: figurábase cosas rarísimas. No pedía el bueno del payés más que un clavo al que agarrarse y cuando, a la noche, volvió Mercedes le dio cuenta exacta de la conversación. Faltóle tiempo a ésta para comunicar a su hija que había hablado con Vicente.

—Mira, hija, no sé si me vas a entender, pero todo eso que se te ha metido en la cabeza son cuentos. Y resultado de lo enferma que has estado. No creas que esto sólo te ha pasado a ti. Con el tiempo te curarás y como si no hubiese pasado nada.

—¿Ha hablado usted con Vicente?

—Yo misma, no. Él fue a ver a tu padre.

—Bueno, pues quédese hoy hasta que vuelva, y que me lo diga en la cara.

Se lo dijo, sin mirarle a la cara, pero lo repitió.

Durante su convalecencia, Tula había acumulado un odio feroz hacia su marido; su presencia y su cobardía la sacaron de quicio; no pudo, ni quiso, detener su indignación y desprecio, vomitó:

—Collón, gallina, asqueroso, cerdo, ruin, perro, cobarde, hijo de la grandísima... ¡Niégalo! ¡Niega lo que vieron mis ojos! ¡Sé hombre una vez en tu vida!

Vicente retrocedió los dos pasos que había dado en la habitación y salió. Iba Tula a seguirle cuando la detuvo su madre.

—¿A dónde vas? ¿No te das cuenta de que no estás bien?

—¿Qué no estoy bien de la cabeza, verdad? ¿Eso también se lo cree usted? ¿Me recibirán en casa?

Mercedes se sobrepuso a sus vacilaciones:

—No, hija. Piénsalo bien: sería un escándalo en toda la comarca. Tu padre...

—Mi padre no hace más que lo que usted quiere...

—Piensa además en tu conveniencia. ¿Qué iba a ser de ti?

—¿Y qué va a ser de mí aquí?

—Pero, hija, si todo son figuraciones tuyas...

—¿Es su última palabra? Porque no crea que me iba a hacer vieja en casa tampoco, tan cerca de esos cerdos. Ya no soy la misma. Pero si no me quieren en casa, no por eso vayan a creer ni usted, ni padre, que voy a caerme muerta de hambre por ahí.

—Mira, hija, espera que venga el doctor Llorens a verte el lunes...

Sucedía esto un viernes. La noche del sábado, sin ser notada, salió Tula de la masía. Deshecha llegó al mediodía a Castellfullit; llevaba todas sus alhajas por capital; por la noche estaba en Gerona y, a la mañana siguiente, en Barcelona. Estaba decidida a ser puta y a vengarse de la humanidad. Lo primero lo consiguió sin pena y hasta con cierta gloria; lo demás se le olvidó, porque era una bellísima persona. Al mes de estar en una casa de la calle del Arco del Teatro donde cayó la noche misma de su llegada, llevada por su instinto, la sacó de allí un joyero establecido en la Puertaferrija; duró un mes, conoció entonces a don Juan Montaner, banquero que le puso el piso donde acogió a Remedios.

6

—No; si el mundo está lleno de buenas personas, lo que sucede es que basta que una sea mala para echarlo todo a perder. Tú con ese viejo; yo con la mala pécora de mi suegra.

—A tu marido, como a nadie, se le podría decir aquello de hijo de la gran equis que lo parió.

Porque ya se tuteaban, con gusto, a la semana de haber entrado Remedios al servicio de Tula.

—¿Y tú qué piensas hacer, con esa figura que Dios te ha dado?

—Estoy bien como estoy.

—No lo dudo. Pero ¿y mañana?

—Dios dirá.

—Eso, créetelo. ¿Piensas criar telarañas?

—¿Dónde?

—Donde te caben...

Rieron.

—Mira: ya estoy del Montaner éste hasta la cresta y pienso decírselo. Él también es una bellísima persona, y capaz de dejarme el piso.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues ¿por qué no dedicarnos a lo único para lo que, por lo visto, servimos? Las dos juntas podríamos hacer muchas cosas.

—No —le contestó Remedios—, yo no he nacido para eso.

—¿Es que tú crees que yo...? ¿O es que alguna nace para «eso»? El mundo es así y las cosas vienen rodadas. Además, no te vayas a creer que es tan desagradable: otras cosas hay peores. Hemos salido guapas...

—Eso tú.

—¡Vamos, no te hagas rogar! ¿Por qué no aprovecharnos? ¿O es más limpio ser boxeador como ése que me llevó anoche a ver mi banquero y que se gana la vida aporreando a los demás por el solo hecho de que Dios le ha dado más fuerza en los puños que a otros? ¡Vamos, anda!, como dices tú.

Un año de experiencia había dado a Tula apetitos de dinero. No quería confesarlo, pero deseaba ganar lo suficiente para volver un buen día a Olot, no sabía todavía si para ir a su casa y deslumbrar a su familia o abrir en la buena ciudad una casa de lenocinio. O, tal vez, para ambas cosas, y cubrir de vergüenza el apellido de su marido, que seguía usando y aun ostentando con desfachatez.

—A mí, éstos me la pagan.

Remedios no se decidía.

—Por lo menos lo nuestro es una cosa limpia y clara: tanto tienes, tanto vales. No hay por qué meterse en líos.

Su condición de campesina catalana le había servido a las mil maravillas una vez

perdida la fe en lo que ella llamaba «la hipocresía de la vida».

—Los hombres valen según el dinero que tienen. No importa absolutamente nada que sean guapos o feos, jóvenes o viejos, simpáticos o no. Si te atienes a este principio no te digo que seas feliz, pero vivirás como Dios.

—No blasfemes.

—No blasfemo. Ya no creo en Dios, sólo en la Virgen y gracias. Todos los hombres son unos cerdos.

—Todos no.

—Salvaremos a tu san Agustín —le decía mirando la fotografía de «la boda» que Remedios había sacado, y que tenía puesta encima de su mesilla de noche.

—No te burles.

—No me burlo, Reme; tú todavía sabes que por el mundo anda tu hijo, y que lo cuidan bien. Yo ni eso. Pobrecito mío, porque hubiese sido varón, me lo dijeron...

Se abrazaron. Tula no cejaba:

—Mira, no seas tonta. La gente de dinero suele ser pasadera, y no se ponen pesados, por lo general. No te digo que la vida en casa de la Francesa fuera agradable, eso no; pero entonces tenía yo una necesidad tremenda de revolverme en lo peor, de sentirme como un puerco... Mira, vamos al Colón a la hora del aperitivo, nunca faltará quien nos convide a una copa y a cenar. Luego con el vino y la digestión lo demás pasa pronto y a dormir tan ricamente con tus billetes en la hucha. Estás, como yo, en una situación de primera, ni tú te vas a enamorar ni yo tampoco. Son personas limpias, ellos quieren lo tuyo —que es lo que a nosotras no nos cuesta un céntimo— y nosotras lo de ellos: sus cuartos. Es un comercio sin trampa, al toma y daca. Porque eso sí: no fíes ni te fíes. Tú, como si estuvieras detrás de un mostrador: a tanto el palmo...

Remedios no se dejaba convencer.

—¿Qué esperas? Anda, dímelo.

—No lo sé.

—Lo que pasa es que tú eres una romántica.

Remedios no sabía exactamente lo que era aquello de «romántica», pero no le disgustaba oírse apodar así.

En Zaragoza, el aspecto de Agustín sorprendía a sus amigos. Pensaban que no era para tanto. Había ido a ver a un antiguo comisario de policía, y le encargó que hiciera lo posible para dar con el paradero de Remedios. Solía pasar todos los días por el despacho del polizonte para saber si había recibido alguna noticia. Samuel Rodrigañez estaba de vuelta de cuanto sus pocos clientes le pudieran decir y su única habilidad era entretenerles las esperanzas con tal de sacarles el mayor jugo posible. Lo hacía por necesidad: ocho hijos son muchos y más si tienen dos madres, así vivan éstas separadas por todo lo ancho de la ciudad.

Rodrigañez era un hombre más que obeso, con papadas por todas partes y todas lucientes, entre la grasa se divisaban dos ojitos vivos que no siempre se movían a la par, con lo que sus interlocutores no sabían, a veces, dónde mirar al hablarle. Los brazos cortos, las manos de muñeca de celuloide, los dedos oscurísimos de nicotina y una voz atenorada no estaban hechos para impresionar favorablemente a nadie. Pero su labia era interminable y su lema: «Lo último que se pierde es la esperanza», le daban resultado; sólo que escaso por el menguado número de clientes. Pero no podía establecerse ni en Madrid, ni en Barcelona, ni en Sevilla por incompatibilidad «de carácter» con la policía oficial que le toleraba en Zaragoza, porque era pariente lejano del arzobispo.

—Me parece que vamos por buen camino —le decía a Agustín—; mi agente de Valencia me señala una mujer de las señas de la que a usted le interesa. Desde luego era lo más normal, y parece mentira que no se nos ocurriese antes. Mire usted, señor de Alfaro, lo natural es siempre la mejor pista, y lo demás son novelas policíacas. ¿Qué iba a hacer esta señora? Tomar el tren. Ir ¿a dónde? ¿A Madrid? No. Ella suponía que allí usted daría con ella inmediatamente. ¿A Barcelona? Yo he notado, en mis largos años de experiencia, que las más diversas personas de las distintas partes de la península (*¡Qué bien hablas, Rodrigañez!*), no suelen ir a Barcelona, de buenas a primeras, en sus fugas. Posiblemente por lo del catalán y los catalanes. Entonces, ¿qué conjetura quedaba? La más sencilla: tomó el mixto de Madrid, bajó en Calatayud a esperar el enlace con el Central de Aragón. Estoy haciendo gestiones para confirmar esta hipótesis en Calatayud mismo. Acabo de enviar un agente, que espero esté de vuelta esta misma noche. Como ve usted, no pierdo un momento. Comprendo su impaciencia, señor de Alfaro, y, desde luego, le pido todavía un poco de tiempo, para confirmar que esta pista es buena; sería lo es, desde luego, y no creo que tardemos en dar con la simpática fugitiva. Ahora bien, si fuese usted tan amable de abonarme nada más que los gastos que he tenido que hacer —éstos sí extraordinarios y fuera del presupuesto— al enviar un agente a Calatayud, se lo agradecería mucho.

Rodrigañez quisiera frotarse las manos, pero sentado no alcanza la una con la otra y se contenta con sacar brillo a su chaqueta pasando repetidamente sus manos

gordezuelas por los flancos de la descomunal panza.

¡*Qué talento tienes Rodrigañez, y qué lástima que el hambre lo eche a perder!* No son las propias ganas de comer que, a pesar de su voluminosísima humanidad, don Samuel es de parco yantar, sino el famélico pío pío de la parvada, sin hablar de las necesidades, menos perentorias pero más elevadas, del vestir y de la educación. No recuerda el descomunal esbirro día en el que no le reconcomiera la falta apremiante de algún dinero. No es la miseria, la pobreza, sino eso que tan gráficamente llaman la necesidad. No puede descabezar un sueño sin la preocupación de dónde sacar los cinco duros que le hacen falta, sea a Juana, sea a Amparo. (Amparo cosa curiosa, también se llama Juana, y hubo un tiempo en que las llamaba Juana I y Juana II, pero a consecuencia de un lío, precisamente de dinero, decidió cambiarle el nombre a la segunda por el patronímico número dos de la larga serie que la adornaban desde el lejano día de su bautizo). No le alcanzó nunca el sueldo para cubrir satisfactoriamente los gastos de ningún mes y, a pesar de su fundamental honradez, siempre había tenido que recurrir a pequeñas triquiñuelas para poder mantener a su larga prole. De ahí surgieron dificultades con sus superiores, su salida del cuerpo y su establecimiento como «detective».

—Y aunque sea meterme en cosas que no me importan —le dijo a Agustín, después de embolsarse las treinta pesetas que acababa de sacarle con su maña más corriente—, pero llevado por el interés personal que me merecen mis clientes, quiero indicarle que no es muy prudente que se le vea tan a menudo en compañía de persona tan sospechosa como Alberto Chuliá.

—¿Chuliá? Es incapaz de matar una mosca.

—No se fíe. Esos anarquistas son incapaces, como dice usted muy bien, de matar una mosca, pero no les importa lo más mínimo despachar al otro mundo a una docena de cristianos, o al señor arzobispo en persona.

—Lo único que tiene Chuliá es imaginación.

—Volcánica, señor de Alfaro. Y hay que desconfiar de los volcanes: estallan como las bombas, sin avisar.

—¿Sabe usted por qué se queda en Zaragoza?

—No.

—Se le ha ocurrido que subiendo, sólo un metro, el nivel del canal podrán convertir en regadío trescientas mil hectáreas de secano de Gallur hasta cerca de Huesca. Lo da por hecho.

—Todo eso no son más que apariencias. Lo hace por despistar; él vino aquí a otras cosas. Un anarquista no puede dejar de serlo. Ahora bien, no tome usted esto más que como lo que es: una advertencia amistosa basada en la gran simpatía que tengo por usted.

La relación de Agustín con Rodrigañez llevó al primero a San Sebastián y a Valencia, en busca de Remedios, con el natural resultado negativo; pero, según el polizonte, las señas eran mortales y nuestro hombre no quiso esperar, en ambos casos,

los resultados finales de la investigación. Perdió el tiempo y la paciencia, sin contar la intranquilidad en que vivió hasta convencerse que la persona en la que creyeron reconocer a Remedios era otra. Pasó entonces horas que no tenían fin, preocupado ante todo por no saber qué actitud tomar en cuanto se enfrentara con la fugitiva. Al final lo dejaba a la ocasión y a lo que saliere, pero la imagen de la mujer amada se le hacía físicamente presente con el traqueteo del tren y le dolía.

Más de seis meses le duró la ilusión, bien alimentada por don Samuel. Vióselo, al decir de éste, por última vez en Bilbao, donde embarcó para Buenos Aires. Quería el policía seguir allí las investigaciones, embargado con la perspectiva de los gastos de una búsqueda por el extranjero, pero dióse Agustín por vencido y decidió volver a Madrid. Su cometido en el almacén estaba, si no terminado, en buen camino de final resolución y don Prudencio podía hacerse cargo del negocio sin cuidado de ninguna especie, teniendo, además, en cuenta que su yerno había dado con buenas contratas en Sevilla, muy amigo que se hizo del duque de Higuera, terrateniente apegado a sus vastísimas tierras y, a lo que en el Casino de Labradores propalaban malas lenguas, a la legítima del contratista.

Agustín tuvo un descuido el día de su regreso: se olvidó de vestirse de luto. Doña Camila se asombró. ¿Cómo podía ser aquello? Pretextó «el viudo» el viaje en tren y el polvo que tanto se nota en la ropa oscura.

—Además se arruga...

Contentóse con ello su madre y Agustín se fue inmediatamente a la calle, a comprarse dos trajes negros confeccionados. No le quedaron muy bien, como es natural, y vivió algunos meses como de prestado. Se sentía horriblemente incómodo llevando el luto de Remedios. Cualquier espejo le recordaba su mentira y su verdad. Dejando aparte los pésames de amigos y conocidos, que le sabían a rejalgar.

—Pues no habíamos sabido nada.

—¡Qué desgracia!

—Le acompaño en el sentimiento.

—Así es la vida.

Más los doblemente sorprendidos: por la boda y la viudez. Que lo primero lo había callado a los más, y el matrimonio no presupone insignia, no así la muerte.

Agustín había traído dieciocho mil pesetas limpias de su viaje a Zaragoza, del tanto por ciento de las utilidades obtenidas al poner a flote el negocio de don Prudencio. No tuvo, pues, prisa de reemprender las ventas en Madrid. Por otra parte, su padre había conseguido la buena gracia de un subsecretario de la Dictadura y ganaba muy buen dinero; lo gastaba, en parte, que, eso sí, era muy mirado, con una pirandona que sacó de Dios sabe dónde (sí lo sabía, pero se guardaba mucho de decirlo). Con tanto quehacer aparecía poco por su casa y se daba tono. Aquel año, el día de su santo, se afeitó el bigote, con el escándalo consiguiente de su cónyuge, que siempre lo conoció con él. Sintióse tan herida la buena sorda como si se lo hubiesen quitado a ella, pelo a pelo.

Agustín vagaba, levantándose y acostándose tarde, melancólico, sin gusto para nada. Quiso leer, pero los libros se le caían de las manos, sin llegar a interesarse por una historia que no fuese la suya: la suya, que no podía contar a nadie. De cuando en cuando iba por la calle del Peñón, pero tampoco allí se atrevía a hablar de lo que le tenía a pecho. Petra andaba orgullosísima pregonando, a tambor batiente, su futura maternidad. Si no se viera, que se divisaba a la legua, el bueno de Canillas lo hubiese proclamado desde las azoteas. De Remedios nadie sabía nada.

Por la noche recalaba en la trastienda de don Félix. Don Félix Lucientes tenía un bazar en la calle de Atocha, y una tertulia tan vieja como su tienda —fundada en 1881—. Su abuelo y su padre la fomentaron y desde que nuestro hombre tuvo uso de razón todos los días, menos los domingos, tan pronto como cerraba y barría la tienda los componentes de la peña empezaban a colarse por la puertecilla que permanecía entornada, una vez bajada la cortina de hierro ondulado —eso sí, progreso recientísimo—. El chico del bar de al lado venía a las ocho, a ver qué querían los

señores: si vino con sifón, vermut o cervezas. Hablábase de todo, con una dignidad y falta de apasionamiento dignos de todo elogio. A las nueve y media, minuto más o menos, don Marcelino, el relojero, daba la señal de marcha.

Agustín se daba cuenta de que perdía lamentablemente el tiempo, sin que acabara de importarle mucho; al salir del bazar solía irse al teatro: al Romea, al Pavón o a cualquier otro donde *dieran* revistas, variedades o zarzuelas. Rara vez iba a ver una comedia. Una noche acompañó a don Marcelino hasta la puerta de su casa, tres manzanas más arriba, y éste le invitó a subir. Aceptó más por desidia que por otra cosa, que el plano de la ciudad que el buen hombre le ofrecía consultar no le interesaba demasiado.

Don Marcelino Guzmán era hombre de sesenta años y llevaba cincuenta y dos entre relojes y casi tantos con su cristal de aumento pegado al ojo derecho en busca de espirales, volantes, escapes, áncoras o disparadores rotos o mal equilibrados; no le temblaba la mano, la pinza entre los dedos, componiendo desde el fino Longines al pétreo Roskoff. Pero al ver las cosas de tan cerca, con lupa o cuenta hilos, había acabado por darle un concepto muy meticuloso de las cosas. Lo veía todo con mayor detenimiento que la generalidad de los seres humanos. De cómo el fijarse en cualquier detalle lo había llevado al colmo de la avaricia es cosa fácil de comprender. Su concepto microscópico del mundo le empujó, desde temprana edad, a economizar lo más mínimo.

Hacía cerca de treinta años que estaba establecido en un portal de la calle de Atocha. Allí seguía, a pesar de que sus ahorros podían haberle permitido comprar en traspaso, o abrir una relojería importante en cualquier barrio si no más comercial más elegante. Pero, por lo visto, su anteojera le impedía ver más allá del reducidísimo campo que se le abría, eso sí, sin faltar detalle.

Vivía en el último piso de la misma casa, con su mujer, que fue criada de un general muy nombrado a principios de siglo y que ocupó, hasta el día de su muerte, el año 10, el principal de la casa. Marcelino la había estudiado muy por lo menudo, charla que te charla, sin perder la finalidad que le llevaba a tanto parloteo, ni el tiempo. María de los Ángeles era de Villarrobledo, hija de unos campesinos pobres y como tales de familia numerosa. Muy seria, un tanto redicha, más bien fea y ferozmente apegada al ahorro, lo que les había unido desde el principio. La verdad es que no se casaron hasta que Angelita estuvo en edad de ir a la escuela. No lo hicieron hasta entonces únicamente por ahorrarse los gastos de la ceremonia:

—Es mucho dinero para un papel que no ha de producir nada.

Pero hubo que inscribir a la mocosa y por no dar qué decir pasaron, a la callada, por el juzgado y la vicaría. Angelita tiene ahora veintitrés años y sus padres han decidido casarla. Marcelino y María forman un matrimonio ejemplar, se lo cuentan todo —las peluconas incluidas—. Nadie piensa echarles su vida miserable en cara, porque el negocio del marido no parece dar para más, ni han caído en el vicio de la usura, ni nadie sabe de la existencia de su fortuna; su vivir escaso no llama la

atención. Tiénenles por pobres artesanos, honrados a carta cabal. Si no hubiese sido por las enfermedades del retoño, nada habría turbado la tranquilidad del matrimonio. Angelita nació débil, sin duda por lo escaso del alimento que mal sustentaba a su madre, feliz con ahorrar un puñado de arroz. La leche fue poca y clara, las papillas mínimas y así creció, paliducha, delgada, sin alegría, vencida por la anemia; cría más tranquila no hubo.

Tan pronto como Agustín, viudo oficial, apareció por la tertulia de don Paco —en la que Marcelino era el único que no tomaba una copa, a menos que le convidaran—, púsosele en la cholla al buen relojero casarle con Angelita. Discutió ampliamente el caso con su oísló —que las palabras nada cuestan, gracias a Dios— y, a la gran sorpresa de la muchacha, le compraron dos trajes nuevos.

Angelita no sabía por qué estaba en el mundo. De tan poco comer parecía habersele embotado el espíritu. No salía de casa más que para algunos recados y a pasear por el Retiro los domingos por la tarde. Mal medrada por la falta de alimentos, se había hecho mujer tarde y con daño. Las mejillas sin color, pálidos los labios, las caderas incipientes, no tenía sino ojos, éstos sí hermosísimos, negros, heredados de su padre. Vivía sin vivir, atada a una rutina sin mañana.

Marcelino preparó con sagacidad la entrada de Agustín en su casa, en espera de contarle por hijo. Aquel día, en el bazar, llevó la charla hacia la urbanización de Madrid, tema que los últimos tiempos parecía interesar a Agustín, debido a los largos paseos con que solía matar el tiempo. Díjole tener en su casa un viejo plano de la capital que permitiría poner en claro hasta dónde llegaba la Castellana hacía cincuenta años, tema de ardua discusión que quedó, aquella noche, sin resolver.

María, sabedora del hecho hacía más de ocho días, preparó una cena que, para las costumbres hogareñas del relojero, era heliogabalesca: sopa y pescado, amén de un flan. Angelita se vio competida a estrenar uno de sus trajes, tras haber escuchado, sin demostrar sorpresa alguna, las siguientes palabras:

—Tu padre traerá a cenar, probablemente, a un joven. Procura ser amable con él. Tú sabes mejor que nadie la edad que tienes y no hay nada peor, para una mujer, como quedarse para vestir santos. El joven en cuestión es de lo más honrado, tiene medios más que suficientes para vivir, es viudo...

—Es Agustín, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Pues..., ustedes han hablado de él más de una vez en la mesa. Además, viudo...

—¿No te gusta?

—¿A mí?

—Sí, a ti, ¿a quién va a ser? Pareces tonta.

—Pero... ¿cómo le voy a gustar yo a él?

—Eso, tú veras. ¿Le conoces?

—Claro.

Los padres habían olvidado que hacía años, debido a la vecindad, al conocimiento de Marcelino y José María, alguna que otra vez había estado Agustín en el portal. Angelita podía tener entonces diez o doce años.

—¿A ti te gusta?

—Madre, dicho así... no sé...

—No sabes..., no sabes nada. No pareces hija mía.

—¿Ésta es Angelita? —preguntó Agustín, entrando—. ¡Qué barbaridad! ¡Cómo ha crecido esta chica! Es que nos vamos haciendo viejos, don Marcelino.

—¿Tú? ¡Si tú eres un chaval!

—No tanto.

—Bueno, es que has pasado mucho. Pero estás en edad de olvidar, de rehacer tu vida.

La mirada de María fulminó a su esposo. Le parecía —y con razón— que iba demasiado directamente al asunto.

—Y qué —preguntó Agustín a Angelita—, ¿tienes novio?

—No, no faltaba más —arguyó María—. Ni lo tiene ni lo ha tenido.

Ahora fue a Marcelino a quien le pareció mal la intervención de su cónyuge: nunca se sabe lo que les gusta a los hombres.

—¡Tú qué sabes! —arguyó, y cambiando el sesgo de la conversación—: Tomarás una copita...

—No, gracias...

—Además —dijo el ama de casa— se quedará a cenar.

—De ninguna manera, señora.

—Si lo dice por lo que le podemos ofrecer, tiene razón.

—No faltaba más. No, de ningún modo, no quisiera molestar.

—No es molestia, Agustín; me perdonará que le llame así, pero decirle don Agustín, cuando lo conocí tan pequeño, se me haría muy cuesta arriba.

—Claro, no faltaba más.

—¿Un vermut?

—Bueno, muchas gracias, son ustedes muy amables.

A Agustín lo mismo le daba, tenía pensado cenar solo en el Colonial.

—Y ¿qué hace usted ahora?

—Nada.

—¿Vive de sus rentas?

—No. Pero espero que pasen unos meses para ponerme de nuevo a lo de siempre.

Hubo baches tremendos; el último, tras la copa, lo salvó Marcelino con el plano. Angelita no despegó los labios, baja la cabeza. La madre rabiaba.

—¿Y qué les parece si fuésemos al cine? —preguntó Marcelino.

De la sorpresa a Angelita se le cayó la servilleta al suelo; se la recogió Agustín.

—Muchas gracias.

Fue la primera vez que se cruzaron sus miradas tan cerca. Agustín leyó sin

dificultad la emoción de la muchacha. Fueron al cine. A Agustín le tenían absolutamente sin cuidado las aventuras de Douglas Fairbanks, pero la actriz, por un movimiento de brazos y una sonrisa le recordó a Remedios. Le dolía mucho la cabeza al salir y la despedida fue rápida.

—A ver si viene a vernos más a menudo.

—Con mucho gusto.

—Recuerdos a sus padres.

—Muchas gracias.

—Y muchos besos al niño.

El niño. El hijo de Remedios y de su padre. Un cáncer.

La escena en casa de los Guzmán fue trágica. Consideraron que la velada había sido un fracaso: uno al otro se lo achacaban los esposos. Angelita no oyó sino las primeras palabras, que inmediatamente la mandó su madre a su dormitorio a quitarse el traje nuevo. Hízolo con sumo cuidado y amor. Para ella la noche había sido un cúmulo tal de acontecimientos que, deshecha de alegría, pensaba tener para largas semanas con tal de rumiarlos uno a uno: el traje, Agustín, la cena, el cine, la mirada del hombre cuando le devolvió la servilleta... No siguió catalogando la fuente de sus emociones debido a la entrada de sus progenitores, que querían saber de sus impresiones referente al pretendido pretendiente. Los templó con varios:

—Pues sí... No sé... Ya veremos.

—¿Sabes lo que nos ha costado la verbena? ¡Más de ocho duros! Y total, ¿para qué?

—Pero, mujer, así de buenas a primeras...

—Mira, hijo, yo tengo muy buen olfato, y a ese podenco no le interesa esta liebre. ¡Quién sabe lo que tendrá por ahí, haciéndose el santito! ¡Y su mujer enterrada apenas hace tres o cuatro meses!

—Bueno, mujer, bueno. Con ahorrar algo sobre la comida de este mes...

—Tal vez quieras volver a comer pan duro con hormigas, pero ahora no las hay.

—Vamos a dormir, que se gasta luz.

Ellos, en su cuarto, no la necesitaban, bastábales el resplandor municipal.

—A ver qué día vuelve por casa —le dijo Marcelino a Agustín una semana más tarde.

—Una noche de éstas.

—¿Cuándo?

—No se lo voy a decir, porque su mujer es capaz de preparar algo especial y no quiero.

—Hombre, no sea así.

—Sí, don Marcelino, un día, sin avisar, como la semana pasada.

Pasmose el bueno del relojero: ¿qué querría decir aquel joven?, ¿qué entendería por «algo especial»? ¿o es que creía que el banquete pasado era el pan de cada día en su hogar? Por si acaso hacía buena la promesa no tuvo más remedio que surtir un poco la despensa, pero, a pesar de tener en cuenta que una lata de sardinas, sin abrir, correspondería siempre a su valor, lo mismo que la mojarra y la botella de Jerez, o las aceitunas en su adobo, guardadas en el aparador; el trozo de jamón —así fuese sólo por fuera y a pesar de cuidársele vigilantemente en la camera podía secarse demasiado—. Pero, aun suponiendo que no sucediera así, resintió un alfiler en el pecho al pagar la cuenta del ultramarinos. Mientras tanto seguían almorzando su cocido, hecho con puros huesos. «Es lo que tiene más sustancia», y comiendo sus sopas de ajo, sin huevo, como es natural:

—Porque a Marcelino no le convienen, por el hígado.

Compraban pan duro, de la víspera o de la antevíspera, a ser posible (les salía más barato por su menor peso):

—Porque es más sano.

Angelita rezaba a Nuestra Señora de Atocha para que Agustín volviera pronto, que su fe era mucha, y tenía todo el tiempo necesario para pensar en ello mientras bordaba, que ésa era su especialidad, de la que sus padres no dejaban de sacar buen provecho. Su madre solía ir a entregar las blusas o los pañuelos ya bordados, en una tienda de la calle de Carretas, porque un día, hacía de eso dos años, en una lencería de la calle del Barquillo, le pasaron un duro sevillano a la niña y, por mucho que reclamó doña María, no dieron su brazo a torcer los mercaderes, lo que motivó una tragedia y el cambio de clientela.

Un lunes, del mes siguiente a la visita de Agustín, hubo que entregar un trabajo urgente, para una boda: la relojera tenía colada y como, por otra parte, no era cosa de cobrar sino hasta el sábado, fue Angelita a llevar el camisón con su fina vainica, sus bordados de realce, sus encajes incrustados, su entredós y sus puntillas. Quizá por primera vez había hecho el trabajo con un interés mayor que no el de las meras puntadas, que era camisón de novia y aunque prohibió a su imaginación caminos vedados no dejaba de sentir cierto rubor interno que le lució en las mejillas, y más cuando, de sopetón, se encontró con Agustín en la esquina de la calle de la Cruz.

Agustín había empezado de nuevo, con cierta dejadez, sus correrías mercantiles. Como la tienda a donde iba Angelita estaba a cien metros, la acompañó. No se le habían olvidado sus ojos. La conversación fue de lo más anodino y un sencillo referirse a las familias.

—A ver cuando viene usted por casa.

—Cualquier día.

Se despidieron en la puerta del comercio. Angelita no dijo nada del encuentro a sus padres y achacó su silencio a la vergüenza. Lo guardó como un secreto que, por la noche, acariciaba.

Por esos días, Petra recibió carta de Remedios, desde París, pidiéndole noticias de su hijo, y por lo que más quisiera, que no dijera palabra de ella en casa de José María.

La fea cumplió como debía, fue a ver al niño, que estaba precioso, estuvo hablando, a gritos, diez minutos con doña Camila, de su propio retoño. No dejó de referir la señora la visita a su hijo. Y éste se plantó aquella misma noche en la calle del Peñón, pero no pudo sacar nada en limpio. El resquemor le avivó el recuerdo de Remedios.

Agustín se reprendía: ¿Qué podía esperar? ¿Por qué no enterraba de una vez el recuerdo de aquella mujer? No podía; se imaginaba su vida con Remedios: si ésta hubiese sido su mujer, no había felicidad de la que no hubieran gozado: almohada perfecta para todas las horas del día y de la noche. Comprendía que era idiota seguir asido a esperanza que los hechos habían destrozado, pero no podía dejar de soñar con

la expósita. Llegó a no cruzar la palabra con su padre, como no fuese necesario.

—¡Este chico, este chico! —rezongaba doña Camila—. No se le va de la cabeza el recuerdo de su mujer...

—Lo que tiene que hacer es casarse —aducía el marido.

—¿Tan pronto? ¡Qué diría la gente!

—¿Cómo que tan pronto? Ya cumplió veintiocho años...

A don José María se le olvidaba la viudez mentida de Agustín.

—Bueno, sí, tienes razón, pero dentro de unos meses...

—Lo que tú quieres es que me quiten al chico.

—No, mujer, no. Me huele que aunque Agustín se case, nos dejaría el niño.

—Dios te oiga.

Que la vieja es feliz con su «nieto» y se reprocha no sentir bastante la desaparición de su nuera. Reza por ella con redoblado fervor. La reflexión de su marido no cayó en saco roto:

—Mira, hijo, no me acaba de gustar la vida que haces. Si Dios, Nuestro Señor, dispuso que la pobre Remedios se muriera, y Dios la tenga en su santa Gloria, no tienes por qué no aceptar las cosas como son. Hay que resignarse, Agustín, y no olvides que eres joven y tienes toda la vida por delante. Si te tienes que volver a casar, mejor ahora que más tarde, sobre todo por este ángel de Dios. Claro que darle madrastra es cosa de mucho pensarlo, pero de todas maneras... Bueno, ¿por qué no buscas una buena chica que comprenda tu situación? Ahí tienes a Margarita.

Agustín rehuía esas conversaciones dando largas. Pero en el fondo, no distaba mucho de estar de acuerdo.

—Mira, hijo, tú has nacido para estar casado. Fuiste feliz con Remedios, que en paz descansa, pero eso no quiere decir que no puedas encontrar otra con buenas condiciones, ahí tienes a Margarita.

Margarita lo sabía y se le ponía por los ojos. Era hija de don Jerónimo y de doña Teresa, los de la tienda de muebles del 27. Un tanto gordita desde luego, y con la perspectiva de los ochenta kilos de su muy resplandeciente mamá, que señorea la tienda, haciendo punto de gancho desde hace veinte años, oronda de haber nacido. Don Jerónimo no cuenta, o mejor dicho, sí, cuenta: el debe y el haber. Margarita si no ríe, sonrío, feliz de ser. Se mueve más de lo necesario, va y viene, la salud «a prueba de bomba». Toca el piano y dicen que sabe francés. Se educó con las Teresianas y borda «como los ángeles». Agustín mira a don Jerónimo, tras la ventanilla del «despacho», y se ve sentado en su lugar. No tiene una idea fija acerca de su porvenir, pero, sin duda, no quiere ocupar ese puesto. —Ahí sí hay donde agarrarse— comenta procaz José María refiriéndose a la moza, que es muy de su partido.

Don Marcelino, que vive tres portales más arriba, se huele el acecho. Cree —y su cónyuge comparte su idea— que Margarita es rival invencible para Angelita. Se dan por vencidos, les han ganado por la mano. (Porque ahí sí que hay donde agarrarse, piensan al unísono, sin decir ni pío, mirando con conmiseración la flaqueza de su

unigénita). Además, los «muebleros» se gastan los dineros, sin pensar en el porvenir (en la pechera de doña Teresa reluce un broche nuevo, por las bodas de plata recién celebradas). Por eso se quedan de piedra cuando Agustín, una noche cualquiera sube con el relojero «a cenar». Había hervido, y gracias. El jamón ya había desaparecido, perdidas las esperanzas, el domingo de Pascua, a medias en el cocido y el resto en lonjas. Menos mal que quedaba la lata de sardinas. Agustín achacó a pobreza la privación, que aunque el relojero tiene fama de mezquino e interesado no podía figurarse que su codicia llegara a tales extremos. Los invitó a café, y fueron a tomarlo a la plaza de Santa Ana. Hablaron de teatro, fuese por el Español o por la Comedia, cercanos: quedaron en ir el sábado siguiente, por la noche.

—Hija, a ver si te aprovechas, a mí me parece que está por ti.

—Pero, mamá, ¿qué le hace suponerlo?

—Por lo menos huye de la «mueblera».

—¿Y eso, qué?

—Algo es algo. Tú mírale y luego baja los ojos, como si tuvieras vergüenza...

—¡Madre!

—Te pondrás el otro traje. Tráelo, vamos a abrirle un poco el escote.

—No quiero.

—Si es lo único que tienes que vale la pena...

La velada fue un fracaso. Angelita no despegó los labios. Además la comedia era mala. Pero al salir, la muchacha tuvo ocasión para decirle a Agustín que quería hablar con él.

—¿Dónde?

—Mañana, al salir de misa de ocho.

Fueron bajando por la calle del Prado y al llegar a la plaza de la Lealtad, Angelita habló sin tapujos, pero de usted:

—Mire, Agustín, mis padres quieren que yo haga todo lo posible para que se interese usted por mí, para que nos casemos. Y yo no quiero.

Había hablado sin apartar los ojos del suelo. Se paró: no podía más. Creyó que nunca alcanzaría a decirlo. Pero ya estaba. Era lo mismo que si acabaran de ajusticiarla. Había muerto y ahora respiraba mejor. Lo que deseaba era echar a correr y encontrarse en su dormitorio, pero no pudo dar un paso. Agustín se dio cuenta, la tomó del brazo —una carne flaca a la que por poco que se le apretara se le notaban los huesos.

—¿Quieres que nos sentemos un momento?

—Bueno.

Lo hicieron en un banco del paseo del Prado. Hacía una temperatura a tono con el cuerpo humano; no se sentía el aire y el sol mañanero lo doraba todo. La avenida estaba casi desierta.

—¿Tienes novio?

—No.

—¿Es que no te gusto?

—No, no es eso.

Agustín no quiso decirle que la comprendía. No es que le divirtiera la actitud de la muchacha, pero era algo inesperado que le sacaba de su melancolía.

—¿Soy una presa tan codiciable?

Angelita sonrió:

—Por lo visto —hizo una pausa y dijo con valor inaudito: ¡Y con qué anzuelo te querían pescar!

—No sé por qué dices eso: tienes unos ojos preciosos.

—Será con las buenas intenciones con que me miras. No me hago ilusiones, nunca me echan un piropo. Si, por casualidad, me dicen algo es para reírse de lo flaca que estoy. A veces hasta me hacen gracia; una vez, ¿qué tendría yo?, catorce o quince años, me dijo uno: —¿Vamos a pescar, caña?

No había rencor alguno en el recuerdo. Angelita estaba convencida, desde que tenía uso de razón, de que no servía para nada. Mucho influyó en ello el deseo fallido de sus padres de que fuese varón.

Y no tuvieron más hijos por razones estrictamente económicas. Con dos hubiesen necesitado una criada, y no podían hacerse a la idea de pagar, por poco que fuese, por un trabajo que no producía algo tangible. Sin que viniera a más cuento que el suyo, dijo Angelita:

—Debía de haber sido chico.

—¿Tú? ¿Por qué? ¿Te gustaría jugar al fútbol?

—No, no es por eso. Pero los hombres son otra cosa.

—Sí, parece que sí.

Se rieron.

—¿Quieres ir al fútbol, conmigo, esta tarde?

—No he ido nunca.

—Razón de más.

—Como quieras.

Casi le dio un patatús a doña María cuando su hija le dijo quitándole toda importancia, que Agustín pasaría por ella a las dos y media para ir a Chamartín.

—Mira, la cosa es sencilla: estos once vestidos de blanco, del Madrid, deben meter la pelota las más veces posibles en el interior de la portería, que son esos palos, del Barcelona. El Barcelona; esos once que visten camiseta azul y roja, a rayas. Y viceversa. Juegan hora y media, dos tiempos de cuarenta y cinco minutos. Ese señor del pito y con los calzoncillos azules es el árbitro. Y ésos que corren con banderitas por las rayas de los lados, los jueces de línea. Cuando sale la pelota del campo de juego lo indican levantando el banderín. No hay más.

—¿Y veintitantos hombres corriendo tras un balón atraen a tanta gente?

—Y eso no es nada. Éstos, más sus familias, se pasarán la semana comentando los pases y los goles.

—Yo creí que era otra cosa.

—¿Qué?

—No lo sé. Algo como los toros,

—A ti ¿te gustan los toros?

—No he ido nunca.

A los veinte minutos Angelita se aburría, sin entender los ardidés del juego, ni las reacciones del público.

—¿No pasa nada más?

—No. ¿Te aburres?

—No. Nunca había visto tanta gente junta.

Se sobresaltó cuando Monjardín, el delantero centro del Madrid, metió el primer gol de la tarde. Todo el mundo parecía haberse vuelto loco.

—¡Qué fáciles de contentar son todos! Por lo felices que son debieran hacer lo posible para que eso sucediera más a menudo: que metieran un gol por lo menos cada cinco minutos.

—En la dificultad reside el gusto.

Fueron a tomar cerveza y unas gambas a casa de Mahou. Angelita recordaba haber comido gambas una sola vez, hacía años. A Agustín le gustaban los ojos de Angelita, y la miraba descaradamente.

—¿Qué me miras?

—Los ojos.

—Es lo único que tengo que valga la pena.

Enrojeció acordándose del diálogo con su madre.

—Crees valer menos de lo que vales.

—No. Yo no valgo nada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad.

Es cierto, pensaba Agustín, la pobrecita no vale gran cosa. Le daba lástima de que estuviese convencida de ello. Y, en parte por hacer una buena acción y por otra por ver si salía del marasmo en el que andaba metido, le dijo, con toda sencillez:

—¿Quieres que seamos novios?

—No. Porque tú no me quieres y lo haces por lástima.

Agustín se quedó turulato, no añadió palabra porque no sabía qué decir, si las mujeres proclamaran así la verdad, pensaba, estábamos fritos. Claro está que protestó:

—No te he dicho que te quiero, Angelita, sino que si quieres que seamos novios.

—¿No es lo mismo?

—En casos normales, supongo que sí.

—¿Es que no somos como todos?

—No, yo...

—Ya sé. Eres viudo y tienes un hijo. Y yo soy una desgraciada que da compasión.

—¿No quieres probar?

—¿Para qué? ¿Para que yo me enamore de ti, y luego me dejes plantada?, diciéndome: «Perdona, chica, pero no puede ser...».

—O que suceda al revés.

—No, al revés no sucedería.

—¿Por qué?

—Porque tú eres hombre, y yo mujer.

—Estoy muy solo, Angelita.

—Tienes a tu hijo, a tus padres.

—Si yo te contara...

—Si tiene que hacerte bien, cuenta.

—No, hoy no.

—¿Por qué?

—No podría.

—¿No me tienes confianza?

—No es eso.

—Como quieras.

Poco más hablaron, y Agustín no quiso subir a dejarla. Sintieron los relojeros por la botella de vermut que habían destapado, en espera de la pareja. Estaban anhelantes por saber los menores detalles.

—Me pidió relaciones.

—¿Y?

—Le dije que no.

Se armó. Lo menos que le dijeron fue desgraciada.

—¡Cría cuervos y te sacarán los ojos! ¿Qué más quieres? ¿Qué más puedes esperar?

Doña María procuró templar la gaita de Marcelino, no lo logró del todo: complicáronse sus agruras con la bilis y tuvo que tomar tres veces bicarbonato.

—¡Eso lo arreglo yo! ¡Vaya si lo arreglo!

—Pero si la chica no quiere...

—¡No ha de querer! Lo que pasa es que es una hipócrita, como todas.

—¡No lo dirás por mí!

—¡Por ti y por la mismísima Virgen que se me plantara ahí delante!

—¡Ave María Purísima! No sabes lo que dices.

No lo sabía.

No faltó Agustín a la tertulia el día siguiente y don Marcelino se lo llevó aparte, en el rincón de los automóviles y bicicletas de juguete:

—Mira, Agustín, la chica no tiene secretos para nosotros y nos contó tus pretensiones... A nosotros siempre que sea por derecho... No, no digas nada, perdona... Bueno, como te decía, a nosotros, nos parece muy bien.

—Pero a ella, no.

—Bueno, hombre, bueno... Tú ya sabes lo que son las mujeres.

—¿Entonces?

—Lo único que quiero decirte es que no te desanimes. No sabes lo que son las chicas de hoy, y más siendo hija única, mimada, demasiado mimada. Nunca le hemos negado un capricho (*era cierto, no los tuvo*). Y su madre, que es una santa. Lo único que quería que supieras es que, por nosotros, no hay ningún inconveniente: puedes entrar en casa cuando te dé la gana.

—Muchas gracias, don Marcelino.

—Bueno, hombre, bueno... —le dijo dándole palmadas en la espalda— no es porque sea hija mía, pero hubieses podido escoger peor —se reía— y mujercita de su casa, económica, sabes, económica. Hoy, sin economía no se puede ir a ninguna parte.

* * *

—Pero ¿de verdad te quieres casar conmigo?

—Sí.

—Pero si soy tan poca cosa...

—Ni que yo fuese un Apolo...

—Hay tantas por ahí que valen más.

—Pues, ya ves: eres tú la que yo quiero.

—¿Me quieres?

—Sí, te quiero.

—Pues aquí me tienes, para todo lo que quieras querer.

No había más que pureza en el acento de Angelita. Por primera vez se cogieron las manos. Agustín estaba decidido a quererla y se hacía ilusiones.

—Querréis llevaros al niño, claro está —dijo doña Camila la mañana que Agustín le anunció que el noviazgo sería corto.

—¿Cómo se lo vamos a quitar?

—¿De veras? —y el mundo se volvió a abrir y a brillar para la buena señora—. ¡Qué bueno eres, Agustín! ¡Qué bueno! —Y dio por excelente el «segundo» matrimonio de su hijo.

A José María le tuvo sin cuidado: siempre había creído que su hijo era un botarate, que salió a la madre. ¡Con la de mujeres que hay en Madrid, ir a escoger esa espingarda! ¡Allá se las compusiera como le diese la gana!

Él, por su parte, iba viento en popa. Ingresó en el Círculo de Bellas Artes e instaló en un pisito de Bárbara de Braganza a Ninón, que así se llamaba la fulana, «con carnes que ya hubiese querido la pava ésa con quien (diz que) iba a casarse su hijo».

Una tarde, al salir del cine, Agustín y Angelita fueron a merendar a Molinero y él le contó la historia de Remedios, la de su padre y la suya.

A medida que Agustín iba narrando lo sucedido crecía en ella la admiración y el amor por su novio. Su comportamiento le pareció heroico y así se lo dio a conocer con dulces apretones de mano. Lo que no comprendía muy bien, entre otras cosas porque Agustín no acabó de pintarlo muy claro, era el porqué de la desaparición de Remedios. Algo se olía sin embargo porque en seguida, con tal de ensalzar el amor filial de Agustín, dejó escapar alguna frase despectiva por la que había sido capaz de concebir sin honra y de abandonar luego el fruto de sus amores ilegales: que el universo de Angelita estaba poblado de lugares comunes y su conocimiento de la literatura no iba más allá, ni empezaba más acá de *María, la hija de un jornalero*, que un cliente dejó en prenda de una leontina; mal negocio que nunca pudo olvidar don Marcelino.

Mal le sentaron a Agustín las consideraciones de Angelita, y dióselo claramente a entender, ensalzando hasta donde podía los méritos de la expósita. Iba a entrar la muchacha en franca discusión cuando algo de adentro le aconsejó callar. Así lo hizo, pero no olvidó nunca la ardiente defensa de la desaparecida. Hablaron del niño, y de común acuerdo, quedaron en dejarlo al cuidado de doña Camila.

Por el luto, la pobreza de la familia de la novia, el poco gusto del padre del marido, la ceremonia fue modesta. Los novios tomaron el exprés de Andalucía y bajaron en Córdoba. El inevitable itinerario les llevaría a Sevilla y Granada. Corría el mes de octubre y el tiempo maravillaba.

Nada dijo Agustín de su boda a sus amigas de la calle del Peñón. Lo supieron meses más tarde, cuando Petra volvió, un día, a visitar a doña Camila. La noticia le pareció de perlas. Creyó, de buena fe, que el silencio de Agustín era por no haberle participado la suya en tiempo oportuno.

Desde el segundo día de su matrimonio se convenció Agustín de que no quería, ni posiblemente querría nunca, a Angelita. Se daba perfecta cuenta de lo que le había empujado a casarse con ella, como lo hubiese hecho con cualquier otra que le fuera tan simpática como su mujer. El ambiente miserable y angustioso de la casa de los relojeros —que había aprendido a conocer en los seis meses que duraron sus relaciones— también había influido a empujarlo a la coyunda.

Toda la alegría era de ella y no poca. Gozaba viéndola feliz, descubriendo el mundo. Él se mostraba atento a cumplir cualquiera de sus deseos, ninguno disparatado. Angelita no podía creer en tanta belleza y, de cuando en cuando, pellizcaba a su marido para asegurarse de su existencia.

—Me parece que estoy soñando.

—¿Por qué, mujer?

—De que estemos en Córdoba, de que esté yo en Córdoba, con mi señor marido, de que me llamen señora, de que no me tenga que levantar al alba para preparar los desayunos, de que la gente, y yo, coma tanto y tan bueno, de que no tenga otra cosa que hacer más que quererte, a ti, que eres el hombre más bueno y más guapo que hay en la tierra.

No había hipérbole y Agustín lo notaba, y eso era la fuente de su propia tranquilidad. Sentía una gran ternura y un poco de conmiseración por su mujer.

No conocía Agustín Andalucía y tuvieron que valerse de planos y cicerones, que abundaban. Viéronlo casi todo. El paseo del Gran Capitán, la calle de Cristóbal Colón y la de la Victoria no les parecieron cosa del otro mundo, no así las callejuelas y los patios, aunque al hombre le recordaban algunos decorados de zarzuela. Angelita se extasiaba ante las flores, que adoraba. Le encantó dar vueltas por el campo de la Merced o el de la Madre de Dios. De la mezquita no les asombró más que el número de sus columnas. Vieron los conventos: el Carmen Calzado, San Lorenzo, San Andrés, San Juan, San Nicolás, San Hipólito, que tampoco les llamaron mayormente la atención y en cuanto a los cuadros: ¡cómo comparar con El Prado! El cual, dicho sea de paso, desconocían. (Agustín entró un domingo por la mañana en que no tenía que hacer, salió pronto, había demasiado que ver). Les gustó el puente. A Angelita todo le cogía de nuevo, a Agustín —«que había viajado mucho»— nada le sorprendía, lo que producía satisfacción a la recién casada: sentíase protegida por los conocimientos de su esposo. Más que paseos y monumentos llamaban la atención de la recién casada las comodidades del hotel: los botones, el ascensor, el cuarto de baño, los camareros, la abundancia de la minuta, la constancia de los postres, el poder azucarar a su gusto el café, las alfombras, el papel membretado, los saludos obsequiosos de los servidores, el encontrarse la cama hecha y dispuestos sobre el embozo su camisón —más sencillo que aquél famoso, pero, de todas maneras, con sus puntillas y encajes— y el pijama de su marido, y las chinelas bien aparejadas en

la alfombra.

Iban todos los días al cine o al teatro y al café. En cuanto a lo demás, su constitución anémica parecía haberla atrofiado y Angelita tomó como obligación, no muy molesta por otra parte, lo que a tan poco costo parecía dar satisfacción a Agustín.

De Sevilla lo que más le gustó fue el parque de María Luisa, a pesar de que las construcciones para la Exposición Iberoamericana impedían el paso por muchos lugares. Los jardines del Alcázar les gustaron menos. Decidieron no ver más iglesias (todas son iguales), pero sí fueron a San Juan de Aznalfarache. Fue una excursión encantadora que le recordó a Agustín *La hermana San Sulpicio*, de Palacio Valdés. El domingo fueron a los toros, que en la Maestranza había novillada. Salieron al iniciarse la lidia del tercer animal porque Angelita no pudo resistir tanta sangre. No faltó chunga entre quienes molestaron para irse a la calle.

Mejor recuerdo les dejó el pescado frito, la manzanilla, los desayunos en el pasaje de Oriente y los Murillos del Museo Provincial. Por la época, los naranjos fueron un ligero desencanto para Angelita, que empezaba a engordar a ojos vista.

De los cuatro días que pensaban estar en Granada decidieron pasar dos en Málaga, porque la joven no había visto nunca el mar, y el mozo del hotel les aseguró, al ponderar el pescado frito, que allí era como en parte alguna. Así lo admitieron, sin dificultad y rendidos ante los cucuruchos aceitosos y calientes. Mucho le gustó el Mediterráneo a la mujer, aunque:

—Creía que era otra cosa.

Agustín le habló del Cantábrico, del oleaje, de las mareas. No se atrevió Angelita a bañarse, entre otras cosas porque tuvo vergüenza de su delgadez. Les pareció bien la Catedral, subieron al Castillo de Gibralfaro con la pretensión de divisar la sierra Bullones, la neblina lo impidió.

—Allá está África.

—¡Qué cosas!

—Sí —respondió en broma Agustín—. ¡Qué cosas no se ven!

En el puerto vieron pescar a unos chiquillos, lo que llamó poderosamente la atención de Angelita. Le entró asco por un pececito, luciente de plata en el atardecer, y, esa noche, no quiso cenar el famoso pescado frito. Se enfrió, sentada en la terraza de un café de la calle de Larios, cerca de la plaza de la Constitución; tenía algo de fiebre al llegar a Granada, se lo achacaron al cambio de trenes en Bobadilla y a las corrientes de aire de la mala estación. No salieron del hotel hasta la tarde del día de su vuelta a Madrid en que dieron una vuelta, de prisa y corriendo, por la Alhambra. Les gustó mucho.

Habían alquilado un piso en la calle de San Bernardo, a pesar de la protesta de los padres, que aducían lo lejos que quedaban unos de otros. Hízolo adrede Agustín, a más de que «era una ganga». Ya tenían apalabrada una criada, así pusiera el grito en el cielo doña María que, poco más o menos, dijo a su hija lo que sigue, ocho días antes del matrimonio, cuando se planteó el delicado problema de la doméstica:

—Mira, hija, nunca se sabe lo que puede pasar en esta vida. Y lo mejor es tener siempre algún dinerito ahorrado. Yo no tengo nada contra Agustín. El te escogió por su propia voluntad y tú le correspondiste y yo espero que seáis muy dichosos. No le lleses nunca la contraria, aunque, a veces, los hombres tienen gustos que merecen palos. Si haces lo que quiere tienes la posibilidad de que él haga tu gusto, cuando sea ocasión. Pero procura que lo que le guste a él te guste también a ti, así saldrás ganando doble: dándole lo que quiera tendrás lo que te gusta. Pero, sobre todo, vigílale la bolsa. Porque todo eso de la bolsa o la vida, que cuentan en las novelas —y ése era un lugar común en aquella mísera casa y lo repetían al alimón marido y mujer, viniera o no a cuento—, todo eso no es sino literatura o cosas que se dicen por decir; es, hija, la bolsa y la vida, que ambas van tan unidas que sin la una no existe la otra o entonces no vale la pena. Del dinero vienen todos los bienes y de su falta todos los males. Si lo gastas, como no sea en lo más indispensable, verás llegar todos los pecados capitales, todos sin faltar uno, y te perderás sin remedio en este mundo y en el otro. En cambio, si lo guardas bien guardado, sin enseñárselo a nadie, sin prestarlo, para que nadie se entere de que lo tienes, gozarás una gran paz de espíritu y no hallarás felicidad comparable. Todo el dinero que gane tu marido debes hacer que te lo entregue para que lo administres y ahorres. Y nada de gastos superfluos. Si, ahora, en el viaje de bodas, lo cual me parece una tontería, porque ¿para qué ver más mundo, que el que se necesita para vivir? ¿Y qué se os ha perdido a vosotros en Granada o en Sevilla? Eso, dejando aparte la enormidad que os cobrarán en esos hoteles que ¡Dios sabe!, lo limpios que estarán. Si, ahora, con el gusto que le darás, da en hacerte regalitos y en querer comer más de la cuenta, mejor pídele que te dé el equivalente y guárdalo. Luego, en tu casa, buscas un buen escondite y pasarás las noches mucho más a gusto que yendo al cine, que no estaría mal si no hubiese que pagar la enormidad que le piden a una para ver algo que en seguida se borra de la vista.

Angelita se asombró, porque nunca le había hablado así su madre y si estaba acostumbrada a pasar miserias era por creerlas irremediables dado el pésimo desarrollo del negocio paterno. Ahora vislumbraba la verdad.

—Bajo ningún concepto debes aceptar que te metan una criada en casa. No son más que encarnaciones del mismísimo demonio. Tú puedes perfectamente hacerlo todo, que para eso, gracias a Dios, te hemos criado. Y aun es posible que te quede algún tiempo para bordar y ayudar a tus padres, si es que tu marido lo juzga prudente.

Porque no se te ocultará que hemos de notar mucho tu falta. Ya podía buscar Agustín con lupa una muchacha de tus prendas por todo Madrid y sus alrededores, que no la encontraría. Has de saber que la economía es la fuente misma de todas las virtudes, que todos los vicios nacen del despilfarro. Nunca te había dicho nada de eso por la sencilla razón de que no tuviste a qué aplicarlo, pero bueno es que lo sepas de una vez para poner remedio a tantos males como los que acechan a las personas que no saben mirar por el día de mañana. Piensa que puedes enfermar, o enfermarse tu marido y entonces, ¿qué? ¡Al hospital, que es lo peor que le puede suceder a una persona! Te lo digo así, a solas, pero con el consentimiento y conocimiento de tu padre. De lo demás no te digo nada, porque este mundo anda tan perdido que las jóvenes sabéis de eso más que nosotras, las viejas.

Lo que no era cierto, aunque dicho sea en honor de la verdad, doña María tampoco brillaba por su sapiencia en lides amorosas.

Angelita no hizo el menor caso de los consejos maternos, entre otras cosas porque poco sabía del valor de la moneda e ignoraba el de los billetes. Su vida había dado una vuelta completa y ahora se llamaba Agustín, y todo lo que él hacía le parecía bien y era incapaz de pedirle cuentas. Hubo criada y cine y pequeños dispendios que llegaron a enfriar las relaciones del joven matrimonio con el de los relojeros, ya que, un día, Agustín oyó las reconvenciones de su suegra y, con buenas maneras, la puso en su sitio.

Don Marcelino y su esposa, perdida la esperanza de conseguir una ayuda de su hija —que se negó en redondo a plantearle el problema a Agustín— decidieron ahorrar lo que ésta les producía anteriormente con su trabajo de bordadora. Redujeron su comida al desayuno y a la cena. Y aún ésta y aquél llegaron a ser de lo más sucinto. Imaginó el relojero que tal vez sería conveniente que su mujer se pusiese a limosnear en las horas que el arreglo de la casa le dejaran libres. El pensar que así recibirían algunos céntimos sin necesidad de hacer otra cosa más que alargar la mano le llenó de gozo. Con precauciones se lo dijo a María, e hizo bien que, donde menos podía suponerlo se le rebeló la mujer: —¡Qué se había creído! Bien estaba ahorrar y gastar lo menos posible, pero donde no la vieran. Nunca hay que perder el rango. Con lo que el viejo pudo renegar de las mujeres propias, en la tertulia del bazar, con el éxito que siempre acompaña este tema.

A los dos meses de la vuelta a Madrid el embarazo de Angelita no ofreció dudas: mareos, vómitos, desmayos. La cosa se presentó mal desde el principio. Llamó Agustín a un médico, Carlos Riquelme, que conocía desde hacía años, cuando él entonces estudiante iba a San Carlos. Vivía por entonces el tal en una pensión en la calle de Mesón de Paredes, pared con pared de su casa. Perdiéronse de vista durante años, hasta que se tropezaron en la Gran Vía. Riquelme quiso examinar a Angelita, que no se podía mover de la cama, pero la joven se negó tenazmente: que la auscultara, que le tomara el pulso y le viera la lengua: más no. Por mucho que porfió Agustín, no hubo manera.

En la sala, entre los viejos muebles de los Almacenes Rodríguez, de su «matrimonio anterior», el médico diagnosticó una debilidad congénita, una anemia evidente, debido sin duda a alimentación deficiente y expuso sus dudas acerca del buen desarrollo del embarazo. En cuanto al parto, todavía estaba lejos. Recetó reconstituyentes, un medicamento a base de nuez vómica y sobrealimentación: caldos, gelatina de gallina, leche con yemas y mucho reposo. La mujer ingería cuanto se le daba, pero no lo retenía en el estómago. Agustín se vio convertido de recién casado en enfermero. Lo hizo, si no a gusto, con paciencia, así constituyese Angelita un espectáculo muchas veces deprimente. Añádase que sus suegros le sacaban de sus casillas encontrando muy bien a su hija «teniendo en cuenta su estado» y se hacían cruces de tanta comida desperdiciada.

—Oiga usted, Agustín, y aunque sea meterme en lo que no me importa, ¿para qué compra usted huevos tan caros si sabe usted que invariablemente mi hija los va a echar fuera?

Con su mujer en cama, Agustín no se creía facultado para contestar a su suegra como se merecía. Doña Camila, con el cuidado del niño, aparecía poco por allí. José María no iba; corría la voz de que necesitaría un automóvil para atender a sus múltiples negocios. Angelita se desesperaba, no del hecho de esperar sucesión, sino de su salud.

—Pobrecito —le decía a su marido—. ¿Y para esto te has casado conmigo? Ni que fueses el marido de una paralítica. No puedo valerme y en vez de tener tu casa como una patena, todo anda revuelto. ¿No has visto si Cristina ha quitado el polvo del comedor? Me reconcomo y me hago mala sangre pensando sólo en cómo lo tendrá todo. ¿Qué has comido, Agustín? Yo dispongo lo que puedo pero mis fuerzas no dan para más. Te has casado con un alfeñique. Todo el día andas por la calle y cuando vienes tienes que hacer de enfermero. No duermes, no me digas que no, que lo noto. Y ni siquiera puedo ser tu mujer.

—¡No digas tonterías!

—¿Cómo no me voy a preocupar? No pienso en otra cosa. Lo que debiera hacer es morirme.

—¡No digas tonterías!

—Tonterías o no tonterías. Llevamos tres meses en Madrid y no he salido de esta maldita cama. Esta mañana, cuando te fuiste, intenté levantarme.

—Ya sabes que Riquelme te lo ha prohibido...

—Ya lo sé, pero qué quieres, Cristina fue al mercado y yo...

—¿Qué te pasó?

—Que caí.

—¡Qué barbaridad!

—No fue de golpe, no. Resbalé suavemente en la alfombra. Luego me pude incorporar y meterme yo sólita en la cama.

Agustín miraba los delgadísimos brazos de Angelita y se acordaba de Remedios. Lo aguantaba todo porque se había hecho a la idea absurda que cuanto mal le acontecía era por no haberle sido fiel y su castigo.

Acariciaba a Angelita y miraba sus grandes ojos dulces y la consolaba.

—No te preocupes, es cosa de unos meses, luego estarás que dará gloria verte. A ti y al niño.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—Pues yo creo que será niña.

Algunos días en que Agustín no tenía que salir por la tarde, Angelita lo apremiaba para que se fuese a dar una vuelta, al café, a la tertulia de don Félix, o donde fuera con tal «de cambiarse las ideas». Porque, sin darse cuenta, se había vuelto más taciturno que de costumbre. Agustín se resistía, ¿a dónde ir? ¿A la calle del Peñón? Parecían tratarle allí con despego. Una tarde del mes de marzo —ya andaba la triste de su mujer en el sexto mes de su insufrible embarazo—, se decidió a ir hasta la calle de Alcalá, a sentarse en cualquier terraza para ver pasar a la gente, tomarse un «expres», que se había aficionado al café reconcentrado, y, de paso, recoger el pedido de una tienda de la Gran Vía. Con grandes alharacas le saludó Alberto Chuliá.

—Pero, hombre, ¿qué ha sido de ti? Más de una vez, con Antonio, nos hemos acordado de tu existencia, pero como si te hubiese tragado la tierra.

—Me casé.

—*Vade retro*.

—¿Y qué haces por Madrid?

—¡Huy, hijo! Esto está que arde. La monarquía no dura un mes.

A Agustín nunca le interesó la política, y lo mismo le daba que estuviera en el poder Primo de Rivera o Berenguer, que otro cualquiera. (Aunque a su padre sí parece que le va o le viene, que anda tronando contra la ingratitud de Alfonso XIII, que acaba de costarle la rescisión de un contrato).

—Tú no sabes lo que pasa.

—No, ni me importa.

—Sigues siendo el mismo.

—¿Y Mina?

—No sale del Ateneo.

—Bueno, pero algo más que conspirar andarás haciendo.

—¡Hombre, claro! No faltaba más... Estoy haciendo un proyecto para el cerro de los Ángeles...

—Allí está la estatua de Cristo Rey.

—¿Por cuánto tiempo? Pondremos allí un enorme molino de viento... ¡Ya verás! Yo no soy como los demás: cuando pienso ¡surgen las ideas! Y tú, ¿qué haces? ¿Sigues vendiendo juguetes? No seas tonto: si quisieras podrías ganar todo el dinero que te diera en gana, con esa inteligencia tuya y esa claridad, de juicio... Hombres como tú, limpios y nuevos, son los que vamos a necesitar. Te voy a presentar a algunas personas que ¡ya verás! Desde luego puedes dar por hecho que de ésta sales de penas.

Como siempre, el hombre creía a pies juntillas cuanto decía; le bastaba oírse para dar por hecho lo que ni siquiera había imaginado. Ofrecióle a Agustín reforestar la meseta: era cosa fácil y que él tenía bien estudiada. Sabía el precio de los pinos y tenía trazados los canales necesarios para la traída de agua, que no era cosa del otro mundo y, ahora, le parecía que Agustín era la persona más indicada para llevar a cabo la obra, tan pronto como se proclamara la República. Ya tenía interesados a muchos. Consiguió que Agustín le convidara a cenar, cosa que hizo con gusto, tras avisar por teléfono a su casa. Chuliá, y sólo por unos días, a su decir, no tenía blanca. Comieron en un restaurante alemán de la calle de Jardines y tras su segundo tarro de cerveza dijo, sin darle importancia, para él, desde luego, no la tenía:

—¿Sabes a quién encontré en Barcelona? A tu hermana.

Hasta entonces no supo Agustín lo que quería decir su madre —sin saberlo— cuando decía: se me revolvió la sangre. Se la notó acumulándose a borbotones en mejillas y temporales, y un peso en la nuca.

—Estuve hablando con ella.

Agustín se representaba la escena: Chuliá acercándose y diciendo, con grandes aspavientos: «¿Qué tal? ¿Cómo está usted? ¿No me recuerda? Soy amigo íntimo de su hermano...».

No pudo articular una palabra; por otra parte sabía que el valenciano le contaría cuanto hubiese pasado, y, tal vez, algo más.

—Está muy bien. Se ve que las cosas marchan a su gusto. Me preguntó por ti. Poco le pude decir. Que te habías venido aquí. Iba muy elegante, pero que mucho.

Hubo un silencio, y como Alberto volvía al tema de la reforestación, Agustín preguntó, con una voz que no le pareció suya, haciendo un esfuerzo:

—¿Dónde la viste?

—¡Ché, ya te lo he dicho! En Barcelona.

—Sí, ya lo sé. Pero ¿dónde?

—En el Colón.

—¿A qué hora?

—Hombre, no me acuerdo, sería antes de comer.

—¿Iba sola?

—No, con un señor, un hombre importante, ¿cómo se llama, ché? Sí, Jaime Batlle, uno que tuvo un periódico republicano, y que fue concejal de Lerroux. Me acuerdo porque, aunque yo no le reconocía, él a mí sí, desde luego, y en seguida... En su diario publicaron una página entera acerca de mi proyecto de trasladar el puerto, el año veintitrés. De eso tenemos que hablar. Ya te contaré, es una cosa seria. Se trata de aprovechar las aguas...

—¿No te dijo nada más?

—Me parece que estaban esperando a alguien. Y yo tenía una cita muy importante con un ex ministro, un naviero, que tenía mucho interés en conocerme. Es acerca de unas turbinas que ha inventado, para un transatlántico. Bueno, ésa es otra que te tengo que contar, te tengo que contar muchas cosas. ¿Por qué no te vienes ahora conmigo?

Agustín no había pensado separarse de Chuliá, pero el recuerdo de Remedios le tenía absorto y no contestó. ¿Qué hacía en Barcelona, elegantemente vestida y en la terraza del Colón a la hora del aperitivo? Sabía qué clase de mujeres suelen acudir allí, y sobre todo al bar. En la terraza, no; ahí pueden verse niñas bien, y en el restaurante.

—¿Dónde la viste?

—Oye, tú no estás bien de la cabeza: ya te lo he dicho dos veces.

—No; ¿en la terraza o en el bar?

—En el bar.

Conque no se había matado. Él tampoco, por otra parte. Y no había vuelto a su oficio, sino que se había tirado a la calle. Agustín tenía ganas de chillar, de levantarse y de romper cuanto tenía a mano. Pero era demasiado sensato para hacerlo.

—¿Qué? ¿Te vienes conmigo?

—No.

¡No! ¡Ahora, no! Tenía que reconcomerse los hígados. Se acordó de su padre, para mandarlo a los infiernos.

—Bueno, hombre, ya nos veremos. Dame la dirección de tu casa.

—¿Dónde vas?

—A ver a unas personas.

—¿Puedo acompañarte?

—Tú estás tarumba.

—Es posible.

—¡Así me gusta, hombre, así me gusta! Eras demasiado burgués. Andando, que es gerundio.

Salieron y bajaron hasta la calle de San Bernardo.

—Vamos camino de mi casa.

Alberto despotricaba contra Cabral, contra Juan de la Cierva, contra unos ingenieros que Agustín oía nombrar por vez primera; como siempre, sólo se salvaba don Leonardo Torres Quevedo.

—¡Si fuese norteamericano, o inglés, o alemán! ¡Para qué te cuento! Bueno, aunque sólo hubiese sido francés... Pero no, tuvo la desgracia de nacer español, en un país donde la ciencia siempre se tuvo por cosa endemoniada, o de judíos o de moros... Aquí, para ser algo, se necesita ser torero, y lo que más se glorifica es tener «buena mano izquierda».

Quiso entrar en la librería de Calpe para probar sus asertos, pero a Agustín le tenía aquello absolutamente sin cuidado, y más ahora, sólo atento a remachar la noticia y a reconcomerse.

—Aquí basta que sea uno español para que no interese. ¡Y mira que yo he hecho cosas! ¡Si yo fuese extranjero!

Agustín no lo ponía en duda, pero le daba lo mismo —y no sólo en aquel momento— Torres Quevedo, Juan de la Cierva o Chuliá. Remedios, en Barcelona. Se estaba viendo tomando el tren aquella misma noche. Y si se había echado a la mala vida, mejor. No, eso no, que suyo era el daño. ¿Por qué ese sentimiento de culpabilidad siempre que pensaba en ella?

—¿Cuándo la viste?

—¿A quién?

—A Remedios.

—Hace unos tres o cuatro meses.

—¿No le preguntaste dónde vivía?

—No. Si llego a saber que te interesaba tanto... La verdad es que ni siquiera pensaba encontrarte. ¿No tienes noticias tuyas?

—No.

—Si quieres puedo escribirle a Jaime Batlle...

—No, déjalo.

El inventor, llevado como siempre con su afán de favorecer a quien fuera, se disparaba:

—No faltaba más: mañana mismo. Yo soy amigo de mis amigos...

Nada se perdía.

—Bueno, como quieras. ¿Se acordará de ti?

Chuliá le miró como si acabara de atravesarle con un estoque.

—¿De mí? Oye, amiguito, ¿es que tú no sabes quién soy yo?

Agustín no sabía cómo curar la horrenda herida que acababa de abrir a todo lo largo del amor propio del inventor, que estaba seguro de ser más conocido que la

ruda:

—¿Tú no sabes que hoy preguntas por mí en la Argentina y saben quién soy? ¿O en el Uruguay, o en el Brasil, o en Cuba, o en México? Y quieres que en Barcelona...

—No, hombre, mira: como antes dijiste que fue un encuentro casual y rápido...

—¿O es que crees que a mí se me olvida tan fácilmente?

«No, desde luego que no», piensa Agustín.

—Di dos conferencias en el Ateneo de allá, que todavía están viendo visiones. ¡Cuándo han soñado ellos oír algo parecido! Bueno, aquí es.

«Si tomo el rápido, estoy allí mañana por la mañana. Y será fácil dar con ese Jaime Batlle si, como dice éste, es tan conocido. A lo mejor nadie sabe quién es. Chuliá es tan exagerado... Le diré a Angelita que tengo que ir unos días a Barcelona, con cualquier pretexto; ella no dudará. Bueno, y una vez allí, ¿qué hago?».

—Éste es mi amigo Agustín Alfaro, un hombre muy inteligente. Éste es mi amigo Lucas no sé qué, que para todos es Lucas y te aseguro que es bastante. Y éste es el Padre Benito.

Libros, muchos libros, libros por todas partes fue lo único que advirtió Agustín ensimismado; vislumbró un hombre alto y subido de color, el Lucas de marras.

—Siéntese donde pueda.

—Gracias.

El Padre Benito no tenía traza eclesiástica, pero a Agustín todo le tenía sin cuidado aunque, en su trasfondo, no dejara de extrañarle la amistad de Chuliá con un cura.

«Una vez allá, ¿qué hago? ¿Qué diferencia con nuestra posición en Zaragoza? En el fondo, ninguna. En la forma, sí: sabemos que nos queremos. También lo sabíamos entonces. Pero, ahora, han pasado otros cuerpos entre nosotros. Yo me casé, y tú... Bueno, tú, ¿para qué vamos a hablar? ¡No!, si precisamente se trata de eso: de que hablemos de lo que has sido capaz de hacer. ¿No se te cae la cara de vergüenza? ¡Claro, vas a decir que lo hiciste por mí, que ahora sí se ha acabado de veras todo lo que nos ligaba! ¿No crees que es más bien lo contrario? Que ahora, con tantos cuerpos como te habrán pasado por encima, podemos olvidar el de mi padre. ¡Mentira, mentira, mentira, tú no has podido hacer eso! Todo es imaginación de este inventor bárbaro que tal vez ni te vio, o, a lo mejor, te confundió con otra. Una cualquiera, Remedios... ¿Para qué voy? ¿Qué te diría? ¿Y tú a mí? ¿Caeríamos en brazos el uno del otro? ¿Qué crees?».

—Usted, ¿qué cree?

—No lo sé.

—Alfaro —decía Chuliá— siempre anda con pies de plomo. Pero tiene la cabeza despejada y sabe lo que se dice. Además es hombre seguro, republicano a carta cabal.

Agustín veía visiones: pase por lo de los pies de plomo y por lo que sabía lo que se decía —por otra parte, no dudaba de ello—. Los elogios nacieron con una desaforada alabanza que de los planos de un invento de Alberto —una lavadora

mecánica— hiciera en Zaragoza ante unos clientes suyos a poco de conocer al singular valenciano. Desde aquella hora Agustín quedó esculpido en el recuerdo de Chuliá como un hombre digno del mayor aprecio. Lo de republicano era la primera vez que se lo oía achacar. A él, tanto le daba; de todos modos protestó, pero:

—Tú te callas, que yo sé lo que me digo.

Heme republicano —pensó Agustín—, igual podía haberme consagrado chino; por lo visto, todos saben lo que se dicen, pero yo no sé lo que estoy pensando. ¿Me voy a Barcelona o no? ¿Ahora? ¿Con qué dinero? ¿Cómo explicaré a Angelita este viaje tan repentino? Será mejor dejarlo para mañana. Le penetró la duda de si ese aplazamiento entrañaba el principio de una renuncia. Era posible. Porque, ¿a qué iba? Poniéndome en el caso de que nos encontremos frente a frente, en una sala, en un dormitorio. ¿Qué hacemos? ¿Acostarnos? Es lo que deseo. No. Es algo más; la quiero todavía con toda mi alma. ¿Entonces? ¿Cómo mirarnos a la cara después? Tal vez es mejor dejar las cosas como están: yo repudriéndome con la buena de Angelita, que está como una estaca y arrojando todo el día. ¡Cómo huele la casa! Antes no podía llevar a nadie porque Remedios... era Remedios, y ahora porque aquello parece una botica. Pienso botica por no decir algo peor. ¿Por qué me casé? ¿Qué remedio me quedaba? Ahora, a aguantar como los hombres. Decididamente, no voy a Barcelona.

Con esa resolución miró con cierto interés la librería de lance y a su propietario. El Padre Benito ya se había marchado sin despedirse de él.

Feliciano Benito, anarquista muy conocido en Madrid; hombre de unos cuarenta años, curtido de cárceles, estaba tan seguro de sus ideas y despreciaba las otras con tal superioridad, que nadie se las discutía. Llamábanle, desde el estreno de *Las Corsarias* que, para variar, le cogió en un presidio, el Padre Benito, y él se acomodó el alias, porque, de verdad, tenía un concepto patriarcal del mundo, lo que no había obstado para que, en su tiempo, tomara parte en un atraco muy sonado, en Villaverde. Era hombre muy crédulo y de una buena fe a prueba de bomba que, en este caso, es muy de decir.

Lucas solía recordar, al referirse a él, una discusión que sostuvo en la trastienda, un día, con un socialista bibliófilo acerca del «libre acuerdo». No había quien sacara al Padre Benito de que la única manera de gobernar —como es natural, no empleaba esta palabra— era dejar que cada uno hiciera lo que le pareciera bien. Se enfadó el ya muy desvaído marxista y le planteó el problema con un ejemplo:

—Vamos a ver, Padre Benito: figúrate que eres ministro de Fomento.

—No. ¿Ves cómo no nos podemos entender? Yo no seré nunca ministro y el día que mandemos nosotros no los habrá.

—Pero acabas de decir «el día que mandemos». Bueno, la denominación no viene al caso, que es el siguiente: figúrate que hay que construir un ferrocarril entre los puntos A y B —el socialista, requiriendo papel y lápiz, dibujó unos puntos y unas líneas—, los ingenieros, los técnicos están divididos en dos bandos equivalentes: unos proponen que se construya siguiendo el camino más corto, la recta; otros, en

cambio, sostienen que hay que desviar la ruta para que pase por pueblos que lo necesitan y que con su trazado se acrecentará la riqueza de la región, etc. ¿Quién resuelve? Alguien tiene que ser. Ahora bien, figúrate que al que toca decidir es a ti. ¿Dónde queda tu teoría del libre acuerdo? ¿Qué harías?

—Construir los dos.

Lo dijo con toda el alma.

El Padre Benito era muy amigo de Chuliá, y se solían citar en la librería de Lucas cuando se trataba de asuntos de la organización.

Historia de Lucas

La librería de viejo de don Lucas González está en un portal de la calle de San Bernardo. Al fondo arranca una escalera, gastados los bordes de los escalones y el pasamanos; tras ella y en lo que es portería en construcciones de esa época — principios o mediados del XIX— está la verdadera librería, que lo expuesto en la entrada no son más que saldos o libros de texto de tercera o cuarta mano. Los cuida Ramón, viejo, bizco y ojo avizor, con un plumero en la mano que más de una vez le ha servido para amedrentar a un cliente de éstos que quieren llevarse la mercancía de balde. Al fondo, en cuchitril cerrado, está Lucas entre montones de libros sin gran valor. Hay estanterías recubriendo todas las paredes, una mesa de despacho al fondo, cubierta de libros, y, en el centro del cuarto, un montón informe de papeles que llega al hombro de cualquier hombre de mediana estatura. Existe un pasillo estrecho entre ese cerro de libros y folletos y las estanterías; al fondo, el espacio es un poco mayor y permite un sillón desvencijado y cuatro sillas, que a más de la que está tras el escritorio sirven para la tertulia. No hay más luz que la amarillenta de una bombilla de pocas bujías que cuelga, sin otra pantalla que la que generosamente han dejado en su vidrio las pocas moscas que se atreven a llegar tan lejos. El ruido matraquero del tranvía ahoga, a veces, la conversación.

Agustín prestó poca atención a lo que decían Lucas y Chuliá; hojeó distraídamente algún libro. A la media hora se fueron a la calle. Yendo hacia la glorieta de San Bernardo se le ocurrió a Chuliá que, volviendo sobre sus pasos, cenaran en un figón de la glorieta de Quevedo, donde asaban unas chuletas que le recordaban las de su tierra. Agustín se dejó arrastrar sin dificultad. Desde una farmacia volvió a hablar por teléfono con Cristina; para hacer tiempo, que todavía era temprano, el inventor contó lo que se decía de la vida y milagros del librero de viejo. Chuliá era de mucho hablar y no le gustaba dejarse detalle en la bolsa del olvido.

—Como habrás visto, Lucas todavía es buen mozo. Hace treinta años —que debe andar por los sesenta— debía dar gloria. Es navarro, de Estella, hijo de campesinos. Desde que pudo ser lo mandaron al seminario y allí, sin despuntar, aprendió sus latines y su teología. No sé si llegó a ordenarse, yo creo que sí, pero cuando se le pregunta lo niega. Si le tratas, ya verás que es muy cazurro, como buen hombre de la tierra, yo no sé por qué el campo da esa desconfianza, tal vez por el tiempo, que nunca se puede prever... Para no hacer el cuento largo, la cosa es que el hombre se enamoró, debió de ser en los primeros años del siglo. Colgó los hábitos y se fue a vivir a Barcelona con el objeto de sus afanes. Si juzgamos por la hija, era una real moza. Porque tiene una hija, que vive con él. Casi no se la ve, se llama Pilar. Su madre tuvo la desgracia de quedarse paralítica de las piernas a poco de nacer ella.

Agustín recuerda a Angelita —¿y si le fuese a ocurrir lo mismo?— y pierde el

hilo del relato, que no le importa; llega Remedios atada al nombre de Barcelona. Luego, por inercia, vuelve a oír al inventor, que habla porque le gusta hablar:

—Inútil decirte que no le fue muy fácil, al principio, encontrar un trabajo de su gusto. Creo que hizo un poco de todo: en el puerto, en las estaciones, en las fábricas; no tenía habilidad en las manos; fuerza, eso sí. Pero, claro, no es lo mejor que se paga. No sabía gran cosa de números, aunque tenía buena letra y, en los despachos, tampoco tenía un porvenir muy brillante que digamos. De todos modos, al principio no le importó, iban viviendo. Pero llegó la niña y la enfermedad de la madre y las pasó negras. Lo que te voy a contar no me consta del todo, a mí me lo dijeron y tal como lo oí te lo repito. Pero, conociendo al tipo, no me extrañaría nada. La cosa es que creo que trabajando de limpia vías, de éstos que van empujando una larga pértiga para que los rieles queden despejados, conoció a unos cuantos anarquistas y no tardó en hacer buenas migas con ellos. No creas que fabricó bombas, o que las tiró. Dejando aparte el que yo sea anarquista, no hay duda que, en su situación, era natural que sintiese simpatía por una doctrina que le liberaba del peso que su educación le había echado sobre los hombros; la lucha contra la injusticia y en pro de la igualdad casa con lo mejor del cristianismo. A lo que iba; Lucas se puso a leer los libros que había en el Ateneo, del que se hizo socio, y allí de Kropotkine, Mantegazza, Tolstoi, Spencer, Marx, Voltaire, Reclús, Emerson, etc., todo revuelto. Intentó trabajar en una imprenta de la calle del Conde del Asalto, le pusieron a corregir pruebas, pero eso de estarse sentado todo el día no rezaba con su humanidad. Esa imprenta, de un tal Costa, tenía intereses en un centro editorial de la calle de la Diputación y nuestro hombre se puso a vender libros, yendo de asociación en asociación y luego de casa en casa, cuando descubrió que era más remunerativo otro tipo de obras, sobre todo las científicas. No por eso dejó de frecuentar el Ateneo ni de ser anarquista o, por lo menos, de tener simpatía por la causa. Lo ha demostrado cuando se presentó la ocasión: a más de un compañero ha ayudado y a más de dos ha escondido cuando hacía falta. Él nunca tomó parte activa en la lucha y, tal vez por eso, por casualidad, no estaba fichado por la policía. Además, tienes que saber que al año de andar entre libros ya tenía un changarro en la calle de Tallers: al ir a ofrecer unos libros a un profesor de la universidad, éste aprovechó para preguntarle si no conocía a alguien que le comprara su biblioteca. No era muy buena, pero sí de muchos volúmenes. Hablaron de precio y nuestro Lucas fue a ver a un viejo carlista que tenía un almacén de quincalla, creo que por el Cali, y que le tenía simpatía por aquello de ser navarro. Nuestro hombre había trabajado unos meses allí, de mozo de carga. Le explicó el negocio —que era claro— y le pidió prestadas tres mil pesetas, con la garantía de los libros. El quincallero —fiado en la honradez de la raza— se las prestó a un honrado seis por ciento; Lucas se las devolvió antes del año.

»Vivían, él y su mujer, muy estrechamente porque el negocio no daba para más, pero aquello le gustaba y no tardó en enterarse del tejemaneje. Lo malo fue que se le despertó una pasión frenética por los libros raros. Eso no se comprende en un

anarquista, en un cura sí. Total, que cuando caía algo que valiera la pena no lo quería vender ni a tres tirones. Así las cosas, puedes suponer que las pasaban negras. El hombre era feliz con sus primeras ediciones y sus incunables. Sin duda el conocimiento del latín le sirvió de mucho. Sus congéneres tuvieron noticia de su chaladura y cuando les caía un ejemplar de mérito se lo ofrecían. Él hacía lo posible y lo imposible por adquirirlo y luego si algún interesado se enteraba de su existencia y quería comprárselo él se negaba a venderlo. Por aquel entonces supo que la desgracia de su mujer era irremediable, a pesar de eso hizo cuanto estuvo en su mano para intentar curarla; inútil decirte que le costó mucho dinero. No lo tenía, pero sí libros, que bien o mal vendidos le hubiesen bastado para cubrir los gastos de médicos, de medicinas y cuanto hay que hacer en estos casos. Vendió un ejemplar rarísimo de Séneca y enfermó. El recuerdo del libro no le dejaba vivir. Parece que eso de la bibliomanía es terrible. Dicen que llegó a no dormir durante semanas. Hizo por aquel entonces un buen negocio con unos libros de texto y fue a ver a la persona a quien le había vendido el precioso ejemplar con la pretensión de volverlo a adquirir. Ni qué decir tiene que aquel mochales no quiso ni discutir el asunto. Pasó algún tiempo, volvieron las cosas a ponerse de color de hormiga y nuestro hombre vislumbró la posibilidad de tener que vender otro incunable. Entonces es cuando dicen que se le ocurrió la idea salvadora. Te vuelvo a insistir que no es más que un decir que corre.

Pidieron las famosas chuletas y más vino.

—La cosa es que, aun fastidiado con sus problemas económicos, se cambió a una casa mejor de la calle de Aribau. Tenía el comercio, trastienda, habitación en el entresuelo y un sótano, que servía de bodega. La tienda era normal, ¿qué tendría?, unos tres metros y medio o cuatro de ancho, por cinco o seis de fondo, un escaparate, una mesa en forma de cajón abierto en el centro, con libros revueltos, de saldo; se pasaba a la trastienda apartando una cortina de cretona, tenía allí un escritorio, una máquina de escribir y unas vitrinas con libros mejores. En el sótano guardaba restos de ediciones y los libros de medicina y de derecho, amén de algunos cuadros que siempre salen cuando se compran libros de viejo: alguna virgen y santos surtidos. Arriba, dos dormitorios; en el suyo, tres baúles grandes llenos de libros de gran valor. Te lo describo así porque yo estuve allí. No había sala, sólo el comedor, la cocina oscura y el cuarto de la criada, ésta no tenía poco trabajo con la limpieza, la cocina y el retoño. Por su parte, Lucas ayudaba mucho. Es bueno por naturaleza (todos los hombres lo son) y, además, su educación le había enseñado a no arredrarse ante nada. Cuidaba a la enferma con el mayor cariño. La vestía, la desnudaba, la lavaba, la llevaba del sillón a la cama, siempre atento a sus menores necesidades. Un santo. Inútil decirte que su mujer le adoraba. Los domingos por la mañana iba de paseo con su hija, al parque, veían las fieras; por la tarde, si no tenían visita, jugaban al dominó. Los médicos aconsejaron llevar a la enferma a un sanatorio; él se opuso, prefiriendo transportarla cada vez que fuera necesario para que le aplicaran un tratamiento de diatermia o rayos X, que al cabo se reveló inútil; pero las cuentas había que pagarlas.

Y las pagó.

Trajeron las chuletas, que olían a gloria.

—Ya te he dicho que tenía muy buenos libros; vendiéndolos hubiera podido salir adelante. Pero era bibliófilo. Y de esa pasión se sustentaba. No que los leyera, pero los tenía allí, entre cofres, alrededor de su cama. Entonces se le ocurrió lo siguiente...

—¿Exactamente, qué son incunables? —preguntó Agustín, que sólo tenía una vaga idea del término.

—Los libros que se imprimieron antes del siglo XVI.

—¿Y hay muchos?

—Bastantes, pero por lo general valen mucho dinero. Entre otros, Lucas tenía alguno que otro catalán, un Dante, un Plinio y dos o tres salterios. Un barón de X, tan bibliófilo o más que Lucas, sabía de un Dante, impreso en 1472, en poder de nuestro hombre. Ya le había hecho muy buenas ofertas, pero el librero nunca quiso saber nada de ellas hasta que un buen día le llamó por teléfono y le dijo que las circunstancias habían variado y que se veía en la necesidad de venderle el famoso ejemplar con tal de no decírselo a nadie. Tardó el prócer en ir a la calle de Aribau lo que le demoraron sus piernas, que no vivía lejos. Hízose el trato en la trastienda, a toma y daca, y el viejillo catalán se fue más contento que unas pascuas a hojear su tesoro. Los bibliófilos son unos seres aparte, algo así como los avaros de los libros, no sólo quieren poseer esos volúmenes raros, sino que casi todos tienen tendencia a no enseñarlos, como si la vista ajena los pudiera gastar. En eso son bastante diferentes de los coleccionistas de cuadros, que gozan enseñando sus maravillas o las que creen que lo son, porque en eso de los cuadros de las colecciones particulares ¡hay cada timo! Dejando aparte que en el momento en que un buen señor compra una tela «atribuida a...» desaparece la duda y queda sólo el Van Dick o el Goya o el Picasso, flamante con su plaquita dorada, como muestra de indudable autenticidad. Con los libros es distinto, tal vez porque, de hecho, ya son una reproducción. Quizá porque sean más fáciles de robar, o temen que dejen en las hojas huellas dactilares. No lo sé ni lo entiendo, porque la verdad es que a mí me interesan los libros para leerlos y me tiene sin cuidado la edición. Todavía si fuese un manuscrito, un original. La cosa es que los originales, entre bibliófilos, son ellos; hay cada tipo... Bueno, a lo que iba, el conde...

—Antes dijiste barón...

—Lo mismo da; a mí los títulos, igual que las ediciones, me tienen sin cuidado. El barón iba pasando las páginas (folios los llaman) y, de pronto, se le erizó el pelo, casi le da un sofoco: faltaban dos. Es decir, que el Dante aquel no valía nada o mucho menos de lo que acababa de pagar, bien *pagao*. Le faltó tiempo para volver a la librería de Lucas. Se me había olvidado decirte que el ex seminarista le había citado a la caída de la tarde. Así que cuando regresó el aristócrata de marras ya estaba cerrada la tienda. Sabía el noble bibliófilo que el librero vivía en la misma casa y llamó, alteradísimo. Bajó Lucas a abrirle, cerró la puerta tras él, pasaron a la trastienda, le

hizo sentar, hojeó cuidadosamente el volumen en cuestión y pasando como al descuido tras el vejete lo ahogó como a un pajarito. Otra versión da en afirmar que lo descalabrara con un tubo de plomo, ve a saber. Lo que sí aseguran es que ya tenía preparado un buen hoyo en el sótano. Con lo que nuestro Lucas cobró y recobró, porque supongo que le faltaría tiempo para reponer los dos folios en cuestión, que había desprendido con sumo cuidado. Mira, que hace chistes, dice qué es lo que va de una sotana al sótano. Malas lenguas aseguran que repitió la suerte (con ídem) varias veces, siempre protegido por la clandestinidad que produce el amor a los libros raros. Yo, claro está, no tomo partido. La cuestión es que, al poco tiempo, nuestro hombre vino a establecerse en Madrid. El asegura que porque aquí hay mejor mercado. Es posible y que todo no sea sino el producto de malas lenguas o de la envidia. La verdad es que se le murió la mujer, se quedó viudo y sin consuelo, porque ahí donde lo ves, tan grandote, es un sentimental.

—¡Lo que no inventan!

—Ni siquiera eso: parece que hubo un caso parecido hacia los cincuenta del siglo pasado.

Angelita se devanaba los sesos pensando en dónde podía andar Agustín, y con quién, que el recado fue «que cenaba con un amigo». La pobre esquelética tentujaba su abultado vientre mientras le daba vueltas a la idea de que su marido estaba con otra mujer, fuese la que fuese. ¿Cuál? Angelita partía de la base de que era imposible que Agustín la aguantara en su actual estado y de que era necesario que se distrajera con otra. No se revolvía contra su esposo, sino contra la naturaleza que le había hecho tal como se veía, añadida la debilidad que le impedía realizar los menesteres de cualquier ama de casa. A Angelita, católica sin dudas, no se le ocurrió pedirle cuentas al cielo de su triste estado; aunque, eso sí, rezaba para poder aunque sólo fuese andar sin que le dieran aquellas bascas y aquellos desmayos que la acongojaban tan pronto como ponía los pies en tierra.

Llamaron a la puerta; abrió Cristina: era Riquelme.

—Pase usted, doctor.

Tras las preguntas de siempre y como no tuviera prisa el médico, se entretuvo hablando un rato con su enferma. Le era muy simpática, con su resignación a cuestas. Salió a relucir su vida de soltera, si vida se podía llamar aquello.

—No, yo nunca tenía hambre.

El buen natural de Angelita llevó con timidez y recato la conversación hacia lo que la atormentaba sin cesar, día y noche: la triste vida de Agustín, de la que se sentía culpable:

—¿Qué puedo hacer, doctor?

—No preocuparse y procurar comer.

—Yo bien quisiera, pero no puedo.

—Pues tiene que hacerlo, no sólo por usted, sino por la criatura que lleva.

—Pobrecito...

Llegó el marido y el médico se lo llevó a la sala.

—Algo le pasa a tu mujer. Hay cosas que están más allá del poder de uno. Cree que sobra en este mundo. Debes convencerla de lo contrario, es el mejor remedio, y tal vez el único, porque si no reacciona no respondo del resultado del parto.

Agustín se espantó:

—Son figuraciones tuyas.

—Desde luego, si no lo fueran sería más sencillo.

—Ella debe imaginarse...

—No. Ella no se imagina nada, a mi modo de ver. Y eso es lo peor. Me da la impresión de que cree que está de más. De que es una molestia para ti.

—¡Qué absurdo!

—A ver qué haces.

—Dame alguna idea.

—Atiéndela, cuídala, no te apartes de su lado.

—Es lo que hago.

—Pues háblale claro.

—¿Cómo hacerlo de algo que no sé lo que es?

—Tú verás... Acuérdate del catecismo...

Volvió Agustín al dormitorio tras despedir al facultativo sin saber qué hacer y sentándose al borde de la cama habló sin tapujos, a su propia sorpresa:

—Acaba de decirme Riquelme que...

—Los médicos no saben nada de nada.

Le tomó Agustín las manos entre las suyas; tras haberle acariciado la frente, siguió:

—No sé qué te figuras, o qué cosas te andan rondando por la cabeza, pero quiero que sepas de una vez que no hay nada en el mundo que yo quiera más que tú, y que nada me importa sino tu salud y la del niño nuestro que tienes ahí.

Angelita se conmovió profundamente y un asomo de rosa le coloreó las mejillas, apretó a lo que más podía las manos de su esposo entre las suyas y empezó a llorar sin sobresaltos. Agustín estaba conmovidísimo, no sólo por la reacción de su mujer, sino por sus propias palabras, que ahora le parecían extraordinarias y que nunca se hubiera atrevido a pronunciar a no ser por la indicación de Riquelme. No reflejaban propiamente la verdad, pero el solo hecho de escuchárselas le convencieron de que así era su sentir.

Durante los días siguientes Angelita mejoró algo y aun pudo sentarse en un sillón durante algunas horas: tenía el cuerpo hecho un acerico de tantas inyecciones con que la lardaba una enfermera, tres veces al día, que aunque doña María se ofreció para ponérselas, como se le dobló la aguja a las primeras de cambio, tuvo que aguantar «ese gasto inútil, pudiendo hacerlo una misma».

Volvió Agustín a dormir en la cama conyugal desde aquel día, cosa que no había hecho desde que las alteraciones continuas de la salud de su mujer le llevaron, él creyó que con sacrificio propio, a echarse en el sofá de la sala, dejando la puerta abierta «por si se ofreciese alguna cosa».

La verdad es que a Angelita se la comían los celos; no se lo confesaba y no diciéndoselo a sí misma tampoco se abrían paso en las conversaciones familiares. No dirigía su fuego —que la abrasaba— contra una persona determinada —lo que tal vez era peor— ni se le ocurría recordar a Remedios, porque sabía que no estaba en Madrid, y, sobre todo, porque Agustín le había contado las cosas de tal manera que su amor no se transparentó. Esos celos impersonales la hundían en la desesperación, unidos a que la pobre mujer no acababa de comprender el por qué Agustín se había casado con ella teniendo a mano tan buenas proporciones como, por ejemplo, la Mueblera. Y como se tenía en tan poco y su desprecio de sí era auténtico, se devanaba los sesos en busca de razones. Una vez pasado el ardor del viaje de bodas, con las horas muertas que le regalaba su estado, buscaba con afán algo que le hiciera entrever la razón de su matrimonio. No podía darse cuenta de que los responsables de

ese sentimiento de inferioridad eran sus padres y la vida miserable que le dieron. Acostumbrada a mantenerse más abajo del nivel común de los demás, veía el mundo, y sus habitantes, desde ese ángulo. Todos se le figuraban gigantes fuera del alcance de sus manos y muy lejos de sus escasas fuerzas. Por eso las palabras de su marido le hicieron un bien inmenso y empezó a reponerse rápidamente. Dándose cuenta de ello, Agustín tuvo muy buen cuidado de mimarla y se acostumbró a traerle dulces, bombones y caramelos, que la enferma fue descubriendo como si se tratara de islas desconocidas. Segura del amor de Agustín, sin más razón que esas frases pronunciadas con ardimiento, Angelita empezó a hacer algo que nunca se le había ocurrido: pensar en el porvenir. Hasta aquel momento se había desentendido de la ropita del futuro retoño, pero ya todo se le hizo poco; cortó, cosió, hizo media con dulce constancia, Ardor que casó a las mil maravillas con el de su suegra, que venía ahora a verla más a menudo, así no fueran largas las visitas, por aquello de no poder dejar solas las criadas en la casa, «porque nunca sabía una de qué son capaces». Traía al niño, que era una criatura quieta y que se pasaba casi todo el tiempo durmiendo entre cojines que le acomodaban en el sofá.

Desde que tropezó con Chuliá, el correr de los pensamientos de Agustín se había modificado un tanto. El haber renunciado tan fácilmente a ir a Barcelona le preocupó. Se encaró con su vida y se puso a pensar —sin que se le «ocurriesen ideas», como al inventor— qué le esperaba en los años venideros, al lado de una mujer a la que no quería. Tal vez los hijos... Pero ¿y qué? No tenía ninguna ilusión. ¿Tuvo alguna vez alguna? Sólo se alegraba cuando veía la cándida alegría de su madre cuidando a «su nieto». Un día en que fue a verla, al paso, encontró allí a don Cándido Monterde, cura de la Almudena, paisano de la familia y que Agustín no recordaba haber visto allí desde el día de su primera comunión. Explicó doña Camila que le había hecho venir para darle alguna limosna —que don José María seguía de buenas— y, de paso, encargarle algunas misas por el alma de Remedios. Una vez más sintió remordimientos Agustín por el engaño en que vivía su madre, acrecentados por la idea de que efectivamente buena falta le harían las misas a la condenada si, como era de suponer, no había mentido Chuliá al referir su encuentro con la ex planchadora.

Don Cándido era un hombre rechoncho y simpático, bonachón, que había visto muchas cosas y no en balde. Vivía con una hermana suya, seca y coja, al final de la calle Mayor. Podía haber pretendido mayores glorias, pero le bastaba con su parroquia y su biblioteca, que era un buen lector de clásicos y aun se decía que componedor de versos, ya que lo de poeta no sonaba bien en los oídos de quienes le rodeaban. De niño había visto Agustín muchas veces, entre otras cosas porque una hermana del cura (q. e. p. d.) había sido muy amiga de doña Camila y no faltaban, por aquel entonces, recados de la una a la otra y algún encarguillo, de Segovia a Madrid, que transmitía con celeridad el bueno de don Cándido.

Encaminó Agustín al sacerdote y se le vino a los labios la historia verdadera del niño.

—Se parece mucho a tu padre.

—Sus razones hay...

En su confidencia, Agustín no fue más allá del nacimiento del chaval. Pero bastó para enfurecer al cura, que conocía muy bien al progenitor.

—No es que quiera hablar mal de tu padre, hijo, pero nunca conoció la vergüenza.

—¿Y piensa usted que convendría decirle la verdad a mi madre?

—No lo sé, hijo; no lo sé. Y no me vengas planteando problemas de conciencia en tiempos tan revueltos. Bastante tengo con tanto tósigo como el que se infiltra por todas partes. No le dejan a uno ni a sol ni a sombra. Este tonto les molerá las almas, como dice Cervantes. ¿Te figuras que venga, como dicen, la República? Y, ¿qué tal andas con tu conciencia? ¿Vas a misa? ¿Comulgas?

Don Cándido pasaba con suma facilidad de un tema a otro, como la cosa más natural del mundo, muy metido como estaba en sus solas preocupaciones. Con lo que cobró fama de descuidado y un poco ido. Él se daba cuenta y no le ponía remedio, dejándose llevar por lo que menos trabajo le costaba.

Agustín le dio a entender que hacía mucho tiempo que no pisaba los umbrales de una iglesia.

—No digo que hagas ostentación de obediencia, pero ejecutar obras por respeto de obedecer, como dice Nieremberg, no le hace daño a nadie. ¿O es que has perdido la fe? Eres incapaz de decirme que sí. Ya os conozco, bailando en la cuerda floja. En el fondo, los que estáis deseando que haya otro mundo sois vosotros, los descreídos. Lo estáis deseando para probarnos que no lo hay o que no es como nosotros nos lo hemos figurado. ¿Qué cara pondrá, os relaméis pensando, el día en que descubran que no hay paraíso o infierno, que todo acaba al morir? ¡Qué chasco! Pero, para que nos lo llevemos, necesitáis que haya «algo», sois nuestros mejores aliados, porque aun aceptando que no hay nada más allá, como queréis...

Agustín esbozó un gesto de protesta.

—O como quieren los que supongo que son tus amigos, ¿quién nos quita el consuelo que da la religión en esta tierra? ¡Eh!, a ver, contéstame...

—Pero si yo no...

—Ten por lo menos valor para afrontar tus convicciones. ¿O es que no las tienes? No, no las tengo, pensó Agustín.

—Y dime si no tengo razón...

Anduvieron unos pasos en silencio.

—¿Hace mucho que no te confiesas? No es necesario que me lo digas. ¿Por qué no vienes a verme alguna que otra vez?

Agustín se lo prometió. No pensaba hacerlo, y menos desde el momento en que don Cándido no quiso dar su parecer acerca de si debía o no decirle la verdad a su madre.

Demonio de chico y demonio de José María, iba pensando el sacerdote. ¡Qué mundo, Señor, qué mundo! Apretó el paso saboreando ya el placer que iba a

proporcionarle una edición de las *Morales*, de Plutarco, de 1570, traducidas por Diego Gracián de Alderete, que le había enviado su amigo Lucas «a vistas». Lo demás podía esperar.

Tal como lo había dicho Agustín, no las tenía todas consigo Riquelme cuando se acercó la hora del parto de Angelita y pidió que la llevaran al hospital para mayor comodidad en el trance. La mujer se negó en absoluto. Lo del hospital le sonaba a pobreza. Inútil decir que las futuras abuelas estuvieron de acuerdo con ella: los hijos nacían en casa. El dar a luz en un establecimiento público les parecía una mengua:

—Además, siempre estás expuesta a que te cambien el niño.

Los primeros dolores se presentaron la noche de un viernes, Agustín estaba mucho más nervioso que su mujer; por primera vez se sentía responsable, directamente, de un hecho determinado por su voluntad: él había escogido a Angelita —sin los empujes de la pasión— y la fecundó. Y ahora, según aseguraba el médico, existía la posibilidad de que todo fuese un fracaso. ¡Y qué fracaso! La desaparición de dos vidas, creada la una por él, destruida, tal vez, la otra por capricho.

Carlos Riquelme le dio unos calmantes:

—No te preocupes, otros casos más difíciles se han resuelto sin mayor dificultad. No te oculto que la debilidad congénita de tu mujer es uno de los factores más peliagudos, pero tú no tienes culpa alguna de ello.

—Sus padres son muy pobres.

—De todas maneras... —dijo el médico, siempre un poco redicho—. Conozco pobres vigorosos y ricos débiles; en gran parte (no en todo) depende de lo que se espera de la vida y de cómo se reparte el dinero que se tiene. Una cosa es ser pobre y otra miserable. Menos mal que estos últimos meses se ha repuesto algo.

—¿Pero tú crees...?

—Yo no creo nada, Agustín; veo y hago lo que puedo. Ha llegado el momento decisivo en que el feto necesita independizarse y la madre echar afuera lo que ya no puede mantener. Si ambos ayudan, todo irá bien; claro está que tiene que correr un poco de sangre, lo mismo que cuando un pueblo recobra su independencia. La vida es una; a veces las naciones han salido a luz con fórceps; otras, de manera natural.

—Algunas nacieron muertas.

—Y otras entrañaron la muerte de la madre.

—¿Tú crees? —dijo maquinalmente el futuro padre, que pensaba en qué haría si muriese Angelita.

—¿Otra vez? Ya te he dicho que no creo. El crío parece estar en excelentes condiciones y eso ayudará mucho.

—¿Resistirá ella los dolores?

—De dolor no se muere nadie, no lo olvides; el dolor en sí no existe, todo tiene su causa.

—¿No la anestesiárs?

—No —dijo el médico—, a menos que tengamos que operar. Soy enemigo de esos partos igualados a la extracción de una muela, y aun eso...

—Eres un bárbaro —y le dieron ganas de recurrir a cualquiera de las parteras que tanto su madre como su suegra le habían recomendado, enemigas como eran de que fuese un hombre el que asistiera a la parturienta, así anduviera una de ellas, traída por el médico, preparando lo necesario.

—Tal vez. Pero mucho temo que tanta mengua del dolor, cuando es funcional, lleve la humanidad a una atonía que le cueste la vida al aparecer cualquier enfermedad que necesite de defensas orgánicas.

La comadrona puso una tabla —de las de ensanchar la mesa— bajo el colchón, para atiesarlo, colocó encima, terciada, una silla del revés en la que dispuso una almohada y colgando de los pies, que ahora estaban en lo alto, una toalla para que la primípara pudiese agarrarse de ella, añadió dos sillas separadas para los pies, una tela cauchutada colgando del borde de la cama hasta una gran palangana colocada entre ellas y tres pucheros de agua hervida y una caja tocológica, que trajeron de la farmacia, sobre una mesa auxiliar, cerca del balcón.

Angelita empezó a retorcerse y a gritar —por mucho que se hubiera propuesto no hacerlo—, pero fue una falsa alarma causada por un calambre.

Doña Camila había traído una imagen de la virgen de la Almudena y doña María colgó un escapulario al cuello de su hija.

—Es muy milagroso, me lo prestó la mujer de don Paco, tiene un trozo de hueso de San Sebastián.

—Empuja, hija, empuja.

—Señora —le dijo el médico a la relojera—, déjese usted de cuentos. Y a Agustín: La contracción uterina es absolutamente involuntaria. Ya cuando se trate de la expulsión es otra cosa, pero no necesitará decírselo nadie. Y lo mejor que puedes hacer es irte a paseo.

—No.

—Por bien que se presente la cosa, tratándose de una primeriza, tres, cuatro o cinco horas no se las quita nadie.

—¿Lo podrá resistir?

—Vete al café, al cine; lo único que puedes hacer aquí es estorbar.

Angelita le estaba diciendo con los ojos que se quedara; así lo hizo, sentándose en la sala, la cabeza entre las manos.

El parto fue larguísimo: duró doce horas. Angelita sudó hasta morir, lloró, llegó al extremo de la desesperación. En los últimos momentos pareció hinchársele la cara y le latían terriblemente las carótidas.

Todo desapareció con la presencia de una niña, pequeñísima eso sí, que Riquelme sostenía en alto, dándole azotes en las nalgas hasta que lloró.

—Mira, Agustín, mira. —Y la madre sonreía, todo caído en el olvido, menos un bulto de carne rojiza que sostenía con su brazo derecho.

Media hora más tarde, en la Puerta del Sol, se proclamaba la República. Agustín acogió con gusto la coincidencia: dos vidas nuevas. De ahí en adelante todo iría bien.

Por la calle pasaban automóviles y camiones llenos a reventar de hombres y mujeres que parecían borrachos; todo el mundo gritaba y cantaba. Las abuelas se santiguaban: nada bueno podría salir de aquello. El más atribulado fue don José María Alfaro, que veía todos sus negocios por el suelo y despotricaba furioso:

—¿Y eso es o era un rey? ¡Vamos! ¡Yo echo la tropa a la calle, y no digamos a la Guardia Civil, y en media hora acabo con toda esa turba infecta! ¿O nos van a venir con el cuento de que España ha dejado de ser monárquica por arte de magia? Cobardía y pura cobardía. Lo que falta aquí me lo sé yo tan bien como nadie. ¡Esto es el acabóse! Generales traidores... Si yo fuese ministro de la Gobernación... ¡Mañana mismo me proclamaban a mí una republiquita! Canallas...

Riquelme se despedía, encantado. José María seguía acosando a su hijo:

—Y a punto de firmar un contrato que ¡para qué te cuento! Me ponía en casa de una vez. ¡Mecachis en la mar! ¡Cerdos, canallas, cobardes...! Además, ¡para lo que va a durar! Como siempre, esos liberales son unos ilusos —Agustín oía a su padre, le miraba y no le conocía—. ¿Qué se han creído? Me lo decía ayer, sin ir más lejos, el conde de Torreblanca; aquí esas situaciones libertinas duran, dos años, y las buenas —las conservadoras— veinte; gracias a eso España es España. Todo esto —y señalaba la calle con un gesto amplio y despreciativo— no es más que la influencia de los franceses, que son todos unos degenerados. ¡Ya les daría yo república a esos babiecas...!

A los dos meses había cambiado de manera de pensar del todo en todo, entre otras cosas porque le firmaron el contrato de marras:

—No, si no es mala gente. Al contrario, con esa República sí comulgo.

Y como se presentaron nuevas ocasiones de ir a lo suyo:

—Que digan lo que quieran, pero ahora esto va sobre ruedas.

Lo cierto era que el aparato administrativo seguía siendo el mismo y su compinche, el ahora ex subsecretario, hacía excelentes migas con el nuevo gobierno. Ya seguro de su porvenir económico, dejó de tomar ciertas precauciones y a fines de año viniéronle con el cuento de la querida a su santa mujer. Echó el chisme al tango de la envidia. Reincidieron y no creyéndolo se lo dijo a su marido. Éste se alzó de hombros.

—¿Tú qué crees?

—¡Qué voy a creer, José María, que no!

Tanta ingenuidad motivó en el nuevo rico una reacción inesperada, hasta para él mismo.

—Pues es verdad.

—Bromeas.

—No. Algún día lo tenías que saber. Además, ¿a ti qué te importa? ¿No tienes el niño? Pues diviértete con él y a mí déjame en paz. Desde esta noche dormiré en el cuarto de Agustín.

—¿Hablas en serio?

—Y tan en serio, Camila. ¿O es que todavía te haces ilusiones? ¿Te has mirado al espejo? Para tu edad no estás mal. Pero no para la mía. Yo todavía necesito carne fresca. Tú ya estás más allá del bien y del mal.

La pobre señora se resistía a creerlo:

—¡Qué ganas tienes de tomarme el pelo!

Reaccionó el hombre de negocios pensando que no valía la pena asegurarse en la verdad, su cónyuge no era estorbo para sus diversiones. Reconoció, condescendiente, que su salida había sido producto de su buen humor, y, en prueba tangible de ello, le regaló quinientas pesetas para alfileres. Doña Camila le daba gracias al cielo de tener tan buenas personas a su alrededor.

Con la maternidad, Angelita se asentó en la vida; desaparecieron todas sus dudas: la niña era una viva explicación del porqué la había escogido Agustín. Engordó desproporcionadamente, hincháronsele los pechos y tuvo a orgullo dejar que se le abultara el vientre como bandera de su condición de madre, lo cual, como es de figurarse, no la favorecía, que sus brazos y piernas seguían flacas. Reservaba parte de sus mieles para el esposo; pero nada hubo en el universo como el escomendrijo de su hija; la pobre era descolorida, flaca, llorona. Agustín se pasaba las noches paseándola, intentando acallarla, con poca gracia. Se acordaba de Remedios con angustia, entre otras cosas porque de Angelita no quedaba ni el diminutivo. Doña Ángela por aquí y por allá, y un genio que nadie sabía de dónde pudo haberlo sacado. No es que se vengara de su anterior condición, pero al no tener los asideros de la miseria entraba a saco en la voluntad de los demás. Mandona, intemperante, impaciente. Las criadas no le duraban una semana y fue de ver el desfile: Carmen, Antonia, Bienvenida, Amparo y otra Antonia. Agustín prefería no enterarse. Miraba a su hija con extrañeza, deseaba quererla y no podía. Los relojeros no tuvieron mejor suerte; tratábalos su hija como subordinados, y no saliendo de su asombro se quedaban en casa.

Un día, en la Puerta del Sol, Agustín tropezó con Petra; hizo ésta por no verle, la detuvo él para preguntarle si tenía alguna noticia de Remedios. Dijo la mujer que no y se despidió en seguida pretextando prisas que no tenía. Le molestaba mentir; nada sabía en concreto de la que fuera su amiga, pero cada seis meses, más o menos, le ponía dos letras para decirle que el chico seguía bien. Cosa que no pudo hacer de ahí en adelante porque doña Camila se fue a vivir a Segovia, llevándose al niño, por mor de una clienta de los relojeros: llamábase ésta Tomasa Cardiel y era vendedora a domicilio de alhajas, medias, perfumes y lo que cayera, celestinica a sus horas. Hacía años que Marcelino le hacía las composturas necesarias a los numerosos relojes que caían en sus manos, sin preguntar, porque no era su oficio, dónde los conseguía y Tomasa solía pegar la hebra con doña María, cuando ésta bajaba al zaguán, cosa más frecuente desde que se le casó la hija. Del matrimonio se hablaba aquel día, y del bendito de Agustín.

—Dios quiera que no salga al padre —dijo la Tomasa y, del hilo al ovillo, vino a

hablar de la pirandona que don José María mantenía por las Descalzas. Dio toda clase de detalles, callándose lo que le convenía, ya que aquella joven le daba su dinero a ganar.

Faltóle tiempo a doña María para echarse un mantón por los hombros e irle con el cuento a su consuegra.

—No, si yo no digo nada, todos los hombres son iguales en cuanto tienen dinero. Por eso bendigo nuestra pobreza; comeremos poco, pero, por lo menos, tengo seguro a mi Marcelino. No diría lo mismo de otros que yo me sé.

Doña Camila no se daba por enterada, tenía en poco los chismes, además carecía de luces para cogerlos al viento, que son los sabrosos. Y se prevelece a medias de su sordera, en parte porque de veras oía cada día menos y en otra porque se refugiaba en el amor del niño.

—El dinero, Camila, el dinero suelto tiene la culpa de todo; por eso siempre digo lo mismo: si se tiene, a guardarlo, que para eso se ha hecho. De algunos sé yo que se lo gastan por ahí como si no costara nada ganarlo.

Y alzaba la voz a cuanto más podía para tener la seguridad de ser oída.

—A nosotros no nos sobra...

—Lo que sobra, Camila, es otra cosa...

—¿Qué quiere decir?

—Parece usted tonta.

—Lo soy, y a mucha honra.

—Pero ¿es que usted no sabe?

—¿Qué?

—Que José María...

—¿También usted me va a salir con ese cuento?

—No es cuento, Camila. Tengo todos los detalles habidos y por haber.

—No lo creo.

—Es usted muy dueña. Pero dese una vueltecita por la plaza de San Martín, en el número siete, al atardecer, y verá lo que es bueno. La llaman «La Pálida».

—Y ahora, ¿ya está usted contenta?

—No, Camila, no; pero yo no puedo tolerar que le pase esto a una persona de mi estimación, y más de la familia. Además tenga usted en cuenta que el dinero que está derrochando su marido es el mismo que le está robando a nuestros hijos y a nuestra nieta; si eso a usted la tiene sin cuidado, a Marcelino y a mí no. Si le tiene sin cuidado que José María tenga una querindanga, ¡santo y bueno!, pero con el dinero de la familia no se juega.

La visita estaba alteradísima.

—¿Qué le pasa? ¿Quiere que le mande hacer una tacita de manzanilla?

—No, muchas gracias; parece usted de piedra.

—No lo soy. Pero quisiera quedarme sola; no lo tome usted a mal, se lo ruego. Mañana nos veremos.

La pobre señora procuraba ser amable. Fuese la correveidile y doña Camila rompió a llorar con desconsuelo. Pensó ir a consultar el caso con Agustín, pero luego resolvió que era cosa de ella sola. Fuese a ver a don Cándido y en la sacristía echó afuera todo su pesar. No le cogió de nuevas la noticia al clérigo y como su penitente insistiera en que le hablara al adúltero, consideró un deber decirle que lo creía inútil: el árbol estaba ya muy carcomido.

—¿Qué hago, entonces?

—Perdonar, hija mía, perdonar, que es prenda cristiana; porque supongo que no pensarás acogerte a esa ley endemoniada del divorcio que acaban de votar esos ateos en las Cortes.

—¿A mi edad?

—¿Entonces?

—¿Y si me fuese a Segovia?

—¿Con tu hermana?

—Sí.

—Por algún tiempo, tal vez no estaría mal.

—Me llevaré al chico; Agustín no tendrá nada en contra. ¿Quiere ir a verle y decírselo? A mí me daría vergüenza contarle esas cosas de su padre.

—Está bien.

—Pero ¿cómo es posible que un hombre tan bueno, tan cabal...? ¡Es que hay mujeres que no merecen vivir! Porque nadie me quita de la cabeza que ésa... bueno, ya me entiendes, es la que lo ha trastornado. ¡Pobre José María!

—¿Por qué no le hablas?

—¿Yo? Tú, sí; sería otra cosa.

—Ya te he dicho que sería inútil. Le conozco bien y hace años.

—Entonces, razón de más...; sabes que ha sido siempre un bendito de Dios...

—No, Camila —se tuteaban desde niños—, no. Mira, tu idea de irte al pueblo no es mala, no, no es mala. Probablemente él, al verse solo, recapacite y vaya a buscarte. Entonces no te hagas demasiado de rogar.

—¿Cómo va a vivir sin mí?

Tan ricamente, pensó el cura, sin equivocarse, y no hizo gestión ninguna.

A última hora, doña Camila tuvo que confesarle a su hijo la razón de su marcha. Fue una escena muy penosa a la que Agustín no podía poner remedio. Angelita no metió baza y se lo agradecieron.

Acompañaron a la viejecilla a la estación: tenía los ojos deshechos de la lloradera. José María, que tenía ya seis años, estaba tan callado y obediente como siempre. Prometió doña Camila venir con frecuencia a pasar el día con ellos. Dejó Agustín a su mujer en casa y fue a encontrar a su padre. La escena fue violenta y corta:

—No te metas en lo que no te importa.

—¿Cómo no me va a importar mi madre?

—Eso se acabó, y no por mi culpa.

—¡Es el colmo!

—Mira, niño; no te olvides que eres mi hijo.

—Vergüenza me da.

Don José María se alzó de hombros, dio media vuelta y se fue a la calle, felicitándose de haberse contenido las ganas de darle una bofetada a su retoño. Aquí paz y después gloria —se dijo.

Doña Camila se reconcomió en Segovia. Tal como lo prometió, hizo algún viaje para ver a su hijo y a su nieta. Llegaba en el primer tren y se iba al caer la tarde, cada vez más vieja y más sorda.

Tercera parte

1

Don Cándido Monterde era hombre de suerte. La tuvo desde que fue seminarista. Era, como toda su familia, de Escalonada del Prado, a unos treinta kilómetros al norte de Segovia. Malvivían del garbanzo, y peor porque eran muchos. Tocole a Cándido ser el segundo de una retahíla de nueve y caerle en gracia al párroco, añádasele gusto por la lectura y buena voz para el coro. No hizo falta más para que, andando el tiempo, viniera a ser el risueño sostén de todos los suyos, mientras no se metieran con sus libros, que entonces montaba en cólera y decía mil disparates, de los que luego se arrepentía compungido, secándose el sudor que le perleaba por la calva —que perdió desde muy joven el fino cabello rubio que le adornaba—. Ya dijimos que era regordete y de poca estatura, añádasele una nariz romana, una boca larga, muy dispuesta a sonreír, unos brazos cortos, unas manos redondas y unos dedos inquietos amigos de chasquearse los unos con los otros o de hacer sonetico en cualquier lugar plano, fuese mesa, respaldo de silla, revellín, libro cerrado, rodilla propia o ajena. Con la manga ancha —de esa particularidad sacó tajada, sin proponérselo—, más amigo de dejarse llevar por los acontecimientos que no esforzarlos y partidario decidido de la Divina Providencia: ésta nunca le abandonó. Aseguraba don Cándido que las bienandanzas caían del cielo, algo de ello hubo en su caso: tuvo ocasión, en su juventud, de albergar y salvar de responsabilidades a un infante de la familia real, que lanzó a una muchacha por una ventana; dos pisos eran y Cándido se la vio encima y no se apartó, fue mayor el daño sufrido por él que no por la ramerilla, que era de poco peso y además tan ligera de ropa que nada le añadía. Ya bajaba el aristócrata, dispuesto a la fuga, con el alma untada de remordimiento, que el arranque fue debido, decía, «a la sangre de los Borbones que corre a borbotones». Era ese don Fernando un botarate de buen fondo, a lo que aseguraba, pero capaz, como acabamos de ver, de las mayores barbaridades si creía que no se guardaba el debido respeto a su alcurnia. Bastó la negativa a uno de sus caprichos para defenestrar a la muchachilla. Mandóla de vuelta al piso, envuelto en su capa y atendió al seminarista que volvía de una lección de sánscrito que le daba a esas horas un canónigo medio impedido que vivía cerca de San Millán, a orillas del paseo Nuevo. Desde entonces no le faltó a Cándido el favor de la Casa Real que acabó llevándole a la biblioteca de Palacio y a la Almudena. Parte de su familia no quiso salir de Escalona, acrecidas las tierras; otra, entre ella su tía Eulalia, la amiga de Camila, quedó en Segovia mientras él vino a Madrid con dos tías y cuatro sobrinos. Una de ellas murió al poco de establecerse en la Corte, la otra le cuidaba como a las niñas de sus ojos. Los sobrinos crecieron, medraron, el uno como imaginero —especializado en San José—, otro puso una dulcería en la calle del Barquillo, el tercero cantó misa y el último biencasó con una beata de muchos más años que él y, ni que decirse tiene, con mucho más dinero. El escultor tenía fama ambigua y el dulcero llegó a tener —en convivencia con la fornida hija de unos mesoneros de la calle Reoyo— doce hijos e hijas como doce

soles. Con los años la biblioteca de don Cándido tomó proporciones de cosa mayor: llegó a reunir cuatro mil volúmenes de pura teología y mística de los siglos XVI y XVII. No que él fuese especialista en la materia pero tuvo ocasión de adquirir, a buen precio, los libros de un canónigo en trance amargo, y ese fue el cogollo de su biblioteca, no que despreciara otras obras y otros tiempos si la edición valía la pena —así estuvieran lejos de tener olor de santidad.

Era feliz entre sus papeles viejos y procuraba desentenderse de lo demás. Acababa de cumplir sesenta y seis años el 18 de julio de 1936. El alzamiento y sus consecuencias revolucionarias le supieron a hiel, no en lo político, que le tenía sin cuidado, sino porque ocho días más tarde le avisaron de la mitra que haría bien en esconderse «por algún tiempo», es decir, hasta que triunfaran los «buenos». Como don Cándido no carecía de sentido común le pareció que ese «algún tiempo» podía prolongarse más de la cuenta que se hacían algunos y pensó sosegadamente a qué puerto acogerse. Las casas de sus sobrinos no le apetecían gran cosa: no era goloso y doce chicos son muchos para un aficionado al sosiego y a la lectura, el santero le era antipático y el casado tan ricamente estaba en una de sus posesiones de la Sagra. Con su capa de seglar, que le sentaba bastante bien, se fue a la calle de San Bernardo a hablar del caso con su amigo Lucas, el librero de viejo; siempre se habían entendido comulgando en idéntico amor.

—Quédese, don Cándido; quedese aquí. Dormirá en el cuarto de mi finada y me puede ayudar, si quiere, a hacer el catálogo. No es usted el primero a que acojo, aunque sí de su bando.

—¿Qué bando?

Sonrió Lucas y halló la solución:

—El de los bibliófilos.

De sobra sabía Lucas que su amigo no era carca, ni dejaba de serlo. El catálogo era famoso, e iba a ser más completo que el nombrado de Palau; lo malo era que nunca se llegaba a imprimir; siempre salían nuevas fichas a intercalar.

—No tiene por qué bajar a la tienda, Pilar le hará compañía, el único que podría verle sería Agustín, pero creo que es hasta algo pariente suyo; de todos modos es de confianza y Ramón es como si fuese yo mismo. ¿Y su tía?

—Se queda cuidando la casa.

Y se quedó hasta el final de la guerra, encargada por la Junta de Protección del Tesoro Artístico de velar la biblioteca sobrinesca.

—¿A qué Agustín se refiere? ¿Agustín Alfaro?

—Sí.

—¿Desde cuándo le interesan los libros viejos?

—No, viene por Pilar.

Pilar tenía siete u ocho años más que Agustín, lo cual no tenía importancia — como no fuese para ella—. Era mujer un poco hombruna, como lo aparentan a veces las campesinas de buen peso en la ciudad o las vascas, cuando lo son de talla y fuera de su centro. Medía cerca de un metro setenta y su esqueleto estaba bien cubierto por todos lados. La cabeza pequeña, la frente ancha, los labios gordezuelos, la nariz graciosa y ojos brillantes, pelo abundante y recogido con cierta desmaña; ésta era, en general, la tónica de su manera de ser. Descuidada en el vestir y limpia como un oro, producto híbrido; niña, había asistido, en Barcelona, a la Escuela Moderna, fundada por Francisco Ferrer, en la que siempre descolló por su talla, desacostumbrada entre los mediterráneos. A su buen sentido campesino, a su buena fe vasco-navarra, se había superpuesto el ateísmo virulento de una educación libertaria y la falta —desde los ochos años— de su madre. Cuando, el año 12, Lucas se trasladó a Madrid, acababan de enterrarla en las faldas de Montjuich. A la casa de la calle de San Bernardo trasladaron los muebles de la alcoba de la difunta, donde se solía sentar un rato, por las tardes, el bueno del librero. Si el rito se convirtió en siesta es otro cantar, el del decurso de los años y las digestiones pesadas. Los recuerdos más lejanos e imborrables de Pilar están ligados a la Semana Trágica, a unos tiros, a unos incendios, a unas carreras por la calle, a conciliábulos misteriosos en los sótanos de la calle de Aribau.

En Madrid ya es ama de casa y de su destino, sabe de memoria las páginas de Kropotkine *a los jóvenes*, no que esté decidida a «trabajar en bien de la humanidad» pero le sería incomprensible estimar a quien no lo tuviese por la cosa más natural. Leyendo lo que quiere, el mundo no tiene secretos para ella —así lo cree—, sabe cómo se hizo y de su transformación, odia los convencionalismos y la hipocresía y asusta a cuantos jóvenes se le acercan. Estudia en casa lo que su padre, por las buenas, le indica y al cumplir los quince años tiene su primer amante. Nadie le quitó la bofetada que Lucas le pegó la noche del suceso en que ella, ufana, se puso a contarle su aventura. Quedó resentida y como lo acontecido no le había causado el menor gusto pasaron años antes de volver a las acostadas. Sentíase libre por efecto de su experiencia hasta que se enamoró perdidamente de Manuel Escalante, un perdido.

En ella dominó siempre un sentimiento maternal —quizá por la falta de su madre y el hecho de que únicamente la conociera impedida, sea por haber llevado el manejo de la casa desde que pudo, tal vez por su talla y peso—. Manuel tenía veintidós años, ella pasaba de los veinticinco, él era mal estudiante por propia voluntad, lo único en que la manifestaba. Pilar conocía, por la universidad inmediata, a multitud de jóvenes en mal de libros empeñados o vendidos, es decir, de pequeñas cantidades para pago de necesidades inaplazables —el billar, el café, la novia, otro libro, una matrícula, una excursión, una corbata, un desempeño—, ninguno le hizo el efecto que Manuel Escalante le produjo: fue una impronta, un hierro, quedó marcada. Era pequeño y feo

y andaba a salto de mata; su familia, de Soria, le mandaba lo estrictamente necesario para vivir y sus estudios. Manuel se quedaba tumbado en la cama, fumando. Comía poco, paseaba mucho, no pensaba nada. Estudiaba, es un decir, derecho, asistía a algunas clases de filosofía, pensó que tal vez le gustara más la medicina y anduvo por San Carlos un par de días, que le bastaron para desengañarle. Probó el trabajo manual, y fue camarero una semana. En el fondo él sabía lo que quería ser, y estaba seguro de que, tan pronto como se pusiera a ello descollaría sin dificultad. Manuel Escalante —se decía— ha nacido para ser actor. El chasco fue tremendo, se trababa y no tenía oído.

—¿Es usted pariente de don Eduardo?

Decía que sí, mintiendo, para alcanzar migajas. Pero no pasó de hacer bolos. Además era mucho trabajo y no tenía figura de galán, sí de tenor cómico. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Pensó en suicidarse el día en que se lo echaron en cara.

Se puso a robar libros, que le vendía a Lucas; de ahí su conocimiento con Pilar, que se los pagaba mejor que nadie. La llevó, una tarde, a un café de la calle de Preciados —espejos y sofás de peluche rojo—, casi en la esquina de la plaza de Santo Domingo, cerca de la casa de huéspedes donde vivía, en la calle de Tudescos.

—¿De dónde saca tantos libros?

—Los robo.

Conoce el paño y sabe que puede decírselo; añade:

—Lo necesito para vivir.

—¿Por qué no trabaja?

—No sirvo.

—Todos servimos para algo.

—La cuestión sería saber para qué.

—¿No tiene miedo de que lo cojan?

—No, los librereros son tontos. Además, están acostumbrados. De cuando en cuando compro alguno, los dependientes son amigos míos.

—¿Estudia?

—Poco.

—¿Qué quiere ser?

—No lo sé. Nunca lo he sabido.

Mentía, pero jugaba, dándose cuenta de la necesidad de proteger que afloraba por todos los poros de Pilar.

—Pero así no se puede vivir.

—Estamos de acuerdo.

—¿Entonces?

—Cuando me canse del todo me pegaré un tiro, y en paz...

Lo dijo por fanfarronear; pero era cierto.

—¿No quiere a nadie?

—Ni nada. Cuando era pequeño tuve un perro de aguas y me lo mataron a palos:

un borracho al que le ladró. Creo que, por eso, nunca me ha gustado el vino.

Su único vicio —si lo era—, fumar: encendía un cigarrillo con la colilla del otro.

—No fume tanto, le hará daño.

—A mí nada me hace daño.

—Pero así no se puede vivir.

—¿No lo está viendo?

—¿Y qué piensa hacer?

—Seguir, a ver si cae algún milagro.

—¿Cree en Dios?

—Es cosa que no me preocupa.

—¿Tiene novia?

—No.

—¿Entonces?

—Lo que cae.

—¿Del cielo?

—De los alrededores: no faltan.

—¿No se ha enamorado nunca?

—Supongo que sí: cualquiera es buena.

Quiere que Pilar se asuste, herir sus prejuicios aunque ya sabe que alardea de no tenerlos. Pero podía más la camisa rozada, el borde raído de las mangas, los lamparones.

—¿Quién le cuida?

—La criada.

—¿Por qué va tan desastrado?

—¿Me ve hecho un dandy?

—No, pero limpio, sí.

—Encárguese de ello.

—Si me deja.

—Yo me dejo, pero no me pida cooperación. Tome otro café. —Usted no tiene nada de tonto.

—No lo sé, es posible.

—Lo que le falta es alguien que le empuje, que le atienda.

—¿Quiere probar?

—Sí.

—Le advierto que le va a dar mal resultado.

—Mientras le aproveche...

—No creo que el agradecimiento sea mi cuerda.

—Nadie se lo pide.

—¿Le gusto?

—Creo que sí.

—¿Qué dirá su padre?

—Nada. Yo hago lo que quiero.

Aquello duró seis meses. A los tres, Pilar quedó embarazada, dos más tarde la llevó Manuel a la casa de un conocido suyo, estudiante de medicina, que con unas inyecciones, una purga, unos sellos de cornezuelo de centeno, la hizo abortar. Una tarde, al entrar la mujer en la oscura habitación de la calle de Tudescos donde vivía el estudiante, lo encontró ahorcado con su cinturón, pendía de una barra de cobre dorado de la cama deshecha.

Pilar se aguantó como las buenas. Al entierro no fueron más que ella, su padre y la criada de la casa de huéspedes. Al correr el tiempo y entrar Ramón al servicio de Lucas, dejó de aparecer por la librería.

Ramón era murciano y vino de Barcelona a esconderse. Había tomado parte en dos atentados, y en ambos salió herido, se salvó por casualidad y no le quedaron ganas de continuar. Era un hombre taciturno que hacía concienzudamente su trabajo. Se aficionó a leer libros cabalísticos, se mostraba partidario decidido del esperanto y de un más allá muy complicado; dormía en la buhardilla de la casa. Como la librería no cerraba a mediodía, subía a comer cuando bajaba Lucas, tras dormir su siesta. Al anochecer solían reunirse en la trastienda algunos bibliófilos de poca monta, de los que andaban a caza de gangas. Por el día desfilaban muchos estudiantes, algunos curiosos y varias personas conocidas. De cuando en cuando huroneaba los estantes Pío Baroja, con su boina; o aparecía Azorín con sus ojillos entornados y su cara de bobo de color subido. Pasaba con su paso menudo, las manos cruzadas en la espalda y su voz atiplada Enrique Díez-Canedo, que daba clases de francés por allí cerca; también iban por allí Núñez de Arenas, Luis Bello, José María de Cossío, con sus gafas empañadas, rechoncho, con tipo de cura; José Bergamín, siempre de canto, la cabeza hacia adelante. Ninguno de ellos era buen cliente: buscaban el libro raro, sin valor para la gente y no sabían nunca exactamente qué.

También aparecían por allí José Waldman, narizota, y Antonio Zaragozá, que no tenía más personalidad que el acento sobre la última *a*. Zaragozá era gallego y vivía de organizar banquetes. Cogía las ocasiones por los pelos, siempre al husmeo —en el Ateneo, los círculos, las academias, las tertulias—, de un nombre y una ocasión. Telefoneaba entonces a lo más granado del gremio —fuese pintor, arquitecto, diputado, novelista, dramaturgo, periodista— y con un par de firmas de prestigio íbase a Lhardy, al Ritz, al Palace o a un figón, según el momento y la calidad económica de los presuntos homenajeados, arreglándolo todo, y cobraba su comisión por adelantado. El doctor Marañón era la más segura de sus bazas, así no le fuera mal con los Ortegas. Zaragozá buscaba libros pornográficos.

A veces, se paraba Agustín a oír una discusión:

—Lo que usted quiere, don Pío, es suprimir de un plumazo lo que le molesta. Si pudiera convertiría el Mediterráneo en otro Cantábrico.

—Cada uno busca su acomodo. A mí me disgusta la vocinglería, los gestos teatrales, la oratoria.

—Pero no me negará que está en minoría. Al español le gusta el teatro más que nada y más que a nadie.

—Yo no tengo la culpa.

—Pero no es razón para que desprestigie a media España, y lo que es más curioso: la que está más cerca de compartir ciertas de sus ideas.

—No es cierto.

—¿Cómo que no? Levante es el único reino anarquista que podría existir, si le dejaran.

—Ese anarquismo no es el mío.

—Claro, usted prefiere el ruso, cuanto más sombrío, mejor. Pero esa España que no le gusta es veinte veces mayor que el país vasco.

Don Pío se alzó de hombros y empezó a hablar mal de Blasco Ibáñez. Agustín pensó que lo que le molestaba al autor de *Zalacaín* era el éxito del valenciano comparado con el suyo. Por otra parte, a él tampoco le gustaba la bullanguería de los levantinos, que se empeñaban en hablar dialectos rudos que no entendía.

—El catalán es un insulto —como decía don Práxedes Galeana, cliente suyo de la calle de Zorrilla—. Pero, tal vez, no dejara de tener razón Lucas:

—Por mucho que quiera olvidarse de ello, aquello cuenta.

—Desgraciadamente —murmulló don Pío yéndose.

Desde que Chuliá le llevó allí, Agustín recalaba de cuando en cuando por la librería, si le sobraba tiempo al ir o salir de su casa. Cada día le gustaba más Galdós y compraba, al azar, sus novelas. Un día le atendió Pilar, porque su padre había ido a pagar las contribuciones. ¿Qué le recordó en ella a Remedios? Difícil es decirlo, porque era un aire que nada tenía que ver con el tamaño, sí con la voz. Una tarde encontró allí a don Cándido que, ido el hombre, se deshizo en elogios:

—Es muy buen chico, como hay pocos. Se merecía más de lo que le ha tocado.

Pilar y Agustín se volvieron a encontrar, por casualidad, en Madrid-París, una mañana espléndida y fría del mes de enero. Tomaron un vermut en un café de la Gran Vía, cerca de la plaza del Callao. Pilar andaba por los cuarenta años, Agustín acababa de cumplir treinta y tres, aunque las canas le avejentaban. No se cansaba él de oírla hablar; dejando aparte que Pilar tenía opinión de todo.

—Yo soy un ignorante —decía Agustín— y ahora empieza a pesarme. Pero ya no estoy en edad de aprender sino de ir viviendo.

—Es usted muy joven.

—No por dentro.

Se hicieron amantes casi sin notarlos. Les pareció un complemento normal de su amistad. Por primera vez Pilar fue feliz, por el agradecimiento. Agustín descansaba en ella. Se acostumbró a ir todos los días a la librería, pero subía al piso, huyendo de la tertulia de don Lucas, que le fastidiaba. De cuando en cuando iban a un hotel cercano y pasaban allí la tarde. Lucas, como siempre, no decía nada. Agustín no existía para él, nada de lo que le importaba le interesaba al representante. Le parecía

absurdo que su hija tuviera amistad con un señor tan anodino. Lo aceptó como se transige con algo que no molesta. Aquello duró tres años: hasta la guerra del 36 y la presencia de don Cándido en los altos de la librería.

Con la revolución —la que se armó en julio— quien tuvo inmediatamente un puesto «imponente» —como decía él— fue Chuliá. No andaban sobrados los anarquistas de personas de calidad intelectual y el inventor tuvo en seguida entre sus manos un sinfín de organizaciones en el Gobierno de Aragón, a donde le llevó su amistad con algunos mandamases de la Confederación. Se hizo cargo de los más diversos asuntos, ya que de todo entendía; hizo proyectos fantásticos de escuelas y museos que recibieron la aprobación entusiasta de sus compañeros; de presas, de edificios, de aeródromos, de jardines, de fábricas de armamento; el llevarlos a la práctica fue otra cosa, pero, mientras tanto tenía tres automóviles a su disposición y una escolta de prestigio: ocho hombres armados hasta mucho más allá de los dientes. Era feliz, porque cada día se le ocurría otra idea «imponente» y se la aprobaban. Bastábale eso para pasar a otra. Iba y venía con frecuencia a Barcelona. Un día, cenando en el Hostalet, se fijó en Tula, y se fue con ella. A la mañana siguiente tropezó con Remedios al salir del cuarto de baño; no se asombró el inventor del encuentro: había tenido otros, tan inesperados.

—¿Os conocíais? —preguntó Tula.

—Sí. Nos vimos un par de veces en Zaragoza, ¿no?, y, otra vez, aquí. Por cierto que hace mucho tiempo que no veo a su hermano. Me lo encontré un día en Madrid, a poco de saludarla en el bar del Colón. ¿Se acuerda? Se lo dije y me hizo un sinfín de preguntas. ¿Sabe que se casó?

—Sí. ¿Cómo está?

—Será cómo estaba, porque ha llovido desde entonces. Bien, como siempre tan buena persona —y, dirigiéndose a Tula: Es poca cosa.

—No tanto, no se fíe de las apariencias —protestó Remedios: lo que pasa es que cuando alguien es capaz de algo grande, pero malo, todo el mundo habla de él, pero cuando se trata de algo bueno y que hay que callar, entonces...

—Nunca me dijiste que tenías un hermano —apunta, extrañada, Tula.

—Es Agustín.

—¡Ah, vamos! Haberlo dicho antes —ríe—. No está mal: tu hermano.

—¿Qué pasa? —pregunta extrañado Alberto.

—Nada, bromas de ésta —explica Remedios—. ¿No esperabas encontrarme aquí? —Lo tutea porque lo requiere el oficio y los tiempos.

—No. Has cambiado.

—No lo sabes bien.

—Pero mejorando aquel presente.

Remedios ha ganado en el mal cambio. Sabe arreglarse y poner en primer término lo que le favorece, que no es poco, y hasta juraría Alberto que ha rectificado la línea de su nariz.

—Nada le dije de eso a tu hermano. Supuse que no le gustaría... que gustases tanto.

—Hiciste bien. Es un alma de Dios. ¿Vives en Barcelona?

—No. Voy y vengo. Tengo un trabajo imponente, mando a más de tres mil hombres, y dentro de poco ocho mil: voy a reforestar todas las laderas de los Pirineos. Mañana me voy a Llivia y a Puigcerdá.

—¿No podrías traernos mantequilla y tabaco?

—Lo que queráis. Yo os resuelvo cualquier problema... ¿Y tu chico?

—En Segovia, con... su abuela. Hace un año que no sé nada de él. Estoy preocupada.

—Eso te lo arreglo yo en seguida.

—¿Cómo?

—Tú no te preocupes, eso es cuestión mía. Dame la dirección y ya verás.

Que Chuliá es de esa conformidad: todo lo puede, o, por lo menos, así lo cree y lo promete. Si luego no cumple no es por mala voluntad, sino porque se le presentan otros quehaceres u otras promesas. Entonces inventa y miente aduciendo inesperados contratiempos; pero que no se preocupen: eso lo resuelve él en seguida. Por algo es amiguísimo de los que todo lo pueden, sean quienes sean.

3

El asedio de Madrid no cambió la vida de Agustín, visitaba a sus clientes y aun servía pedidos, procurando cambalaches cuando la mercancía escaseaba. Consiguió una vez ir a Ibi, con un camión que llevó heridos a Alcoy, y lo trajo lleno de juguetes. A medida que la vida se hizo más difícil empleó parte de su tiempo en abastecer su casa de lo indispensable. Él, como todos, se acostumbró a los bombardeos y a la escasez.

Su tragedia era la de sus suegros, que nunca quisieron bajar a un refugio, ni siquiera apartarse de su casa por miedo de que un obús o una bomba destrozara el piso y echara a volar su fortuna. Don Marcelino seguía componiendo relojes pasando un miedo de los demonios. En el invierno del 37, Agustín convenció a Angelita para que se fuese a Ibi, a casa de don Francisco, el fabricante que representaba y con quien tenía excelente amistad. Intentó que la acompañaran los relojeros, pero no hubo manera de convencerles: ellos no salían de su casa. Angelita y la niña salieron una mañana fría, en un autobús, con otros evacuados. Agustín se quedaba para cuidar la casa y el negocio. La criada de turno se fue con la «señora». Agustín, solo en Madrid, se pasaba el tiempo en la librería, donde no se podía dar un paso. Los bombardeos habían destrozado muchas casas y, entre los escombros, se encontraban volúmenes, desaparecidos los más, pero que formaban montón. Eso sin contar algunas bibliotecas que Lucas compró sin fijarse mucho —más que a solas— de dónde provenían. El librero y don Cándido dieron en discutir largo y tendido acerca de la guerra, sus causas y remedios. Ambos latinistas traían a cuento toda su erudición en favor de teorías dispares. Allí de la guerra justa y su contraria, del derecho a la rebelión, de la justicia y la libertad; de día y de noche.

Fue la época más feliz de la vida de Agustín, Pilar le cuidaba como a un hijo, y él se dejaba querer queriendo. El recuerdo de Remedios le servía, difuso en la voz de su querida, como de un sostén ligero. La guerra le obligaba a una vida más cerrada y a un interés mayor por los sucesos diarios, hasta que el 30 de noviembre de 1938, un obús mató a Pilar, mientras hacía la cola del carbón: una guija de nada que le penetró por el occipucio.

Por primera vez salió don Cándido a la calle. Fue un entierro terrible; hacía mucho frío, y el cañoneo a la espalda. Lucas consiguió una caja decente y un carromato. Había grandes nubes cárdenas y caían algunas gotas. El librero y el cura tuvieron una trifulca porque Lucas se dio cuenta de que don Cándido rezaba. Agustín, las manos en los bolsillos del gabán, envuelto a más no poder por una bufanda que Pilar le había hecho, de punto de media, plantado ante el nicho, no pensaba en nada: le dolía la cabeza, como si le hubiesen decapitado. Los viejos, después de consultarse con la mirada, no se despidieron; le dejaron allí y Agustín tuvo que volver a pie.

Se encontró solo. Por primera vez en su vida, completamente solo. Con poco que hacer y sin nadie a quién hablar. Hubo su madre, Remedios, Angelita, Pilar; amigos

de verdad nunca tuvo, siempre acogido a regazos femeninos. Ahora se daba cuenta de ello. Intentó pasear con algún conocido, adherirse a la tertulia de un café, pero se aburría horrendamente: ¿Qué estoy haciendo aquí? La casa estaba fría, el lecho matrimonial demasiado amplio, se sentía recortado por todas partes, como si, de pronto, le hubiese salido una corteza a flor de piel que le separara de todo. Su madre en Segovia, Remedios, Dios sabe dónde; Angelita, en Ibi; Pilar, muerta; él, vacío. Vacío y adolorido, flotando al azar de la ciudad asediada, sin interés por cosa alguna, ni siquiera por las noticias o el abastecimiento. Se descuidó: cuando hacía demasiado frío, no se lavaba; pasó tres días sin afeitarse, cosa inaudita, que siempre fue atildado. Le faltaba saber qué quería. Dábale vueltas a sus recuerdos, no deseando nada. Remedios le crecía adentro, como una hiedra. Volvió a la calle del Peñón. Paca y Petra estaban demasiado ocupadas con los problemas cotidianos para hacerle caso. Sus hombres estaban en la guerra.

—¿Y usted por qué no?

—Me declararon inútil.

El Canillas venía a menudo, del propio frente de Madrid. El señor Rafael, el *Gorra*, peleaba en Extremadura, donde acababan de ascenderle a teniente.

—Parece un alma en pena —le dijo Petra, a Agustín—. ¡Haga algo, hombre!

—¿Qué?

—De enfermero o lo que sea.

Pero no quería hacer nada. Una tarde, con el bombardeo formando cielo (éste cayó por Bravo Murillo, éste por Chamberí, éste no andará lejos de la Puerta del Sol...), vinieron con la noticia de que habían matado al Canillas. Petra no dijo una palabra, se dejó caer sentada en una silla. Paca soltó una blasfemia, Agustín creyó su deber intentar consolar a Petra; la mujer levantó la cabeza, le echó una mirada feroz y pronunció en voz baja: Váyase y no vuelva; usted trae la negra.

Agustín dio media vuelta y se marchó. Anduvo largo: lo sabía, sí, él traía la negra. ¿Y qué podía hacer? ¿Quién tenía la culpa? Su padre, sí, su padre. Matarlo. Matarlo ahora mismo, ahí, contra el bordillo de la acera.

No volvió por la librería, entre otras cosas porque movilizaron su quinta y aunque, en su tiempo, era cierto que le habían declarado inútil, le mandaron ahora a un batallón de fortificaciones, en la provincia de Cuenca. A su gran sorpresa se encontró a su padre, encargado del abastecimiento del IX Cuerpo de Ejército.

—¿Tú por aquí?

—Ya lo ve.

—Voy a pedir que te afecten a mi oficina.

—No quiero.

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

—Estarás bien, no te faltará de comer.

—No quiero.

—Pero ¿por qué?

—Porque no quiero volverle a ver la cara.

—Está bien.

El batallón estaba formado de seres inservibles para las armas y de gente de mal vivir, enviados allí en castigo de sus intemperancias. El trabajo era mucho y se hacía lentamente. Cavaban trincheras por el monte y dormían hacinados en barracones y tiendas de campaña. Se hablaba poco y mal de todo.

Agustín hubiese podido librarse de ser llamado a filas recurriendo a Zaragoza, que al enterarse se le ofreció, amigo como seguía siendo de hacer favores que lograba, gratis, capitalizando agradecimientos banqueteriles. Conseguía pequeñas prebendas y repetidos favores de algunos intelectuales bien colocados en muchos ministerios. Agustín no quiso. La muerte de Pilar le dejó convencido de que había nacido con mala suerte. Esta seguridad —que a su vez le aclaraba los avatares de su vida— debíasela a Ramón, el mozo, que le hizo su horóscopo y leyó concienzudamente en las líneas de su mano: las estrellas le eran contrarias, ¿qué hacer contra ello? Nada predisponía a Agustín a dejarse llevar por las corrientes esotéricas, pero sus desgracias le dolieron menos cuando se acogió a los hados. No dejaba de reírse de ellos Jaime Borrás, el *Tellina*, cuando llevado de la mano por la oscuridad de las largas noches de invierno fue contándole —a trozos— los tristes acontecimientos que le tenían sumido en la indiferencia. Se contentaba con el rancho, que era malo; por el contrario el Tellina y Sebastián Correcher, que parecía servirle, se agenciaban suculentos extraordinarios —sardinas, jamón, chorizo y pan—. Como dormían juntos, la promiscuidad ayudando, a los pocos días partieron sus bienes con él incluyendo un par de mantas que —unidas a las suyas— les cubrían por la noche, apretados los tres sobre las de Correcher, tendidas en el suelo. El Tellina había encontrado inmediatamente el modo de no hacer nada, inventándose un puesto de vigilante; tenía cierto brillo en los ojos que se imponía a cualquier interlocutor, no dando ganas de contradecirle. Por el contrario, Agustín no le huyó al trabajo. El cansancio le parecía un remedio. El andar y más andar, creyendo que no es posible un paso más, sintiendo que no se puede con otro, y darlo; el estar seguro de que era el último y, sin embargo, no serlo, le sacaba de sí fijando todos sus sentidos en su cuerpo maltrecho. Tener la espalda rajada de arriba a abajo, los brazos deshechos, los hombros molidos, y andar. Desear caer fulminado por un rayo, estar pensando en tirar la pala y el pico por la suave vertiente de un barranco —insuficientemente profundo para desplomarse por él— y acabar de una vez; no tener fuerza para echar a correr, desear a cada momento tumbarse y descansar, y hacerlo porque ni los cabos ni los tenientes tenían, en esa formación anarquista, arrestos para imponérselos. Dormir como un tronco y seguir en la brecha al día siguiente. Abrir trincheras, darle a la pala —dolor agudo en la espalda, quemaduras en los hombros y en las manos; rotos los riñones: pegar un golpe con el pie al borde superior del apero, hundirlo en la tierra guijosa, dura, que se resiste—. Trincheras ¿para qué?, ¿contra quién?, ¿contra qué?

Contra él mismo. Menos mal que era invierno, que le dicen que en verano fue peor. Cuando llueve se resguardan donde pueden, a esperar que amaine. Sí, la guerra. ¿Qué tiene que ver él con la guerra? ¿No tenía bastante con lo suyo? ¿Qué le va ni le viene? ¿Seguir como antes? Tampoco. Ni como antes, ni como ahora. Que le dejaran solo con Remedios. ¡Remedios! Nunca tan lejos ni tan cerca. ¡Qué cansancio! No se siente, o sí: las manos que le queman; pero, a pesar de ello, se duerme y no sueña, que así es la laxitud, la fatiga; se siente rendido, sin fuerzas, entregado a lo exterior, y es su consuelo. Se le enconaron las ampollas y el Tellina consiguió que le nombraran cartero de la compañía.

Así conoció a Dolores, la hija de Juan el *Carcamalero*, dueño de la única tienda del lugajero más cercano al campamento, al que unos llamaban Santa María y otros —desde el principio de la guerra— el Portazgo, quién sabe por qué. No pasaba el comercio de cuchitril donde se vendía un poco de todo y malo: desde alfileres hasta velas pasando por pañuelos y chocolate. Hacía pocos años, en la puerta, lucían su plata y su azul cerúleo unas sardinasapestosas y apretadas que espachurradas en el quicio de una puerta y, a veces, asadas, sabían a gloria entre el pan moreno que cada semana vendía el Carcamalero, viejo renqueante y asmático, con una eterna gota tornasolada pendiente de la afilada nariz que intentaba sorber o restregar con la manga, sin mayor éxito. Dolores servía para todo y todo lo hacía sin palabras. Era una muchacha pequeña y flaca con ojillos endrinos que lo miraban todo con rencor, unos ojos inverosímilmente pequeños; el pecho hundido; sin caderas, los numerosos refajos al no tener dónde sostenerse se le escurrían; se los subía y resubía con constancia digna de mejor causa. Barría, lavaba, trasegaba de sol a sol. Su amor iba, entero, a una coneja. No hablaba, entre otras cosas, porque carecía de palabras: nadie se las había enseñado y no parecía oír más que lo indispensable. A Agustín le dio lástima; en sus horas libres, cuando esperaba el correo y éste tardaba, empujado por su hábito comercial, se puso a ayudarla tras el mostrador. El viejo no se lamentaba más que de la falta de tabaco; valiéndose del Tellina, Agustín le consiguió un paquete de tagarninas: bastó para todo; desde ese día pudo considerar la misérrima tienda como suya, lo que no era gran cosa. La falta de existencias llegó a tal punto que ya nadie se asomaba a la puerta, única fuente de luz del tugurio. Tal vez llevado por la propaganda gubernamental, que se reflejaba en algunos carteles pegados en el campamento, Agustín dio en enseñarle a leer a Dolores:

—¿Para qué?

—Para que te enteres.

—¿Para qué?

—Para que puedas leer.

—¿De qué? Yo ya sé lo que necesito.

Era la frase más larga que le había oído. Bastábale «sí», «no», «ya voy», o «no hay», y los precios, en escuetos reales, para despachar con su mundo.

Agustín pensó que tenía razón; pero, ya que no tenía otra cosa que hacer porfió:

—¿No tienes ganas de enterarte de lo que pasa por el mundo?

—¿Para qué?

—Tienes razón, no vale la pena.

Un día le preguntó si tenía o había tenido novio.

—No.

—¿Y no quisieras tenerlo?

—No.

—¿Por qué?

Dolores lo miró con odio y estuvo tres días rehuyéndole.

—¿Qué pasa con la chica? —preguntó al Carcamalero. Éste se encogió de hombros y no le contestó. Agustín comprendía que algo se alzaba contra él y esos pobres; tal vez la miseria, y el campo estéril que los rodeaba: él era de la ciudad.

La callejuela de la aldea era una pocilga, el agua escurría sucia entre pedruscos renegridos; hacía frío y llovía sin cesar por aquellos días. Agustín se sentaba en una silla baja, cerca de la puerta, los pies sobre la tierra apisonada y lodosa y miraba caer el agua y se sentía más miserable que nunca. El Carcamalero le hablaba de la guerra.

—Eso que quieren ustedes no se podrá nunca...

—¿Qué queremos?

—Eso de una República.

—Pero ¿no la tenemos?

—Eso dicen, pero yo no lo creo. ¿De qué iban a vivir los pobres si no hubiese ricos?

—Pero hay ricos demasiado ricos.

—Nunca se es bastante rico. Y siempre habrá quien mande.

Y llevaba su brazo derecho a la altura de la nariz y sorbía el moco al tiempo que pasaba el antebrazo de su largo apéndice.

—No le dé vueltas. Y si no, ya lo verá, ya lo verá.

Agustín no sabía qué contestar. Miraba caer el agua y pensaba que había algo que no era como debía ser y que eso mismo le pesaba en los hombros. Cuando escampó se puso a ayudar a Dolores a cortar leña en el corral. No daba pie con bola y la muchacha le miraba con lástima.

—No sabe.

—No.

Ella le apartó en un santiamén.

—Me tienes que enseñar.

—Eso no se enseña.

—¿A ti no te enseñó nadie?

—No.

A veces Agustín se ponía a pensar que lo que le convenía era quedarse a vivir así, en un pueblo. En seguida se desengañaba.

Iba y venía del Portazgo al campamento, aburrido, sin pensar en nada. A veces, miraba los montes y se acordaba de su madre, que debía estar más allá, del otro lado, en Segovia; y de Remedios. Sí, de Remedios, qué había sido su vida.

—Usted, ¿qué era? —le preguntó un día el viejo.

—Representante.

—¿De qué?

—De comercio.

—¿Algo así como viajante?

—Sí.

Dolores, que limpiaba el estrecho mostrador carcomido, le miró con interés. A los dos días le preguntó:

—¿Usted es viajante?

—Más o menos.

—¿No conoció a Rafael Gómez?

—¿Un viajante?

—Sí.

—¿De qué?

—De todo. De quincalla, de una casa de Albacete.

—No. ¿Por qué?

—Por nada.

La chica se fue, como cansada de tanto hablar. Agustín la miraba pensando en que todavía había muchas gentes más infelices que él. Se acordó de la fábula famosa, pero no lo consoló gran cosa. ¿Quién era Rafael Gómez? Supuso que un cosario, o algo por el estilo, que había enamorado a la muchacha. Se lo preguntó, al desgaire, al viejo. Éste lo miró y se alzó de hombros.

—¿Usted le conocía?

—No.

—Mejor.

—¿Por qué?

—¡Bah! Historias que no le interesan a nadie.

—No, ni a mí —se decía Agustín. Y, sin embargo, pensaba en ese Rafael Gómez, que había seducido a Dolores.

—Ese Rafael del que me hablabas el otro día, ¿quién es?

—No sé.

—¿Cómo no sabes, si fuiste tú...?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—No.

Y se fue. Agustín no conocía a nadie en el lugar y no quiso preguntar nada a dos viejos, que eran los únicos que le saludaban al paso, todos los días.

Un día, al trasponer el alto que separaba el lugar del campamento, entre dos luces, apercibió en la hondonada a Dolores, que se perdió entre unas carrascas. La siguió de lejos y la vio entrar en una capilla ruinosa en la que nunca había reparado; hacia ella iba cuando dio de cara con la muchacha, ya de vuelta.

—¡Hola!, ¿de dónde vienes?

—De ahí.

—¿Qué hay?

—Nada.

No insistió, caminaron callados, de consuno. Hacía frío y las nubes cárdenas

corrían a ras del camino, arrastrándose por las faldas de la sierra que se les enfrentaban.

—¿Fuiste a rezar?

—Sí —lo dijo en seguida, como para dejarle satisfecho—. ¿O es malo?

—No, mujer, no. A mí me parece bien.

Dolores fijó en él los ojos, pura pupila negra, como si no lo creyera.

—¿No lo crees?

La muchacha se alzó de hombros. Cruzáronse con Correcher y las bromas menudearon a la noche.

—Hombre, no lo niegues. Además basta que tenga faldas, así hasta un palo es bueno. Lo que importa es levantarlas.

—No seáis mal pensados.

—¿A eso llamas tú pensar mal? —le dijo sonriendo el Tellina—. ¡Pues, hijo, no sé qué será lo contrario...!

—Si es una infeliz.

—¿Y qué? ¿O es que le falta lo que a las demás?

Agustín dio media vuelta y se hizo el dormido. De pronto, el tono de la conversación, que era el cotidiano, le dio asco.

—Déjalo —remató riendo Correcher—, estará cansado.

Al día siguiente, Agustín se acercó a la capilla, de la que sólo quedaban tres paredes. El suelo, lleno de pedruscos y cascotes desde hacía años y años, estaba invadido por malezas; bajo lo que debió haber sido altar había una tela metálica y, allí metida, una coneja grande, de morro movilísimo, largas orejas dulces y ojos asombrados, una coneja parda, con el vientre blanco, que le miró sin asustarse, asombrada.

En las paredes había, medio borradas, inscripciones procaces.

Agustín no le dijo nada a Dolores de su descubrimiento, pero ella lo supo, con sólo verle sonreír. Algunas tardes fueron juntos a la capilla del Espíritu Santo, Dolores cogía la coneja entre sus brazos y la acariciaba. La suavidad de su pelo, sobre todo de las orejas, la compensaba de otras, que no había conocido.

—La traje aquí, porque habéis acabado con todo.

Con todo no —pensaba Agustín—, sin atinar qué quería decir.

Su vida, en el campamento, no añadía novedad. En los ocho meses que pasó Agustín allí sólo hubo dos sucesos que merecieran el calificativo de tal. Una mañana, al frente de una recua, bien vestido, bien afeitado y peinado se presentó un joven con uniforme de comisario. Se cuadró ante el Padre Benito y declinó su identidad: Javier Barroso, comisario que venía a servir a sus órdenes. Algo refunfuñó el viejo anarquista que aun siendo del mismo cuerpo no acababa de ver su utilidad. Señalaron alojamiento al recién llegado y éste empezó a descargar su impedimenta, que era muy voluminosa.

—¿Qué traes ahí?

—Libros, folletos, carteles...

—Tú, ¿qué eres?

—¿Yo? Comunista.

—Mira, joven —le dijo el Padre Benito— aquí vivimos en paz y armonía y hacemos lo que podemos gracias a que llegamos a un acuerdo con todos... Aquí hay de todo, como en botica: anarquistas, republicanos, socialistas y otros que no saben lo que son; respetamos las ideas y si tú eres comunista, santo y bueno, pero lo que no toleramos, ni toleraremos es que se haga propaganda de ninguna especie. Éste es el acuerdo. ¿Entendido?

—Pero, es que...

—No hay pero, ni perro que valga. Y ya lo sabes, si te quieres quedar, te quedas, y si no por donde viniste te vas. Aquí paz y después gloria...

—Pero...

—Mira, hijo. Si te cojo haciendo propaganda, te fusilo.

Javier Barroso, que tenía veinte años, se cuadró, saludó, dio media vuelta y se fue a su chabola. Acababa de aprobar el sexto año de bachillerato cuando el alzamiento, era hijo de familia acomodada, madrileño y de la FUE. Estuvo en el Guadarrama y en Teruel, donde una bala en el codo derecho le inmovilizó el brazo. Ahora le mandaban de comisario y estaba decidido a llevar a cabo su misión, contra todos los pesares. Habló con los demás y encontró a dos camaradas o ex camaradas, para ser más exactos. Éstos intentaron quitarle de la cabeza su afán proselitista, en vano.

—Tú, ¿qué eres? —le preguntó a Agustín.

—¿Yo? Republicano.

—¿De qué partido?

—De ninguno.

—Muy bien. ¿Quieres ayudarme?

—¿A qué?

—A meter algunas ideas en la cabeza de éstos.

—¿Qué ideas?

—La necesidad de resistir.

—Yo creo que todos están convencidos.

—De la unidad...

—Eso ya es otra cosa. Aquí cada quien tira por su lado.

—Ahí está el mal. De esa manera nunca ganaremos la guerra. Y hay que ganarla.

El Tellina, que escuchaba, le espetó:

—¿Por qué no estás en el frente?

A Barroso le hubiese sido fácil y provechoso alardear de su herida, pero no quiso, por honestidad:

—Porque me han enviado aquí.

—Aquí lo que hace falta es gente que sepa cavar. ¿Sirves para eso?

—Hay cosas tan importantes, o más.

—¿Cuáles?

—Estar convencidos de que...

El Tellina se levantó y se fue.

—Ayúdame —le dijo Javier a Agustín.

En un dos por tres organizó el comisario su mural, pegando carteles, periódicos y dibujos y se puso a distribuir folletos, con la mejor sonrisa. A la caída de la tarde, reunió a cuantos pudo en el centro del campamento, que había llegado a tener cierta forma de plazoleta, se subió en un cajón y empezó a arengarlos. A los cinco minutos se presentó el Padre Benito, con dos hombres.

—Óyeme, joven. Ya te prevení, así que hazme el favor de bajar de ahí.

—Pero, es que...

—Mira, joven «pero», aquí no hay peros, ni peras. O bajas, o te bajan.

—Pero, usted mismo es comisario...

El Padre Benito ordenó a sus hombres que llevaran el emperrado al almacén, que servía de calabozo. Lo encerró después de decirle: Ya te lo advertí. Mañana te fusilo, por insubordinación.

Por la noche, con permiso de su superior, Agustín le llevó algo de comer al chaval.

—Pero, oye, ¿el viejo habla en serio?

—No lo sé. No creo.

—Pero ¡es una vergüenza! Yo cumplía con mi deber.

—Sí, pero por lo visto, aquí lo entienden de otra manera.

—Hay que avisar al comisario general.

—¿Quién?

—¿No puedes ir tú?

—¿Yo? ¿Con permiso de quién? Yo soy el cartero. Lo único que puedo hacer es hablar con el Padre Benito.

Lo hizo. El anarquista le aseguró que sólo había querido dar un ejemplo: lo tendría encerrado un par de días y luego que hiciera el joven lo que más le acomodara; ahora, eso sí: si reincidía iba a ser otro cuento. De todos modos ahora

reuniría a toda la compañía y expondría el caso, a ver qué resolvían entre todos, que ése era el modo de llevar los asuntos en el IV Cuerpo de Ejército.

—Bueno, compañeros, ya estáis enterados de lo sucedido con ese comisario que nos mandaron. Aquí, como estamos todos convencidos, no se admite propaganda de ninguna clase. ¿Estamos de acuerdo?

Los síes no se hicieron de rogar.

—Ya habéis visto que lo he metido en el calabozo, ahora, ¿qué hacemos con él?

La respuesta fue tan unánime como la anterior:

—Fusilarlo.

El Padre Benito, se estiró el lóbulo de la oreja izquierda, que era su manera de demostrar preocupación.

—Bueno, compañeros, bueno. Pues... mañana al amanecer. Pero...

—¡Ah! —dijo uno—. ¿Tú también vas a empezar con peros?

Correcher y Agustín fueron a hablar con el Padre Benito.

—Oye tú —le dijo el valenciano—, me parece que es demasiado...

—Yo se lo advertí.

—Ya lo sé, pero...

—Con peros no vamos a ganar la guerra.

—Fusilando camaradas, tampoco.

—Ése no es camarada. Si mandaran ellos, de nosotros no iban a quedar ni los rabos.

—Pero primero hay que ganar la guerra —dijo Agustín.

—¡Mira la mosca muerta!

—Bueno, me parece que es de sentido común.

—Además —dijo Correcher—, ¡menudo lío se armaría! Son capaces de venir.

—Sabríamos recibirlos. ¿Quién manda aquí?

—¡Yo! ¿Qué le ordené? Que no hiciera propaganda. ¿Me desobedeció o no?

—Si eso no lo discutimos.

—¿Entonces? ¿Cuál es la pena para un soldado que desobedece en el frente?

—Hay desobediencia y desobediencia...

—Aquí no hay más insubordinación y rebeldía.

—No fastidies.

—No fastidio, fusilo. No me vengáis con monsergas y, ¡a dormir!

El Padre Benito fue a visitar a su prisionero.

—En buena te has metido, ¿por qué no me hiciste caso? ¿Soy tu superior o no? Ahora, tú mismo dime, a insubordinación frente al enemigo ¿qué pena le corresponde?

—A mí me mandaron aquí a levantar la moral de la tropa. Éstas fueron las órdenes que me dieron en el Comisariado General.

—Me cisco en el Comisariado General.

—Entonces a quién habría que fusilar es a usted.

El Padre Benito estaba de vuelta de muchas cosas y el muchacho le era simpático:

—Te vas a largar ahora mismo, y no vuelvas a poner los pies aquí. Y dile al compañero comisario general que no queremos comunistas en esta compañía. ¿Está claro?

—Como el día. Pero si me mandan volver, aquí me tendrá.

—No te lo aconsejo. Y ahora lárgate. Por ahí llegas en media hora al Portazgo, en dos horas estás en la carretera.

Nadie se asombró mucho al ver la puerta abierta al despuntar la aurora, una aurora sucia y gris.

Fue el comandante del Grupo del Ejército el que mandó llamar al Padre Benito. Éste reunió a seis hombres, los armó con naranjeros y bombas de mano y fue a Minglanilla. El Tellina, con quien habló a solas, se negó a acompañarle: Yo ya no estoy para estas cosas.

El viejo no insistió.

El Padre Benito llegó al Comisariado General a media mañana. Le conocían muy bien y algunos se apartaron de los alrededores del caserón con tal de no saludarle. A lo más, algunos vagos: ¡Hola! ¡Salud!

Hacía frío, a pesar del sol; la tierra estaba dura, todo parecía viejo. En el portón intentaron detener a su acompañamiento, le dijeron que entrara solo:

—Éstos vienen conmigo, si no pasan me vuelvo.

Los seis hombres llevaban, ostensiblemente, bombas Laffitte en las manos. Así llegaron, encuadrando al ordenanza que los debía anunciar, al despacho del comisario general. Era una habitación amplia y destartalada, con vigas oscuras; en un rincón, una deslucida mesa de pino, unas cuantas sillas medio cojas.

—Te he mandado llamar para que me des una explicación detallada de tu inconcebible conducta. Pero, primero, que salgan estos hombres.

—Vienen conmigo.

—Que salgan y que te esperen afuera, en la plaza.

—No salen.

—¿Quién manda aquí?

—Tú serás jefe de unidad, pero yo también. Luego soy tanto como tú. Y si he venido es para que veas que no es desprecio, y que no tengo miedo. Nosotros hacemos la guerra como creemos que debemos hacerla. Nos dijeron que a cavar trincheras, pues se cavaron las trincheras. Pero sin propagandas, ¿eh?

—Ahora mismo te llevas al comisario Barroso y le das toda clase de satisfacciones ante la tropa.

—Porque tú lo dices... Y, bueno, ya me has visto, que es lo que querías, ya vine y ya me voy. A tus órdenes. Compañeros, andando que es gerundio.

Y como habían entrado, se fueron.

—¡Quietos! —ordenó el comisario general a los suyos—. ¡Quietos! O habrá una sarracina. Dejad que se vayan e id en seguida por ellos, en la carretera.

El Padre Benito y los suyos traían una carcacha; a un kilómetro de la salida del pueblo, en el primer recodo, mandó poner pies en tierra y dispuso sus hombres a ambos lados de la carretera. Tan pronto como aparecieron los dos automóviles del comisariado, abrieron fuego. Los apresores no insistieron, dando media vuelta.

En el campamento, aquello se celebró como una gran victoria. Agustín le preguntó al Tellina:

—Así, ¿cómo quieres que ganemos la guerra?

El Tellina se alzó de hombros. Agustín, que había visto y vivido la guerra de Madrid, comprendía que aquello acabaría mal.

5

Historia de Tellina

El Tellina era valenciano, hijo de una vieja muy apañada, blanca, con el pelo de plata, que tenía un puesto —una *paraeta*— de *tellines* en el mercado de San Juan. La *tellina* es una almeja amarillenta y con los bordes morados, sabrosísima guisada con cebolla y tomate. Dos hijos mayores, dos muchachos muy serios, muy honrados y ebanistas de lo mejor, que trabajaban en un taller de la calle San Vicente, frente a la de Troya; los dos casados, con mucha familia y más por delante y, aun ganando buenos jornales, no podían ayudar gran cosa a su madre. El Tellineta era mucho más joven que sus hermanos, bonito, *como un niño Jesús*, pequeño, muy bien formado, tenía una voz agradable, suave, la sonrisa siempre en los labios; a más de inteligente, listo: una ardilla. Fue niño mimado. Le mandaron, durante unos meses, a la Escuela Moderna, pero no pudo continuar asistiendo a las clases porque cada día, a las cinco de la mañana, tenía que levantar la *paraeta* de su madre. Fue creciendo al azar del mercado, que no dejaba de ofrecer numerosas oportunidades al mozo. Tendría dieciséis años cuando se enamoró de la hija de una planchadora de la calle de Cuarte, cerca del Tros Alt. Era una jovencilla menuda, de pelo castaño con reflejos dorados, guapa y tierna. La madre, todavía de muy buen ver, se había casado, en segundas nupcias, nadie sabe si muy católicas, con un valiente de los tiempos de Blasco Ibáñez, barbero en la calle de Guillén de Castro, esquina con la de Murillo, frente a las Torres de Cuarte. La planchadora trabajaba de las seis de la mañana a las once de la noche, sobrábale faena porque era notorio su gusto y habilidad para charolar pecheras y lucirse en el plegado fino de las camisas de torero; su hija la ayudaba con maña.

La barbería era pequeña, con batías doradas luciendo al sol, cuando lo había, que era casi todo el día, porque siendo esquina cuando no daba de un lado, pegaba del otro; unos toldos listados de los que se suben y bajan como una visera, protegían las puertas. El Botiquer, que así llamaban al maestro, seguía ejerciendo el oficio que le diera fama, hacía años, entre los gitanos que se acogían al lecho del Turia —caldereros a lo clásico y tratantes de ganado de muy segundas manos— y en las varias timbas abiertas por aquel entonces en Valencia. No engañaba a nadie con su aire de matón, echado para adelante y pidiendo guerra, su *gaiato* siempre a mano, hecho de rodajas de naipes y con alma de hierro. El Tellineta se le presentó una media mañana, muy apañado, muy bien peinadito, con la raya al lado sacada con tiralíneas y un sombrero de paja en la mano. Corría un airecito tendral, de los de la tarde, un *garbí* que daba gloria. Sin inmutarse hizo presente el chaval su pretensión amorosa, con todas las de la ley. Sonrió el barbero con aire de suficiencia, requirió el bastón sin darle importancia, miró al pretendiente de pies a cabeza antes de dictaminar:

—¿Sabes con quién estás hablando? Para casarse con una hija mía, que aunque no lo es, es como si lo fuera, hay que hacer muchos méritos, jovencito...

No acababa de hablar cuando el Tellina le roció los pies a tiros, que llevaba una pistola escondida en el sombrero. El valiente dio un respingo del diablo, espetó trémulo:

—*Casa't quan vulgues, com vulgues i quan te done la gana* —y echó a correr hacia la calle de Cuarte.

No le bastó al Tellina; después de la gestión relatada y sintiéndose ofendido, tal vez, por la reacción primera de su futuro suegrastro, sacó a la muchacha a la brava, llevándosela por las buenas. Se casó con ella meses después, como haciéndole el favor: no lo era, que la quería. Tuvo, además, que mantener a su madre, y diecisiete años sin oficio ni beneficio no eran gran cosa. Una tarde de toros —en la calle de Ruzafa los cafés se habían quedado medio vacíos enseñando las superficies blancas de las mesas de mármol— entró en el café Martí, se dirigió a la derecha donde estaba un hombre de buena catadura rodeado de quince o veinte de bastante peor. Don Rodolfo Lucientes, dueño y señor de las timbas de Valencia, tomaba café rodeado de sus valientes. Se acercó el Tellina, muy suave, muy cordial, muy humilde.

—Don Rodolfo, si es usted tan amable, quisiera decirle dos palabras.

—¿Qué quieres?

—Quisiera hablar con usted solo, un momento.

Don Rodolfo, que es persona amable, se molesta y se levanta:

—¿Qué quieres chavea?

—Tengo necesidad de ganar dinero, para mi madre y para mi mujer. Deme un puesto, le aseguro que no se arrepentirá.

Don Rodolfo sonrío, tal vez con un poco de conmiseración, vuelve la cara y señala su guardia:

—¡Hombre, fíjate!...

El muestrario era para amedrentar a cualquiera, hermosa ralea de caras patibularias, acentuadas adrede. El patrón saca parsimoniosamente su cartera, escoge un billete de diez duros y se lo tienda al Tellina. Éste rechaza la dádiva con un gesto seco:

—Piénselo, don Rodolfo: volveré a la noche.

Don Rodolfo se molesta y mientras el jovenzuelo vuelve a la calle el prócer se sienta y comenta:

—¡Estos chiquillos!...

Los días de la feria los garitos cierran tarde. No es que la timba del Casino Liberal fuese la más importante, pero allí reunía don Rodolfo a los suyos al cerrarse las otras salas de juego. Llegaban los encargados, con la bebida escolta de valientes y rendían cuentas, vaciando el dinero en la mesa central. Poníanse todos a contar y amontonar con meticulosa honradez. Con los últimos entró el Tellina.

—¿Qué don Rodolfo, lo ha pensado bien?

—No nos importunes, muchacho.

—*Vostè, i todos eixos que té ací al costat són una mar de fills de puta sense*

collons.

Y sin esperar a más empezó a pegar tiros, con dos pistolas. La carrera fue en pelo, quien pudo por las puertas, quien por las ventanas que, por ser julio, estaban abiertas con hambre de ventolina. El joven se quedó solo, encendió un cigarrillo y se puso a recoger algunos billetes que habían caído al suelo. Luego hizo montoncitos de a mil pesetas y esperó. Poco, porque ya estaban todos allí, de vuelta con la policía, y la seguridad de que se había largado con el parné. No había tal, que lo vigilaba, colilla terciada.

—Escoge el puesto que quieras.

—No, don Rodolfo: ahora me mandas quinientas pesetas cada día a casa.

El tuteo mató cualquier protesta.

—Buenas noches.

Y se fue, tan tranquilo.

6

Sigue la historia del Tellina

A los seis meses salió de la cárcel de San Miguel de los Reyes un hombre musculoso y agresivo al que toda la gente del bronce conocía por el Cudol. Debía siete u ocho muertes —que acerca del número hay discrepancias— y volvió al servicio de don Rodolfo. Se enteró de la iguala que estaba cobrando el Tellina y se puso furioso:

—Yo me encargo de que esto se acabe. ¡Parece mentira! Y no pasa de hoy, o no me llamo como me llamo.

Fuéronle con la bravata a don Rodolfo que dio la callada por respuesta lo que, naturalmente, se supuso asentimiento.

Fuéronle con el soplo al Tellina que se levantaba tarde —la gran vida—, en un piso del ensanche en el que no faltaba nada.

—¿Dónde le han puesto a trabajar?

—En el Lion d'Or.

Un buen café con aire de cervecería alemana, en la plaza de la Pelota. La timba está en el primer piso, súbese por el fondo, dividido del salón grande por una tarima en la que toca un quinteto muy afinado. A sus espaldas se reúnen honrados comerciantes que han formado una peña, «La Araña», bajo la advocación de un novillero que ya cobra fama, Manuel Vaqueret, *Vaquerito*.

Esa misma noche citó el Tellina a un amigo suyo, el Gancho, por su larga nariz y su afición a embaucar ingenuos; sube con él al «casino», se planta frente a la ruleta y, en un dos por tres, levanta un muerto. Páganselo y avisan al Cudol, que estaba tomando una cerveza en la terraza del Bar Inglés. Mientras, el hombre cobra una segunda apuesta que no había hecho. A la tercera el «croupier» se niega en redondo a pagar.

—Ahora, todo.

Saca la pistola mientras el Gancho, con su reconocida habilidad, recoge todo el dinero esparcido en la mesa, y frente al pagador —por mero lujo— dispara un par de tiros y sálense los dos tahúres sin molestias. Ya estaban en la calle cuando llegó el valentón hablador. Bastó con las miradas y el silencio de sus compañeros, a la madrugada y en el Círculo Liberal: a veces la muerte se retrata en la cara de cualquiera.

A las siete de la tarde del día siguiente fue el Tellina a tomar vermut al Bar Inglés, sabiendo que es el lugar donde suele hacerlo diariamente el Cudol. No tardó éste en llegar, acompañado con uno de sus confianzas, pidió, alzando la voz:

—Un vermut con tellines.

—No hay tellines —aduce el camarero.

—Pues lo siento, porque yo venía dispuesto a comer tellines.

—No le puedo ofrecer muchas, pero aquí le ofrezco una que se puede comer cuando quiera.

Salieron y al llegar a la esquina de Vicente Querol y Miñana dijo el Tellina:

—Pues ya puedes ir empezando a comer gusanos.

Lo dejó seco y aun hirió al otro que echó a correr por el callejón de la Redención.

Le detuvieron al día siguiente, pero nadie le pudo probar la fechoría: su pistola era, ya, de distinto calibre y no iba a denunciarle ninguno de su calaña. Lo sacaron a la calle y fue el amo de Valencia. El amo de cierto mundo, pero, como era el suyo, le bastaba.

Un año después proclamó su dictadura el general Primo de Rivera. El Tellina lo tomó muy a mal, y no porque se hablara de cerrar las casas de juego. No, sino porque el Tellina era republicano y liberal.

Tal vez haya que ser valenciano, y educado en el ambiente de la mercantil capital levantina para comprenderlo. Toda la familia del valiente era republicana y don Vicente Blasco Ibáñez, Dios; y Lerroux su representante en la tierra, y Azatti, Castrovido, Zozaya, sus profetas. No se sabe exactamente lo que es la República: la libertad, el laicismo, el hacer cada uno lo que le da la gana; es la esperanza, el maná que resolverá todos los males, una aurora, el sol asomándose con todos sus rayos. La monarquía es vieja y se aguanta porque no hay más remedio. Pero la dictadura, no. Y más con eso del somatén, amalgama ridícula de tenderos y guardias civiles retirados que juegan a servidores no asalariados del orden público. A un lado quedan los anarquistas —que son hombres de pelo en pecho, a los que hay que respetar—, a otro los socialistas, que son unos burócratas sin lo que hay que tener, unos hijos de primera comunión, bilbaínos en su mayoría, que no sienten su sangre, con tanta llovizna y tanta bruma. Lo que importa es la República y los republicanos, lo demás no cuenta, y que no los echen, como ahora, del Ayuntamiento, como perros.

Una noche de febrero de 1924 entraron tres somatenes en una taberna de la plaza de las Escuelas Pías, serían las dos de la mañana. El Tellina sabe que vienen por él, no ha recatado su manera de pensar en ningún sitio. De los que entran, con carabina terciada, nuestro hombre conoce de sobra al que manda, el padrastro de su mujer, el famoso barbero, que desde aquella escena no dio pie con bola y entró a servir, descaradamente, en la secreta. Han tenido sus más y sus menos. Pero hace tres años que no se hablan. El barbero cree que ahora es la suya: hace que no le ve, no le da la cara, los demás piden la documentación a cuantos están ahí. Registran, aceptan unos vasos de vino que les ofrece el dueño. Luego, tranquilamente el Botiquer viene hacia la mesa donde sigue fumando como si tal cosa el Tellina, con dos amigos. Los manda registrar: a uno le sacan una navaja; luego otra. El Botiquer le pega una bofetada a un jovenzuelo acompañante de nuestro hombre, que protesta:

—Hombre, esto no está bien.

Vuélvese airado el ex barbero:

—A ti también te lo hacemos.

Levanta el brazo y sólo lo baja muerto, que el Tellina sacó su Astra del nueve largo y acaba con los tres representantes de la autoridad en un santiamén.

A las cinco de la mañana llamó en la puerta de la casa de Alberto Chuliá.

—Me tengo que ir.

Lo escondió el inventor. Mientras, quien sabía, falsificaba unos documentos, con lo que pudo llegar a Barcelona; embarcó allí sin mayor dificultad, en el *Marqués de Comillas*. Quince días después paseaba su garbo por La Habana.

Casó allí con una criolla, bonita y con mucho temperamento. Aquella mujer ejerció un gran dominio sobre él, y el Tellina empezó a ganar dinero lo más honradamente del mundo. Abrió un bar, al que pronto añadió un restaurante. Allí hubiera acabado su vida con la mayor tranquilidad si no se proclama la República en España. Lo dejó todo al sentir reverdecer los laureles de su juventud.

Dolores —su primera mujer— había muerto tuberculosa, en una casita de El Vedat, consumida de un ardor que ya no podía compartir. Durante sus últimas horas veía al Tellineta por todas partes.

Cuando volvió, en 1931, lo encontró todo cambiado, sin darse cuenta de que los años pasados en Cuba le habían dado vuelta. En Valencia se acordaron de él como de cosa pasada. Le molestaba aquel repetido en cada encuentro: *Te'n records?*... Con la intención de regresar a La Habana fue a Barcelona, salióle allí la posibilidad de comprar, en traspaso, un negocio de vinos en Villanueva y Geltrú —no le faltaba dinero— y allí se quedó haciendo una vida ordenada, casado con la hija del dueño del restaurante de la estación.

En julio de 1936 cumplió como los buenos, aunque allí no hubo gran cosa que hacer; obligado por las circunstancias tuvo que ingresar en un partido. El de sus amores, el radical, se había pasado al moro y bajo la influencia del factor de la estación, escogió el POUM.

En Barcelona vivía en un piso incautado por su partido, al que prestaba servicios sin gran importancia, descansando en su fama, conocida de alguno de los dirigentes. Como la política le tenía sin cuidado, no tomó parte en la sublevación de mayo del 37 a la que reputó sin sentido. Lo cual no obstó para que una madrugada del mismo mes llamaran unos policías a la puerta de su casa y le detuvieran. Lo cachearon y subieron todos en un automóvil. No habían corrido cien metros cuando el Tellina los acribilló a tiros, que tenía otra pistola escondida en la entrepierna. Desapareció antes de que acudiera nadie, que a esas horas estaba desierto el paseo de Pedralbes.

A los tres días estaba en Madrid, con una identidad que no había estado a prueba de bomba, ya que gracias a una de ellas la había birlado de la cartera a un herido de uno de los primeros bombardeos de Barcelona. Decidido a pasar desapercibido había cogido por bueno el verse afectado a un batallón de fortificaciones del IV Cuerpo de Ejército. El único que le reconoció, a más de Correcher, que se le pegó como una lapa, fue el Padre Benito, comisario general del Cuerpo, pero el Tellina le hizo un gesto que bastó para que el anarquista pasara de largo. A los cuarenta y ocho años, el

Tellina había perdido sus ilusiones y anhelaba volver a La Habana.

Correcher pescó una pulmonía y le enviaron a un hospital de Cuenca; allí hizo buenas migas con un tal Jesús Molinero, que posiblemente se llamara de otra manera, pero si era así no había quién se acordara de ello. Veníale el apellido del oficio. Con permiso de las autoridades fue el bueno de Sebastián a reponerse en la casa del aceñero, a instancias de éste. Servía allí una criada, de nombre Alicia, a la que el valenciano dio, cuando tuvo fuerzas para ello, en piropear con palabras que no son de decir; juraba que no pasó de ahí. Pero la honra es todavía brava por el campo y, sea por lo que fuere, la maritornes se soliviantó, fue con el cuento a sus padres, que no vivían lejos, pastor él de poco aguante, y éstos se presentaron un mal día en el molino, clamando y reclamando por el comportamiento del huésped y exigiendo el cumplimiento de la palabra de matrimonio que, al decir de Alicia, Correcher le dio. El hombre se desgañifaba, revueltas sangre y ánimo —al parecer con razón— clamando que no había ido más allá de frases que ahora tenía por banales. El pastor y su consorte no cejaban y Alicia —grande, gorda y ya pasadilla— se hacía la lastimosa hipando, sorbiendo mocos, sonrojadísima. Correcher pudo avisar al Tellina y éste se presentó en el molino al mando de una compañía.

—¿Qué pasa? ¿Quienes son los espías?

—¿Qué espías?

—Señor comandante —dijo el pastor— y qué bien que viniera usted. Si la República es República (y yo soy republicano de toda la vida) usted obligará a éste a cumplir con su obligación.

—¿Qué? —pregunto el Tellina—. ¿Un soldado faltando a su palabra? ¡Eso podíamos hacer! Es caso de consejo de guerra y aun de pena de muerte.

—No tanto, señor comandante.

—Aquí no hay señores, sino compañeros. Y si digo consejo de guerra no me replique, a menos que quiera comprometerse. ¡Detengan a ése! —por Correcher—, y andando.

—Pero si lo que nosotros queremos es que se case con Alicia.

—Primero las ordenanzas, compañero.

Y se llevaron al bueno de Sebastián, no sin que le atosigaran con bromas pesadas durante todo el invierno.

Por aquel entonces, una noche, Agustín soñó que era un conejo. Estaba acurrucado en su madriguera. Un conejo color canela. (¿Qué hacía un conejo de ese color en el vivar de un gazapo de monte?). Encogido, acorralado, pegado en un recodo del caño, a oscuras, desesperado, sin salida, oliendo el hurón que se acercaba. Sentía sus brazos encajados en el pecho, las piernas en el vientre: agazapado Y el hurón allí, con su morro puntiagudo, sus ojos perspicaces, viéndole ya. El miedo en las entrañas frías. Se distendió sin pensarlo y salió huyendo, madriguera adelante. El hurón le seguía, pegado a sus cuartos traseros. A la salida, sin duda alguna, debía de

haber un cepo. Lo sabía, estaba seguro, pero prefería morir de algo frío que bajo los dientes del hurón vivo. ¡La luz! ¡La luz! No vio más que los pies, calzados de altas botas, cerradas con hebillas de metal brillante, del cazador. Un feroz ruido de cerrojos. ¿Había escapado al cepo? ¿O había pasado a través del saco de arpillera puesto en la boca del vivar? ¡El monte! Corría desesperado por el monte, ¡si pudiera llegar a la linde del bosque! Corría entre hierbajos y matas, en un claro. Oyó las detonaciones de dos disparos y rodó, herido de muerte; sintió cómo las balas —no eran perdigones— le perforaron el vientre. El animalito se estremecía, la panza blanca teñida de sangre oscura, la mirada velada, incomprensible. El pobre animal movía convulsivamente las patas. El cazador le cogió las traseras, lo levantó en vilo y le pegó un golpe seco en la nuca. Agustín despertó: le dolía la cabeza, el colodrillo. ¿Quién era el cazador? ¿Quién era? Acabó por despertar, dio media vuelta. Correcher refunfuñó.

Estaba amaneciendo, una luz lechosa se arrastraba por el suelo, penetrando por los bajos de la entrada de la tienda de campaña que no ajustaba bien. De repente, la punta del cono se puso amarilla de sol.

Cuando llegaron las noticias de la sublevación de Casado, en Madrid, muchos desertaron.

—Es la puntilla.

—Nos han traicionado.

Agustín pensaba lo mismo; sí, aquello era una traición.

Pero, además, a él, personalmente, a Agustín Alfaro, le habían traicionado, ¿quién? No lo sabía, pero tenía la sensación de que alguien le había traicionado personalmente, hacía tiempo, desde que había nacido, desde que tenía uso de razón.

Empezó la desbandada. Agustín decidió irse a Ibi para reunirse con Angelita. El Tellina y Correcher pensaban llegar a Alicante; corría la voz de que habría barcos para cuantos los quisieran. Cubiertos con capotes caqui, bien embozados, Agustín con un chaquetón de cuero forrado de piel de borrego sin desbastar, que cambió por su reloj, macutos al hombro, echaron a campo traviesa hacia Montilla del Palancar.

Antes de seguir adelante, Agustín quiso despedirse del Carcamalero y de su hija. Los tres se encaminaron hacia la aldea, lo que no les desviaba gran cosa. Hacía un tiempo espléndido, anunciador de la primavera ya próxima.

—Ya os lo decía yo —pronunció sentencioso el viejo—. Estas cosas nunca duran. Yo conocí a los carlistas. Tan pronto venían como se iban.

—¿Y qué tienen que ver los carlistas...? —repuso Correcher.

—Déjalo —intervino tajante el Tellina—. No perdamos tiempo. Hasta más ver.

—¿Y Dolores? —preguntó Agustín.

—No lo sé. Os vio llegar y salió corriendo. De que os ibais ya nos lo olíamos. Pasaron varios endenantes.

—Y usted, ¿qué piensa hacer?

—¿Yo? Pues, qué he de hacer. Seguir aquí hasta que Dios quiera.

—Pero los fachas...

—¡Bah! Siempre ha de mandar alguno. Con los pobres no se mete *naidie*, como no quieran salirse de lo que son.

—Nos hubieras dicho esto hace unos días —comentó el Tellina.

El viejo se alzó de hombros, sin contestar.

—Bueno, vámonos.

—Dígale a Dolores que vine a despedirme de ella, y que siento no haberla visto —dijo Agustín estrechando la mano del Carcamalero.

—Salud.

—Que os vaya bien.

A media ladera, cortado el aliento de correr, les salió al paso Dolores, llevaba su coneja entre los brazos. Sin palabras se la tendió a Agustín.

—No, Dolores, guárdala.

—¿Cómo que no? —protestó Correcher—. Nos vendrá como pedrada en ojo de boticario.

Y alargó los brazos hacia el animalillo.

—He dicho que no —casi gritó Agustín.

Sus dos compañeros se le quedaron mirando con extrañeza.

—Es lo único que tiene la chica —explicó avergonzado.

—¿Y si tiene gusto en dárnoslo? ¿Verdad que nos lo regalas, chica?

—Es para Agustín.

—Ya está bien de hacer el idiota —tajó el Tellina—. Si no lo quiere, que se

chinche. Vámonos.

Siguió adelante arrastrando al grandullón.

—Es para ti. Te lo doy —murmullo Dolores, tendiendo el conejo.

—Lo van a matar.

—Ya lo sé. Lo mismo da.

—Lo van a matar.

Dolores le miró fijo, dura:

—Si no lo tomas, lo suelto por el monte.

Agustín veía a Correcher —el cazador— levantar al animal por las patas traseras y desnucarlo de un golpe, con su manaza.

—Haz lo que quieras.

Salió corriendo a reunirse con sus compañeros. No era así como hubiese querido despedirse de Dolores.

Correcher no le dijo nada, por lo visto el Tellina le había aleccionado, pero no se salvó de su mirada.

Anduvieron todo el día sin llegar, como se lo habían propuesto, a la carretera de Valencia. Hablaron lo indispensable. Avisaron una gayola en las lindes de un viñedo y decidieron descansar unas horas. Encendieron unos sarmientos, se repartieron un pan y una lata de sardinas.

Sebastián Correcher era un hombre alto que había sido fornido. Rubio y deslabazado, conoció al Tellina en sus tiempos de gloria; entonces era carpintero y trabajaba en El Grao. Su especialidad eran la reparación de bocoyes y los cuernos; que no había tenido suerte ni con la primera que le tocó en suerte, que se le fue con un pescador del Cabañal, ni con la segunda, a la que casi mató de una paliza. Le condenaron a tres años y medio; la guerra civil le cogió cumpliéndolos en el penal de Cartagena, tenía cuarenta bien cumplidos y se ofreció para lo que fuera. Le abonaba su historial republicano, su buena conducta y su afición a la música, que durante mucho tiempo fue trompeta en la banda de Pueblo Nuevo del Mar. Su mejor recuerdo es del día famoso de la feria de julio en que les otorgaron el segundo premio de la «sección especial». ¡Qué triunfo! ¡Qué paella! ¡Qué borrachera! ¡Qué orgullo de cómo habían «sacado» el prelude de *Lohengrin*!

Era un hombre servicial y hablador que se alegraba de poder hacer favores. No sentía rencor alguno hacia la vida: las cosas vinieron así y las aceptaba. Sebastián era humilde y no tuvo suerte. ¡Si en vez de casarse con Vicenteta —la primera— lo hubiese hecho con Paquita Llorens! Pero ¿quién adivina el porvenir? Ni su madre —cigarrera de pelo en pecho— advirtió el peligro. Su padre había muerto a principios de siglo en una reyerta entre blasquistas y sorianistas —esos traidores—. Por eso en la raya de Valencia, acurrucados cerca del fuego, púsose a hablar, llevado por la circunstancia actual de la República, de aquellos tiempos heroicos:

—Era un dios, ¿me oís?, un dios, y además lo parecía: alto, fuerte, casi hercúleo, el pelo ensortijado, la cara de dios griego, un poco grueso tal vez, con unas manos

pequeñas, preciosas, que parecían de mármol. ¡Y una voz! ¡Qué voz! Todos los registros de la de un buen tenor que, a veces, llegaba a tonos abaritonados. ¡Y qué manera de hablar! ¿Qué necesidad tenía de meterse a escribir? Ninguna. Escribió con lo que le sobraba, con los restos. Vosotros no habéis conocido a Blasco, el verdadero Blasco, era un dios...

El Tellina era demasiado joven, y ya se habían acabado las trifulcas con Rodrigo Soriano cuando tuvo uso de razón, que le hubiesen tenido sin cuidado. Agustín tenía una idea completamente distinta de Blasco Ibáñez, al que sólo conocía por retratos de su última época y las referencias despectivas de Pío Baroja, en la librería de Lucas. Además, sólo había estado una vez en Valencia y no le había acabado de gustar, prefería su Castilla; y si transigía con Barcelona era por lo grande y lo industrial, a pesar de los catalanes.

—Hablabas de todo: de poesía, de libros que nadie había leído (por lo menos los que le escuchábamos), de historia, de geografía ¡y le entendíamos! Yo he visto a una multitud enorme no sólo escucharle con la boca abierta horas y horas, sino repetir, palabra por palabra, lo que iba diciendo.

Sebastián parecía transportado a aquella época, en que, con su padre, iba a Libreros a escuchar al profeta.

—Es muy fácil decirlo, y no parece nada, pero ver, como yo lo vi, cientos y cientos de caras levantadas hacia él y repitiendo lo que escuchaban como si fuese una oración. ¡Vosotros qué sabéis! Antes de aparecer Blasco, ¿qué era Valencia? Sí, bueno, una ciudad con ciertos pujos republicanos. Pero la provincia, ¿qué era el reino de Valencia? La tradición y nada más, ¡carlista y nada más que carlista!

Y aun en la ciudad tenían mucha, pero que mucha fuerza. En todos los pueblos que hoy suenan a republicanos...

¿Hoy? —piensa Agustín—. ¿Hoy?

—Cualquiera. ¡Burriana, Chiva, Liria, Alcira, Almuzafes, El Puig, los que queráis!, allí no se podía entrar: allí todos eran carlistas. Con eso acabó Blasco y sólo Blasco. Pero es que para comprenderlo había que verle: era un dios. Yo le he oído hablar a la luz de las antorchas, en una plaza de Valencia (todavía lo estoy viendo), en el balcón de un centro republicano, no me acuerdo cuál, yo era muy chico entonces. Los salones estaban a reventar, a reventar la plaza y las calles de al lado. Llegó la guardia civil de a caballo dispuesta a despejar aquello, ¡y se tuvo que regresar sin poder hacer nada! Aún estoy viendo a don Vicente, con su barba de profeta joven, arengarlos en el balcón entre las luces de las antorchas. Se agigantaba, todos aquellos hombres hubiesen dado hasta la última gota de sangre por él. ¡Si Blasco hubiese vivido no estaríamos como estamos! No bastan las ideas, lo que hace falta son hombres, hombres como él y como los que le seguían y no éstos de ahora... Yo era muy niño entonces, mi madre me llevaba en brazos (aún percibo el tufo del tabaco del que no había manera de librarse); dentro de mi ropa iban escondidas cuatro o cinco pistolas, que luego pasaban de mano en mano.

El Tellina se había echado y, como siempre, no se sabía si dormía o no, que en eso les había dado muchos chascos. Sebastián le hablaba a Agustín:

—¿Quién acabó con las procesiones en Valencia? Blasco. ¿Quién con el Rosario de la Aurora? Blasco y nadie más que Blasco y los suyos. Y nada de tiros: a fuerza de gayatos. Un tío mío, que era gran esgrimista, daba clases de «gayatería» en «La Democracia»; que importaba mucho entonces saber manejar bien el garrote. Hablando, Blasco llevaba la gente a donde le diera la gana: y nunca se rebajó a insultar a nadie. Para eso, Soriano. Una vez, cuando dijeron que iba a embarcar en Valencia una peregrinación para ir a Roma, Blasco dijo que no y, a pesar de la concentración de no sé cuánta guardia civil, no embarcó. Tiraron a más de ochocientos cincuenta peregrinos al mar, allí en el puerto; yo ya rondaba por allí y nadie me lo contó, que lo vi, y aun ayudé en lo que pude. ¡Aquéllos eran hombres! Los guardias no sabían qué hacer, si sacar aquellos desgachados del agua o defenderse de los republicanos. Aquello fue muy sonado.

—Aquéllos eran hombres... Lo que importa de un hombre es lo que vale. Como decía Carlos Segrelles: hay quien lo pesa en plata, pero, para nosotros, el valor es otra cosa: cuentan los bragados, lo demás no tiene importancia. Un miedoso, un cobarde, no vale nada y acabar con él es como quitar un cero a la izquierda.

Carlos Segrelles fue un periodista con cierto talento, empeñado en venderse, cargado de hijos y que tuvo sus puntos y corona de poeta. Vivió del favor de don Rodolfo, el de las timbas, que le tenía bien sujeto por mor de unas letras protestadísimas. El andar con tanto matón le hizo creerse valiente; llevaba una pistola en el bolsillo trasero del pantalón y se entretenía cargándola y descargándola. Acabó siendo el correveidile del patrón y redactando los *sucesos* en *La Voz Valenciana* hasta el día en que se pegó un tiro —el único que disparó en su vida, a pesar de que sus sueños estaban repletos de balaceras— cuando se enteró de que su hija mayor se había fugado con un chulo de la pandilla.

El recuerdo del periodista llevó a Correcher a hablar de ciertas redacciones: la del *Pueblo* tenía un duro diario para comer los que hacían el diario y la familia de Blasco. ¡Qué tiempos! Todavía no hace mucho —me lo contó un primo mío que es linotipista, bueno, que era, porque lo mataron en Teruel—, un día que entró Mario Blasco en la redacción (Mario era uno de los hijos de don Vicente, enclenque y poca cosa), al verlo Azatti dijo a los que estaban a su lado: «Yo tengo la culpa de que éste sea así». Miraron todos un poco asombrados a don Félix. «¿Pues qué?». «Como doña María, la madre de Mario, me lo daba a cuidar, yo me tomaba los biberones...».

El Tellina no se movía, debía estar dormido de veras. Sebastián seguía con su cuento, como si le interesara a Agustín. La verdad es que Correcher se consolaba recordando la casa del Pueblo, la Democracia, la Escuela de Artes y Oficios, toda aquella cantera de centros culturales que había visto nacer, y la editorial Prometeo aquellos tomos de a cuatro reales que había leído en casa de su padre, ateo, «de los de Blasco», y escultor de imágenes religiosas.

—En aquella redacción escribió Blasco sus mejores novelas. ¿No sabes cómo? Entraba uno de la imprenta y le decía: «Ché, don Vicent, que faltan diez cuartillas para el folletón». Él se apartaba de sus compañeros, y allí mismo, en la esquina de una mesa, sin retocar una palabra, escribía lo que hacía falta. Y eran *La barraca*, *Cañas y barro*, *Arroz y tartana*. Era una fuerza de la naturaleza. Sus novelas no pueden darte una idea de cómo era, parecía un dios, con unas barbas suaves, negras, brillantes, como las de un jefe árabe. Pero no comían bastante y Azatti, de cuando en cuando, organizaba un mitin en un pueblo cercano: —Ché, vendrá sin haber cenado, y luego ya será tarde.

—«No te preocupes, chiquet, don Vicent es don Vicent», le decían invariablemente. Toda la redacción acompañaba entonces a Blasco y comían por una semana.

Tal vez le empuja a hablar el hambre que tiene, piensa Agustín. Pero no, es su viejo entusiasmo, herido por las tristes circunstancias:

—Ahora es muy fácil hablar de hacer escuelas, cuando las construye el Gobierno, ¿pero entonces? Y en cada barrio, en cada pueblo se fueron creando Casas de la Democracia, con su escuela laica, con su escuela nocturna para adultos, con su sala de conferencias, con su escuela de Artes y Oficios. ¿Y quién hizo todo eso? ¡Blasco y nadie más que Blasco! Luego se hizo célebre por el mundo entero y, claro está, cambió...

Bajó la voz, apesadumbrado por el recuerdo de la última visita del Gran Hombre a su ciudad natal, y del desencanto de sus adoradores al verle tan cauto, tan escurridizo. Reacciona, sin embargo, por sentimiento de justicia y para justificarse a sí mismo.

—Pero lo que él hizo en Valencia, eso fue grande y no lo borra nadie; ¿me oyes?, nadie.

Ahora se calla y empuja el rescoldo con el pie. Brillan las brasas y la ceniza se esparce. Piensa que mañana, o dentro de unos días, entrarán los otros en Valencia; baja la cabeza y se muerde el labio inferior hasta hacerse daño. ¡Si pudieran volver aquellos tiempos! Agustín sale afuera. Hay luna, velada por una leve bruma; el campo aparece inmenso en sus altibajos, los pies de vid ordenados geométricamente en la suave ladera y, más allá, campos indescifrables. Hace frío, pero no lo siente, le arropa todavía la tibieza del fuego. Le parece que el paisaje ahí extendido es como su vida, incomprensible, con la sola luz del recuerdo de Remedios. ¿Por qué Remedios? ¿No está más cercana Pilar, muerta como el silencio de la noche? No, es Remedios, Remedios que lo baña todo con la luz de la luna, una luz opaca e inmarcesible. Piensa que podría desaparecer, irse, cambiar de nombre —y de vida—, ser otro perdiendo de vista a su mujer y a su padre. Pero ¿a dónde ir? Si supiese dónde está Remedios...

Amanecía cuando avistaron la carretera y, por suerte, hallaron acomodo en un camión que iba a La Roda. Allí tomaron un tren que no pasó de Albacete. Las noticias eran confusas. Agustín consiguió un coche por medio del encargado de los molinos que su padre representó tantos años y así llegaron a Chinchilla. Allí los detuvieron dos horas hasta que el capitán que mandaba la patrulla, en vista de los rumores, les permitió seguir hacia Alicante a condición de que lo llevaran. Nadie dudaba de que podrían embarcar. Por si las moscas, Agustín callaba que lo que él quería era reunirse con su familia y volver a Madrid. Al llegar a Villena quiso despedirse, para ir por Albaida a Ibi. El jefe de la estación le hizo ver que era más práctico ir a Alicante y llegar por carretera a Alcoy.

En Monóvar, en la noche, se veían banderas blancas y al pasar por Novelda, al amanecer el 31 de marzo, vieron ondear una bandera nacionalista. Nadie decía palabra. Todos pensaban que iban a llegar tarde. Así fue. Al llegar a San Vicente del Raspeig, avistaron unas tanquetas: las avanzadas de una columna italiana. Dejaron el coche en un callejón, pegado a una tapia.

—Bueno, compañeros —dijo el Tellina—, aquí acaba el viaje. Lo mejor será separarnos y a ver cómo nos va.

Sebastián protestó: ¿por qué no seguían juntos?

—¿Para qué? ¿No me dijiste que tenías unos amigos en Elda? Lo mejor que puedes hacer es volver para allá.

—Pero lo que yo quiero es embarcar...

—Pues a ver cómo te las arreglas.

El capitán se arrancaba las estrellas y rompía unos papeles.

Agustín se daba a los demonios por no haberse quedado en Villena.

—¿Alguno de vosotros sabe por dónde queda la carretera de Alcoy?

—Pregunta por ahí.

—¿Qué hago con esto? —preguntó Correcher por el máuser que cargaba.

—Mondadientes —contestó el Tellina.

El valenciano dejó su fusil en el coche. El Tellina le miró con sorna.

—¿Y tú? —dijo a Agustín.

—Yo no llevo nada.

El Tellina se fue carretera adelante. Los demás lo fueron siguiendo, quién más cerca, quién más lejos. La avanzada italiana parecía esperar órdenes y no se movía. Así entraron en Alicante sin que nadie les molestara.

Había poca gente por la calle, el puerto estaba incomunicado, no había camión para Alcoy desde hacía dos días. Agustín no sabía qué hacer. Ya flotaban banderas amarillas y rojas en algunos balcones. Un grupo saludó a otro levantando el brazo y se entabló una balacera. Agustín se metió en una peluquería que tenía la puerta entornada, una puerta de maderas altas que se doblaban sobre sí mismas. No le quería

servir el dueño, insistió Agustín y le afeitó.

—¿Qué va a pasar?

—Dios sabe.

—¿Hay muchos en el puerto?

—Más de cien mil.

Exageraba.

—¿Van a embarcar?

—Dios sabe.

El miedo le cosía la boca. Agustín quiso pagar el servicio y el barbero no lo consintió.

—Yo de usted —le dijo— no me pasearía con esa chaqueta.

La famosa chaqueta de cuero forrada de piel de borrego y que le había costado su reloj: el reloj que le regaló su padre el día que cumplió dieciocho años.

—¿Y cuál me pongo?

—Si acepta, le doy una.

A Agustín se le anudó la garganta. El peluquero entró en la trastienda y le entregó una chaqueta todavía en buen uso.

—Es de un oficial mío. Lo mataron en el frente de Córdoba hace un par de semanas.

Era un hombre viejo y le temblaban unas lágrimas en los ojos pequeños.

—Le queda un poco grande, pero no le está mal. Que tenga suerte. Aquí le guardo su chaqueta por si algún día la necesita.

—No lo creo. Muchas gracias.

Agustín echó a andar por la calle de Bailén, sin saber qué hacer. Conocía Alicante, pero no tenía allí ningún amigo. Fue a la Telefónica con la idea de hablar con Angelita, aunque suponía, y con razón, que era un intento inútil. En efecto, en la puerta había una guardia de falangistas. Pensó ir a un hotel, pero tendría que inscribirse y, aunque no temía nada, tampoco tuvo ganas de entrar en explicación con nadie.

La ciudad ofrecía un aspecto extraño: todo el comercio estaba cerrado y había poca gente por la calle, todos con caras extrañas, como si no fuesen las suyas.

Bajaba Agustín hacia la calle de San Fernando recordando la última vez que había estado allí, hacía de eso cuatro años, a la vuelta de Ibi, con don Francisco Cid, «su» fabricante. Era éste un hombre rollizo, un poco más allá de la flor de la edad, jovial y hablador, de voz muy recia y gusto dudoso, pero muy apegado a la vida que, para él, no tenía complicaciones: buenas carnes, en la mesa y donde fuese. En Alicante tenía gran cartel en las buenas fondas y en las casas de mala nota. Don Francisco por aquí y por allá, que no era parco en nada, y menos en propinas.

—¿Sólo se vive una vez, no? Pues aprovecharlo.

Angelita le odiaba y las pocas veces que vino a Madrid se puso de un humor de perros desde una semana antes.

—Te vas a ir de juerga...

Así era, aunque Agustín procuraba participar lo menos posible de las alegrías de don Francisco. Las gastronómicas, porque ya le apuntaban agruras de estómago, que remediaba con bicarbonato, y las otras porque nunca fue muy dado a las mujeres de todos. Pero, de cualquier manera, pagaba el gasto así fuera sólo en su parte culinaria. El año 35, cuando fue a Ibi a preparar el muestrario de invierno, don Francisco, pretextando necesidades bancarias, le acompañó de vuelta a Alicante y no quiso dejar de corresponder a sus finezas. De ahí los langostinos de Santa Pola, el arroz a banda, las chuletas de cordero asadas bien empapadas en una ácida salsa de tomate que conjugaba a la perfección con el gusto amarguillo de lo cuscurroso, y las hetairas de buenas carnes de la calle de Torrijos. Agustín se detuvo. ¿Por qué no? Y se fue para allá.

—¿Qué hago aquí? Esperar, y, para pasar el rato, ¿dónde mejor? No conozco a nadie, ¿a quién visito? Tal vez mañana ya esté todo en orden. Hablaré por teléfono con Cid y ya encontrará algún modo —él se las arregla siempre— de mandar por mí.

No le quisieron abrir. Volvió a llamar sin resultado. No había duda de que la casa estaba habitada porque del balcón pendía una toalla puesta a secar. Insistió, entreabrióse el quién.

—No hay nadie.

—Ya lo veo. Dígale a Concha que es un amigo de don Francisco, de Ibi.

—Un momento.

Fue como lo dijo, que no había pasado un minuto cuando descorrieron el cerrojo y le dejaron el paso justo.

La casa olía a rancio, a cuarto de enfermo, a cerrado, a vieja. La penumbra, que las persianas estaban echadas y las cortinas corridas, descubría lo ajado de los muebles de la sala, que se abría a la derecha, y la suciedad del comedor, a la izquierda; sobre el linóleo que cubría la mesa, tazas y tazones todavía pringosos de escurriduras de café con leche, entre migas y colillas, que amalgamaban su agrio olor viejo del desvelo con otro indefinible que venía de los adentros, ¿col?, ¿orines?, ¿polvo amontonado?, ¿humedad?

La vieja en chancletas que le entreabrió malhumorada, le señaló la escalera que se enfrentaba con la puerta de la calle.

—Dice la señora que suba.

Agustín recordaba vagamente la disposición de la casa. En el piso —único— estaban los dormitorios, cuatro en total. Por la única puerta abierta oyó una voz gangosa:

—Pase.

La dueña de la casa estaba en la cama, los hombros cubiertos con una chambrá de color de rosa que no casaba muy bien con la colcha de brillante raso verde botella. Unos almohadones de terciopelo negro adornado con geométricos realces multicolores acababan de formar un hermoso cuadro. La señora fumaba:

—Perdone que le reciba en estas fachas. Pero estoy mala: la condenada vesícula; con todas esas emociones y esos trotes, no tiene nada de particular. ¿Cómo está usted? Siéntese, usted dirá... Siéntese en el sillón... ¿Cómo está mi don Francisco? Es un ingrato... Vino hace un par de meses, estuvo un momento y se fue prometiéndome dos litros de aceite y si te he visto no me acuerdo. ¿Me los trae usted?

—No.

—¡Vaya por Dios! Menos mal que esto se ha acabado. Ya era hora. Pero siéntese, hombre, siéntese.

Obedeció Agustín y se enfundó en un estrecho sillón bajo cuyos muelles le hirieron las posaderas. Pero hacía tanto tiempo que no descansaba que el damasco, ya

rasposo, le supo a gloria en espaldas, brazos y manos.

—Ya les dieron a éstos lo que merecían. Si fuese por mí los echaba a todos al mar. ¿Qué hago con todos los billetes que tengo y que ahora dicen que no van a valer nada? Menos mal que, cuando acaben de entrar, esto va a parecernos el cielo. Gracias a Dios, esta noche no vamos a poder dar abasto.

Agustín no la oía: miraba las numerosas fotografías de recién casados y nacidos, de primeras comuniones que llenaban la pared que tenía enfrente; estaba sentado al hilo de los pies de la cama.

—¿Los italianos pagarán en liras o en pesetas de las buenas? Usted no lo sabe. Bueno, ¿y qué quiere?

—Mujer..., yo...

—¿No me digas?, no me vayas a salir con que quieres una mujer...

—¿Por qué no?

—Ni éste es día, ni éstas son horas.

—¿No se acuerda de mí?

—Vagamente, y perdona.

—Estuve aquí con don Francisco... una noche en que estuvimos jugando al julepe hasta el amanecer.

—¡Hijo!, eso me ha pasado tantas veces...

—Estuve con una tal Tosca...

—¡Échale un galgo! Ésa se fue a Águilas hace por lo menos dos años. Era una buena chica. Oye, ¿no será que tú te quieres esconder aquí?

—No, mujer, no. Yo no tengo nada que temer de nadie. No; me quiero ir a Ibi, a reunirme con la familia, que está en casa de don Francisco, y como todo está cerrado y no vale la pena meterse en un hotel, pues vine a tu casa a pasar el rato.

—Pues no tengo mujeres. Hasta hace tres días tenía dos, pero se asustaron y se fueron para su casa. Eran de aquí cerca. Como corrió la voz de que iban a arrasar el puerto... Yo también me fui a Elche, y no volví hasta anoche.

—Pero ¿de verdad no tienes a nadie?

Lo que le molestaba a Agustín era volver a encontrarse en la calle sin saber a dónde ir.

—Hombre, si convences a una buena moza que tengo realquilada.

—¿Quién es?

—Algo de rechupete, pero...

—¿Pero?

—No ha querido ocuparse con nadie. Es amiga de una amiga de Barcelona con quien hacía yo algunos negocios. Está en Alicante desde hace quince días esperando un avión. Pero me parece que perdió el tren. Como se asustó de vivir en el hotel Victoria, por los bombardeos, se vino aquí. Anda, pasa al lado. Llamas y entras, debe de estar despierta. Por probar no vas a perder nada.

Llamó Agustín donde le decían, no le contestaron.

—Entra —le aconsejó Concha.

Entreabrió la puerta: no había nadie.

—Habrás salido. ¡Socorro! —chilló.

Apareció la criada, chancletera y pingajosa.

—¿Salió?

—¡Uy! Hace más de una hora.

—¿No dijo dónde fue?

—A eso de la France.

Dijo Concha que seguramente no tardaría.

—¿Quieres jugar al tute?

—Bueno.

—Acerca aquella mesa. Si lo pagas, hay café y coñac. Y todo lo que quieras. Al fin y al cabo esto se ha *acabao* y dentro de nada habrá de todo.

No quiso contradecirla Agustín, así tuviera sus dudas. Barajó.

—¿De dónde eres?

—De Madrid. (Se había acostumbrado, sin menoscabo íntimo de Segovia. Ahora, en Segovia estaba su madre, de la que no tenía noticia hacía años).

Se abrió la puerta de la calle y entró una mujer guapa y frondosa y empezó a chillar en catalán, sin fijarse ni poco ni mucho en Agustín.

—¡Hijo de su madre! ¡Dejarme plantada así! ¿Qué necesidad tenía de ir a convertir moros? ¡No!, ¡si yo digo que no tengo más que lo que merezco! ¡Por creer una vez más en la palabra de un hombre! ¡Cantamañanas! Todos son una porquería...

—Mujer, fíjate que ahí tienes a uno de ellos...

—¡Qué se muera! ¡Y cómo está la calle! Da asco. Los que ayer te levantaban el puño hoy extienden el brazo como si nunca hubiesen hecho otra cosa.

—¿Qué quieres que hagan? —preguntó Agustín.

—¡Qué se pudran en el puerto como los demás, pero con decencia! No saben la que les espera.

—Si dicen que van a embarcar...

—Para el otro mundo será. No saben ellos lo que son los señoritos, yo sí: para eso me pagan. O, mejor dicho, me pagaban. Pues no, señora; no hay avión, ni lo habrá, ni valen ya las reservaciones hechas de antes y me han devuelto su cochino dinero, que dicen que ya no vale nada, y aquí me tienes, en Alicante, donde nada se me ha perdido, cuando a estas horas podría estar ricamente en París. Si cuando yo digo... ¿Has visto una suerte más perra?

Concha luchaba por meter baza.

—Mujer...

—¡Qué mujer ni qué narices!

—Dentro de unos días te vuelves a Barcelona.

—¿A patita?

—No faltará quien te ayude. Aquí te presento a un amigo muy fino, de Madrid.

—Y ¿te crees que me voy a acostar ahora con él?

—¿Por qué no?

—Pues sí que estoy de humor...

—Ya te pasará; toma café y una copa. El señor convida. Y si quieres, y él está conforme, nos damos la gran comida: abro el almacén. ¿Juegas un tute subastado?

—¿A estas horas?

—Cualquiera es buena. ¿O es que tienes algo más que hacer?

Jugaron, comieron a lo grande: sardinas, atún, chorizo, jamón, queso y turrón, todo sacado de la alacena secreta de Concha, que ni siquiera se levantó: el coñac lo sacó de detrás de la cama.

—Buenos, hijos, ahora voy a dormir mi siesta, así que, por favor, ahuequen el ala. Os pasáis al cuarto de ésta y para vosotros el mundo. ¡Socorro! —gritó como una desesperada—, no me despiertes hasta las siete así se hunda el mundo.

Por la calle pasaron dos tanques italianos metiendo gran ruido; a lo lejos se oían tropas marchando. Volaron, bajo, dos aviones de caza. Socorro dijo:

—Están entrando por el paseo de los Mártires.

Agustín notó el tono feroz con que acentuó la última palabra. Miró a la fámula y vio que lloraba.

—Su hijo —explicó la buena moza—. Pasa.

El cuarto daba a la calle, pero las persianas prohibían toda vista.

—¿No nos hemos visto antes?

—No creo —dijo Agustín.

—Yo diría que sí. ¿No ibas por Barcelona?

—Muy poco. ¿Y tú por Madrid?

—Nunca.

—¿Cómo es que estás aquí?

—Es muy largo de contar.

La mujer se desnuda sin prisas.

—¿Y tú?

Agustín se quitó la chaqueta. Le daba vergüenza su camisa sucia, la echó a un rincón.

—¿Crees que podría mandar a la criada a que me comprara una?

—Está todo cerrado. ¿De dónde vienes?

—De por ahí.

—¿Republicano?

—Eso dicen. A mí, de verdad, ni me va ni me viene.

La mujer se metió en la cama y tras ella Agustín.

Cumplieron; ella sabía su oficio. Quedáronse tranquilos, descansando, oyendo la tropa lejana.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre.

—Tula, ¿y tú?

—Agustín.

—¿Agustín?

—Sí.

—¿Tú has vivido algún tiempo en Zaragoza?

—Sí.

—Ya decía yo que te conocía.

—¿De Zaragoza?

—No.

—¿Entonces?

Tula se levantó, se echó una bata por encima, y sentándose en la cama, frente por frente, dijo:

—¿Conque tú eres Agustín? ¡San Agustín!

Se echó a reír.

—¡Quién lo iba a suponer! Te conozco mejor que tú mismo. ¿Sabes quién es mi mejor amiga? ¡Mira por dónde he venido a ponerle los cuernos! Si lo sé antes, no me acuesto contigo. Eso puedes jurarlo.

Agustín luchaba para que no pronunciara el nombre.

—¿Cómo me conociste?

—Por la fotografía. Ya decía yo: ése no se me despinta. Pero buscaba en mis recuerdos personales.

—¿Qué fotografía?

—La de la «boda».

—¿Dónde está?

—¿Ella? En París.

—¿Bien?

—Muy bien, pero con tu recuerdo metido en la mollera. Es muy terca. No sabes lo que me costó decidirla.

—¿A qué?

Tula se arrepintió tarde.

—A nada.

—Ya lo sabía —dijo Agustín—. Me lo dijo un amigo.

—¿Quién?

—Debes conocerlo: un valenciano, Alberto Chuliá.

Estalló Tula:

—¡Hijo de la madre que lo parió! Por él estoy metida aquí...

—No me digas.

—Sí te digo, y te redigo...

—¿Cómo fue eso?

A mediados de diciembre, cuando los rebeldes rompieron el frente de Cataluña, Chuliá pasó al Centro, volando de Granollers a Albacete, y se llevó a Tula, con quien había hecho buenísimas migas. A la catalana le hacían gracia las fantasías del inventor, a quien tenía por oráculo, y, sin que mediara amor, se sentía a gusto con un hombre que la respetaba; no era excepción, que Chuliá llevaba en la sangre el amor por cualquier ser humano. Además, lo cierto, que conseguía toda clase de favores porque no tenía grima en pedir, dado como lo era a conceder cuanto estuviese en su mano y en la de los demás.

Iba a Murcia, a Lorca, para estudiar el problema del riego, que tal fue su pasión arbolera que acabaron tomándole en serio en el Ministerio de Agricultura. Ya veía realizado el proyecto del Centro de Estudios Hidrográficos, desde el sur de Castellón hasta la provincia de Almería, fecundados los eriales. Para lo que los ingenieros habían pedido lustros él se proponía resolverlo en dos años, y el plan que la República había preparado cuidadosísimamente era ya suyo. ¡Ay de quién lo dudara! Y de ahí podría sacar el territorio leal todos los cereales, todo el forraje, todas las hortalizas necesarias para la resistencia. Chuliá se había convertido, a sus propios ojos, en el personaje más importante del gobierno. Presentaba a Tula como su esposa, y la mujer cumplía como buena.

Cuando, perdida Cataluña, regresó el gobierno de la República a Madrid, para

establecerse a los pocos días cerca de Alicante, Chuliá tuvo una entrevista con el ministro de Estado; trataron de un plan que el valenciano había madurado en un segundo, encontró el terreno abonado, y como lo que le sobraba era seguridad en sí, en un santiamén se pusieron de acuerdo. Tratábase, nada menos, que de la sublevación de los moros marroquíes. Quiso Tula acompañarle, pero no hubo manera de conseguir un pasaje para ella. Alberto le aseguró que volvería días más tarde. No lo hizo, aunque sí le telegrafió que fuese a Casablanca a reunirse con él. Pero esos días los aviones no disponían nunca de asiento libre.

—Se me olvidaba darte el pésame.

—¿A mí?

Por el tono, Tula se dio cuenta de que Agustín ignoraba la muerte de su madre. Porque, como siempre, entre mil cosas que Chuliá prometía («Eso para mí es muy fácil: cuenta con ello»), lo de conseguir noticias del hijo de Remedios había dado resultado —quién sabe cómo— y así supieron el fallecimiento de doña Camila, pasada de angustia, por no saber nada de Agustín; y que el niño estaba bien, en casa de un sobrino de la difunta que tenía legión de críos, en espera del fin de «aquello» para devolvérselo a su padre.

—¿El pésame de qué?

—¿No lo sabes?

—¿Qué es lo que no sé?

—Pues prepárate a recibir una mala noticia.

Agustín se adargó y contrajo los músculos del pecho.

—Di.

—Faltó tu madre.

—¿Cuándo?

—No lo sé exactamente, pero hará unos seis meses.

—¿Cómo lo sabes?

Se lo dijo. Agustín hacía esfuerzos para no llorar. Le parecía absurdo en la situación en que se encontraba dejarse abatir por los sollozos, pero pudo más el mazazo y pese a sus esfuerzos, pese al encajar de las mandíbulas, resbalaron las lágrimas. ¡Su madre! Su madre, muerta. Había muerto lejos de él, tendida boca arriba, las manos cruzadas, insensibles; traslúcida, en su ataúd. Ella, ella, por quien él... Ahí acababa la historia. ¿Dónde estaría su padre? Remedios estaba en París, el niño en Segovia, él en Alicante con una puta que acababa de decirle que su madre había muerto. La veía tal como únicamente la recordaba, vestida de negro, con el niño en los brazos. Vieja, blanca, canosa, las carnes fofas y esa mirada confiada, que era lo que más le gustaba del mundo a él, a Agustín, solo. Sí, existía Angelita, su hija, pero eso no contaba, era algo puesto allí, a su lado, que no le anclaba de verdad en el fondo. ¿Qué hachazo rompía de una vez el cordón umbilical que siempre le había mantenido atado con su madre? Ahora estaba solo, solo, frente al hueco, al hoyo enorme por el que iba cayendo irremisiblemente su madre. Su madre, que se iba

haciendo más y más pequeña a medida que rodaba en la entraña de la tierra, ya del tamaño de un pelele, de una muñeca hasta desaparecer en la oscuridad del pozo. Lloraba sin remedio, dejándose llevar por el gran río de su pena, sin querer agarrarse a las pocas palabras de consuelo que Tula, parca, pronunciaba cumplida. Para ella, perdida la esperanza del último avión, la situación era muy otra: tenía que volver a Barcelona lo antes posible, no fueran a ocupar su piso. Del dinero no se preocupaba, o hacía esfuerzos para convencerse de que no tenía que preocuparse, segura, como quería estarlo, de que los valores que había ido comprando, aconsejada por Montaner, su banquero, seguían valiendo por lo menos lo que le habían costado. Por otra parte, lo de su marido y lo de su suegra estaba liquidado: Chuliá, a quien contó su historia, le puso pronto remedio y ahora, con el restablecimiento «del orden», entraría en posesión de la herencia que en derecho le correspondía. Ahí pisaba un terreno firme.

—Remedios aceptó ir a París con la idea de sacar al niño de Segovia...

Remedios... Ahora, muerta su madre, ¿qué se interponía entre ellos? Agustín se dio cuenta de que desvariaba: no era cuestión de su madre. ¡Sí lo era! Todo era confusión y dolor: la seguridad de no volver a verla cuando, horas antes, había trazado su itinerario: de Ibi a Madrid, y de allí a Segovia, a verla. ¡Si Remedios estuviese ahí para consolarle!

Pidió detalles que Tula no le pudo dar. La noticia llegó escueta. Agustín estaba solo y Remedios en París. Le entraron unas ganas terribles de ir allí, de reunirse con ella.

—¿Tú crees que debo ir a París?

—Sí, hombre, ya sería hora.

—¿Tienes su dirección?

—Claro. Fuisteis idiotas.

Sí, ahora era fácil decirlo, habían pasado muchos años. ¿Cuántos?, ¿cinco, seis, siete?, y su madre había muerto.

Tula lo dejó solo y se fue a hablar —por hablar— con Concha. Agustín se tendió en la cama y lloró hasta el atardecer.

Contrariamente a lo que había pensado Concha, no hubo movimiento aquella noche. Una música militar lejana, tropas por el paseo de Méndez Núñez y patrullas. Hacía cerca de tres años que no tenía radio, para no dar que hablar y porque le molestaba oír los partes de guerra. Allá, por agosto del 36, se le fundió un bulbo y no lo mandó arreglar. Ahora sería otra cosa.

La idea de irse a París, de reunirse con Remedios era un bloque pétreo que, metido en la frente de Agustín, no dejaba más resquicio que la imagen de su madre. La oía aconsejándole que así lo hiciera. Había acabado la guerra, ella estaba enterrada, ¡ahora debía empezar a vivir de otra manera! ¿Qué haría en París? No sabía hablar francés. «¿El francés? Lo entiendo. Lo traduzco». (A medias, a medias. Ahora estaba a medias de su vida, le quedaba la mitad por delante y Remedios).

Serían las dos de la mañana cuando llamó violentamente en la puerta una patrulla de Falange. Iban registrando hoteles, casas de huéspedes y lupanares. No tenía Agustín más que su cédula. Pero llamó la atención del mozalbete, mandón, sus ojos enrojecidos y su decaimiento.

—Se murió mi madre.

—¿Tu madre? —preguntó zumbón—. ¿Cuál?

El señorito pensaba en la República. Agustín reaccionó, herido donde más le dolía.

—Por lo menos tenga un poco de respeto.

—Ahora te daremos respeto. ¿Qué haces en Alicante? ¿De dónde vienes?

Agustín no tenía por qué mentir. Se lo llevaron, orgullosos de su presa. Tula protestaba.

—Cállate si no quieres pasarlo peor...

Era el primero que detenían.

—¿Dónde le llevamos?

—Al Campo de los Almendros. Allí los están enchiquerando.

No llegaron.

—No me cogerán en otra —decía el Tellina en casa de Luis Mascaros—, ya está bien: ahora ya he aprendido. Republicano, bueno, pero adentro, por aquello de que se nació así; pero ni abrir la boca. Ya me he dado cuenta. ¡Cuidado que he sido bruto! Y con éstos que van a mandar ahora todo va a ser coser y cantar. De la escabechina me libro yo, primero porque tú me vas a ayudar: aquí no me conoce ni Dios y tú eres de ellos.

—Hombre, tanto como eso...

—Pero nos entendemos. Además, ¿quién me quiere mal? Dejando aparte que en Valencia quemaron todos los papeles de la Audiencia. Tú, ¿me oyes bien?, si no quieres que te vaya mal, me has escondido aquí durante toda la guerra. Llámame... Jaime Mascaros; sí, hombre, como tú, soy tu primo, de los buenos, del pueblo que quieras. Para que no me picaran me escondiste desde el principio. Anda, vámonos al Gobierno Civil o donde sea; dentro de una hora me verás de uniforme... Ni visto ni conocido, y en tres días me planto en Barcelona.

Allí fue, y en cinco años se hizo millonario. Se llama don Jaime Colomer; menudo y todo, le saludan respetuosísimos. Para los que conocieron al Tellina, aquél murió en Alicante el 1.º de abril de 1939.

En Madrid hizo algunos negocios con un tal José María Alfaro, sin ocurrírsele, como es natural, relacionarlo con aquel taciturno joven con quien fue de Cuenca a Alicante. Don José María tenía despacho en la Gran Vía; los sábados y domingos los solía pasar con su «nieto», un joven educado por los jesuitas, de su mismo nombre, que prometía.

México, abril–mayo 1953.



MAX AUB MOHRENWITZ.(París, 2 de junio de 1903-México D. F., 22 de julio de 1972). Escritor español de origen francés. Toda su obra la escribe en español, cultivando diferentes géneros: narrativa, teatro y poesía. Siendo un niño, su familia —padre alemán y madre francesa— se traslada a España por motivos de trabajo y en medio de la I Primera Guerra Mundial se establece en Valencia, donde Max cursa el bachillerato. Recibe una educación muy rica y cosmopolita y desde niño destaca por su facilidad para aprender idiomas. Al terminar sus estudios recorre el país como viajante de comercio y al cumplir los veinte años decide adoptar la nacionalidad española. Es famosa la frase de Max Aub: «se es de donde se hace el bachillerato». En los años 20 es afín a la estética vanguardista y gracias a su trabajo como viajante asiste a tertulias de Barcelona de los vanguardistas de la época. Durante esta época empieza a escribir teatro experimental: «El desconfiado prodigioso», «Una botella», «El celoso y su enamorada», «Espejo de avaricia» y «Narciso».

De ideas socialistas, durante la guerra civil se compromete con la República y colabora con André Malraux en la película «Sierra de Teruel». Al terminar la contienda se exilia a París, pero preparando su marcha a México le detienen y es recluido en diferentes campos de concentración de Francia y del norte de África. Gracias a la ayuda del escritor John Dos Passos, tras tres años de encarcelamiento consigue embarcar para México.

Se gana la vida gracias al periodismo, escribiendo en los diarios «Nacional» y «Excelsior», y también en el cine ejerciendo de autor, coautor, director, traductor de guiones cinematográficos y profesor de la Academia de Cinematografía. En 1944 es

nombrado secretario de la Comisión Nacional de Cinematografía. Durante estos años escribe «San Juan» y «Morir por cerrar los ojos» y estrena su obra de teatro «La vida conyugal» con gran éxito. Desde mediados de los 50 viaja por Estados Unidos y Europa pero sin poder entrar en España, desarrollando activamente en estos años su actividad literaria, periodística y cineasta. En 1969 por fin se le permite entrar en España y recupera parte de su biblioteca personal, que estaba en la Universidad de Valencia.

A su vuelta a México sigue con sus estudios de la figura de Luis Buñuel; posteriormente participa como jurado en el festival de Cannes, da conferencias por todo el mundo y, tras otro viaje a España, muere en 1972 en México.

Desde 1987 se entregan los Premios Internacionales de Cuento Max Aub, otorgados por la Fundación que lleva su nombre.